



Deborah P. Gómez



Tantas Navidades y ninguna Noche Buena



Selecta 

Tantas Navidades
y ninguna Noche Buena

Deborah P. Gómez

Selecta

1. Un romance tormentoso

Haizea

Me llamo Haizea —aunque todos me conocen por Ize—, trabajo como profesora de Literatura en un instituto de Bilbao, uso una talla 42 y odio la Navidad. Ahí lo tenéis: toda mi vida resumida en una triste frase. Si queréis más detalles, tendréis que leer mi historia... Os diré que tengo una convencional media melena castaña, la piel clara y unos ojos pardos siempre ocultos tras unas gafas de pasta que no me favorecen demasiado, pero disimulan el grosor de mis cristales. La gente dice que estoy más guapa con lentillas. Lo que no saber es que entre ellas y mis ojos existen diferencias irreconciliables en las que hace tiempo decidí no intervenir.

La genética me bendijo con unos labios generosos, que todos creen erróneamente que son operados. Y, para generosas, mis curvas... Da igual las dietas que haga, el ayuno intermitente o las horas que invierta en el gimnasio con *spinning* y las sesiones de cardio más sádicas: mi anatomía está firme, aunque los michelines siguen estando ahí, decorando un metro setenta y dos de estatura. Estos rasgos se convirtieron en mi mayor complejo durante la adolescencia, pero, con la madurez que me han dado los años, he aprendido a gustarme y a sacar partido a mis encantos. Los labios pintados y deseables. El escote pronunciado, insinuando mucho y mostrando poco. Los zapatos con algo de tacón para estilizar las piernas.

Al menos, esa es la Haizea de noche... La del día es una recatada profesora de instituto que va tapada de arriba abajo y viste colores sobrios para no revolucionar aún más las hormonas de esos pobres adolescentes.

Mi mejor amiga, Katrin, es todo lo contrario a mí: delgada, pequeñita y muy rubia. El punto y la i. Cualquier mujer envidiaría ese metabolismo que quema todos los pinchos que engulle, pero ella siempre se está quejando de que parece una niña de comunión. Está claro que nunca llueve a gusto de todos...

Kat trabaja en un supermercado, aunque en realidad es filósofa, carrera que solo le ha servido en esta vida para sermonearnos y ganarnos a todos al Trivial. Nos conocimos en el instituto y, desde entonces, hemos cultivado una amistad basada en el respeto y la honestidad. Kat es mi

compañera de aventuras y mi paño de lágrimas, aquella que ponía dos velas negras a los idiotas que me hacían daño —pues asegura ser una digna descendiente de las brujas de Zugarramurdi— o se emborrachaba conmigo para hacer más llevadero cualquier fracaso. Y de eso entiendo un rato... Tengo treinta y nueve años y mi vida dista mucho de ser el cuento de hadas que pensaba haber alcanzado a esa edad. Al menos, tengo mi propio estudio en el Casco Viejo, con unas estupendas vistas al río Nervión, y a cinco minutos andando del parque que lleva por nombre mi apellido: Etxebarria.

Los Etxebarria somos una familia compleja, aunque muy unida. Mi hermano mayor, Julen, reside en Suecia con su mujer, sus tres hijos y sus dos perros. El mediano, Haritz, está en Valencia con su novia, lo que me convierte en la pequeña y la única que se quedó en Bilbao a cuidar de *aita* cuando mamá murió de cáncer hace diez años. Nadie me obligó a ello; simplemente, tuve la suerte de encontrar el trabajo que quería en la ciudad donde crecí y no me tocó renunciar a nada. Soy la única de los tres que sigue soltera, y no es por falta de pretendientes... Aunque siempre quise formar mi propia familia, no encuentro a la persona adecuada; y estar por estar no tiene sentido.

Kat insiste en que la verdadera razón por la que sigo soltera es Ekaitz Gorrochategui. Eka y yo nos vimos por primera vez en una habitación de hospital en la primavera del 84 y, ya por aquel entonces, me enamoré perdidamente de sus ojos marrones y su pelo lacio. Nuestras madres dieron a luz la misma noche con una de las peores tormentas que se recuerdan en la historia de Bilbao, lo que trajo dos consecuencias. Por un lado, un parto horrible que explica por qué él es hijo único, y, por otro, nuestros nombres: a mí me llamaron Haizea —que, en la mitología vasca, son las hijas de los vientos Haizeak— y a él Ekaitz, que significa «tormenta». Y eso es precisamente lo que Eka ha sido siempre para mí: un tormento.

Nuestras madres mantuvieron una amistad que nos obligó a crecer juntos y hacernos inseparables, criándonos casi como hermanos. El problema llegó en el instituto, cuando empecé a darme cuenta de que Eka no era como mis dos hermanos mayores, ni me suscitaba el mismo tipo de interés... Pegó el estirón, su barba se volvió densa y se le agravó la voz. Y yo, como todas las niñas de mi edad, empecé a ponerme nerviosa cuando quedábamos para hacer lo mismo que habíamos hecho miles de veces antes, como ir al cine o a hacer botellón. Me sudaban las manos cuando me sonreía. Y descubrí lo que eran los celos cuando dedicaba su tiempo a otras muchachas.

Kat siempre me animó a que me lanzara. Pero yo sabía que, para él, que se había convertido en el chico más popular del instituto, yo seguía siendo solo su hermana melliza (como él me llamaba); esa chica regordeta con gafas de culo de vaso, que no podía competir con las bellezas escuálidas con las que se enrollaba cada fin de semana en la discoteca. Estar en la misma cuadrilla fue más una desventaja que un punto de acercamiento, pues fui testigo de todos y cada uno de los romances que Eka protagonizó, y supe el nombre de todos los corazones rotos que dejó en el camino.

Las cosas empeoraron al llegar a la universidad... Mientras yo me preparaba para ser maestra, Eka hizo de su pasión su oficio y estudió Ginecología. Ignoro si él fue alguna vez consciente de mi sufrimiento, aunque sí sé que estaba al tanto de mi idilio adolescente. Solo eso explicaría por qué antes de partir de Erasmus tuvo un momento conmigo en el mirador de Artxanda. Un momento que, aunque no significó nada para él, bastó para alimentar mis esperanzas y tenerme todo el curso soñando con una quimera. En Italia conoció a su actual exmujer, con la que tardó lo mismo en casarse que en divorciarse: seis meses.

Por aquel entonces, mi amor propio ya me había obligado a poner tierra de por medio, aunque no me olvidé del todo de él. Comencé a tener citas y a acumular fracasos sentimentales, sin tener nunca una relación que mereciera tal nombre. La más larga duró seis meses y el chico me dejó tan pronto le presenté a mis hermanos. Estuve mosqueada con ellos, pues era la segunda vez que algo así me pasaba y estaba convencida de que ellos le habían ahuyentado de algún modo. Pero entonces llegó Kat con sus rollos místicos y me aseguró que era víctima de una maldición que vinculaba a nuestras dos familias, y que solo se rompería cuando llegara «el adecuado». Al parecer, lo había leído en un diario de conjuros y maldiciones que había pasado de generación en generación. Su tataranosé cuántas se había suicidado después de que mi antepasada le robara a su amor verdadero y, a consecuencia de esto, había maldecido a toda mi estirpe. Así, como suena...

Mis hermanos y yo nos burlábamos de ella y de todos sus ancestros a escondidas. Pero su tataratatarabuela (que descansa en paz desde hace muchos siglos) no debió de encontrarlo igual de divertido que nosotros, porque ya dicen que no hay dos sin tres, y la historia volvió a repetirse con un chico al que conocí en el trabajo y con el que las cosas empezaban a ponerse serias. Jamás olvidaré ese día. Aproveché que mis hermanos estaban pasando la Navidad en Bilbao para presentarles a mi novio. Y este, sin darme ninguna explicación coherente, me dejó. Después de aquello, me acojoné. ¿Para qué negarlo? Durante un tiempo, me creí todas las chorradas de Kat y participé en sus conjuros rompemaldiciones, hasta que un día decidí dejarme de tonterías adolescentes y asumir que aún no había aparecido la persona adecuada para mí. Sin traumas, brujería ni malas experiencias. Nunca he conectado realmente con nadie. Tal vez tenga que hacer como mis hermanos y ampliar varios kilómetros el radar... hasta Groenlandia o algo así.

Y volviendo a Eka, a día de hoy lo nuestro es más platónico que otra cosa. Hemos evolucionado en diferentes direcciones y no buscamos lo mismo en el plano afectivo; y yo no pondría en riesgo nuestra amistad por nada del mundo.

Pero mi suerte está a punto de cambiar..., porque Kat me ha echado las cartas del Tarot y sus dotes de quiromante le dicen que hoy voy a conocer al amor de mi vida. No sé cómo sigo dándole pie con estas chorradas... Tengo una cita con Egoitz, un profesor de Taekwondo al que he conocido en una aplicación llamada Singles. Además, el chico inició conversación hablándome de películas de artes marciales en vez de mandarme, de buenas a primeras, una foto de su miembro viril. En serio, ¿qué esperan que haga con eso? ¿Que lo imprima y lo enmarque para lucirlo en el salón de mi casa como si fuera una obra de arte?

Lo cierto es que no estaba muy por la labor de conocerlo en persona. En julio hace un calor de mil demonios y preferiría estar en la playa que disciplinando mi cabello con el secador para salir con un desconocido. Pero, dejando al lado el misticismo, Kat me convenció alegando que me acerco peligrosamente a esa edad en la que, si vives solo, comienzan a aflorar las taras.

Me pongo un vestido burdeos con florecitas blancas, en busca de un aspecto sexy y natural a la vez. Pelo suelto, labios oscuros, mucho rímel y unas sandalias con un poquito de cuña, porque mi cita me ha confirmado que es más alto que yo. No me gusta herirles la hombría con una tontería así. Cuando doy mi aspecto por aprobado, cojo mi bolso y me lanzo a la calle.

No sé por qué me da que, pese a las expectativas, voy a acabar la noche como todas las demás: leyendo en mi sofá sobre amores ficticios hasta las tantas de la mañana.

2. El watiwiniwini

No me gusta llegar tarde a los sitios. Ni tampoco cuando los demás me hacen esperar a mí, especialmente, en una primera cita... Los nervios se acentúan. Las ganas de salir corriendo, también. ¿Y si no soy su tipo y se ha arrepentido de quedar conmigo?

Me obligo a tranquilizarme cuando Egoitz me escribe avisándome de que tiene jaleo en el trabajo y llegará tarde. Aunque haya una explicación plausible, no puedo evitar sentir que todo el mundo me mira con lástima mientras ordeno mi segundo refresco y devoro las páginas virtuales de mi última adquisición literaria. La verdad es que, visto desde fuera, pinta raro... ¿Quién en su sano juicio se traería un Kindle a una cita en el restaurante más elitista de la ciudad? El sitio no lo he elegido yo, que conste... Está claro que mi ligue virtual quería impresionarme.

A mi alrededor veo varias parejitas disfrutando de los platillos con estrella Michelin y ese ambiente romántico que destila el local. Se respira *glamour* y saber estar, mostrando que este no es un restaurante que cualquiera pueda permitirse. Las únicas notas discordantes en esta estampa tan idílica somos yo misma y los que están justo en la mesa de al lado: dos hombres y una mujer vestidos de manera informal, y hablando en un lenguaje que denota que ellos tampoco pegan en este sitio. La mujer ha mencionado en varias ocasiones que la cena ha sido un regalo de su empresa por haber hecho horas extras y que van a pedir lo más caro que tengan, ya que no van a pagarlo ellos. Ahora me cuadra todo...

Otra de las razones por las que miro al inusual trío es porque los dos hombres llaman bastante la atención: no solo son ridículamente atractivos, como dos malditos guerreros sacados de una novela de Charlotte T. Loy, sino que juntos son... pintorescos. Uno es pelirrojo, con media melena ondulada, sedosa y brillante, una barba incipiente bien cuidada, y unos ojos que no son ni grises ni verdes. El otro viste piel de ébano y pelo ensortijado, con un cuerpo musculoso y esbelto, que podría levantar a tres como yo con uno solo de sus brazos si se lo propusiera.

Sigo centrada en mi lectura hasta darme cuenta de que, media hora después, Egoitz aún no ha hecho acto de presencia y yo empiezo a impacientarme. Si no fuera por los continuos mensajes disculpándose, pensaría que me ha dado plantón. Con lo bien que estaría yo en la playa...

El calor es sofocante. Tengo tanta sed que voy por el tercer refresco y las ganas de ir al lavabo

empiezan a ser incontrolables. Lo mismo debe de ocurrirle a la mujer que está en la mesa de al lado, quien sale disparada al baño entre risas, sin ocultarle su urgencia a los dos hombres que la acompañan. ¡Normal! ¡Si se ha trincado ella sola tres botellines de cerveza desde que he llegado!

Y todo hubiera quedado ahí, si tan pronto la morena desaparece, los dos hombres no hubieran olvidado el buenrollismo que reinaba en la mesa minutos antes para hablar de ella en un tono y con unas palabras que me cuesta obviar.

—¡Madre mía, el pelotazo que lleva encima! Se me había olvidado lo que era Nekane con dos copas de más. A ver cómo lo haces para aguantarla en casa esta noche, hablando sin parar a ese volumen y con esa voz de camionero que tiene... —dice uno de ellos, el que es pelirrojo como el rey Gaspar. Y gilipollas. Mucho en ambos casos.

—Pues del mismo modo que lo hiciste tú, campeón: porque, cuando se toma esas dos copas de más, está muy cachonda y hablar, lo que se dice hablar, hablamos poco... —responde el otro, que, si la memoria no me falla, estaba besando a la morena hace un instante.

El pelirrojo le ríe la gracia y ataca de nuevo con uno de sus comentarios sardónicos.

—Si no fuera por lo bien que folla, creo que lo nuestro hubiera acabado mucho antes.

—Eso es porque no sabías cómo discutir con ella. Lo único que tengo que hacer para acabar con cualquier pelea es mostrarme sumiso, darle la razón y bajarme los pantalones... ¡Nunca falla!

—¡Qué bestia eres! Tú hazte el machito, pero sé que estás loco por ella. Que no me entere yo de que tratas mal a mi zorra infiel...

—¡Si yo la trato de maravilla! ¿No ves la sonrisa que tiene de oreja a oreja?

Ambos se ríen ante esa machada y a mí me dan ganas de vomitar. Los miro fijamente y sin disimular mi asombro. ¿Cómo han podido decir unas groserías semejantes sobre su amiga? Es cierto que la mujer tiene la voz grave y habla a un volumen indecoroso, pero eso no les da derecho a faltarle así al respeto y airear su vida sexual, que, al parecer, comparten.

La frustración me puede, esas ganas irrefrenables de abrirle los ojos a la pobre para que sepa la clase de cretinos con los que se junta. Y, tan pronto veo a la mujer acercarse a ellos con su mejor sonrisa, me siento en la obligación de actuar. Es como si un fuego me quemara por dentro. Me levanto de la silla y me acerco a su mesa. En un instante, percibo tres pares de ojos mirándome con curiosidad. No tengo ni idea de qué estoy haciendo, pero allá voy.

—Hola, me llamo Haizea... —comienzo, dirigiéndome exclusivamente a la mujer—. Perdona que me meta donde no me llaman... Ignoro qué clase de relación tienes con estos dos caballeros de aquí, por ponerles un nombre, pero creo que deberías saber que han estado comentando la jugada cuando te has ausentado al baño. —Yo dudo, la morena me observa sin entender y busca respuestas en los ojos de sus amigos, que cruzan los brazos y se miran con sorpresa—. Básicamente, han dicho que tienes voz de camionero, pero que... que follas bien. El de la derecha mencionó que cuando discutís... —¿Cómo repito yo esto?—. Que solo tiene que bajarse los pantalones para que te calmes. Y, para concluir, el pelirrojo te ha llamado «zorra infiel». De nada.

Carraspeo. Ya está, lo dije. La morena se gira a sus dos compañeros de mesa, que, a su vez, se vuelven a mí, ojipláticos perdidos. Estoy a punto de retirarme, cuando ella rompe a reír de forma estridente, dándoles la razón de algún modo en eso de que tiene un tono de voz difícil de digerir. A mí me está perforando los tímpanos.

—¿Así que *zorra infiel*? Pensaba que se te había pasado ya el cabreo, Cornudo de mis amores —le responde al pelirrojo, que se une a su risa, y ambos se funden en un sentido abrazo. La que está en *shock* ahora soy yo. —Gracias por lo de que follo bien. Tú tampoco lo hacías nada mal... Hubiera seguido contigo si no fueras tan aburrido.

—¡Eh! Que yo pensaba que le habías dejado por mí —responde el tercero en discordia.

—¡Pues claro que me dejó por ti, capullo! ¡A ver quién compite con... «eso»! —replica el pelirrojo. No quiero saber a qué se refiere, aunque me hago una idea por cómo agacha la mirada hacia los pantalones de su amigo. *Bochornoso* se queda corto.

La morena se sienta de nuevo entre los dos hombretones. Me alegra comprobar que no está tan ofendida como yo lo estoy. No sé ni qué decir. Hacer mutis por el foro parece la mejor opción. O que me trague la tierra, una de dos...

—Bueno, ya veo que todo ha sido un malentendido, así que yo mejor me vuelvo a mi mesa... ¡Que aproveche!

—La verdad es que lo que has hecho es un pelín rastrero, ¿no crees? —El pelirrojo se dirige a mí, pasándose una mano por su media melena de fuego para colocársela hacia atrás—. Como tu cita te ha dado plantón, pensaste en jodernos a los demás, ¿no?

—Mi cita está en un atasco y no ha llegado aún. Esto solo ha sido un momento de empoderamiento femenino. Pensaba que estabais siendo dos cretinos y me veía en la obligación de...

—Ya, pero es que no era asunto tuyo —me interrumpe.

—Ya me he disculpado.

—¿En serio? Porque yo no he oído nada... ¿Vosotros lo habéis oído? —les pregunta a sus amigos.

—¡Deja a la pobre chica! —pide la morena, divertida con la escena que yo todavía no comprendo—. Desconoce la inusual relación que tenemos, así que solo trataba de salvarme de impresentables como vosotros. En realidad, debería estar agradecida... Si todas las mujeres hiciéramos lo mismo, habría muchos menos divorcios.

—¡No, si encima tendremos que darle las gracias! —protesta el pelirrojo.

Regreso a mi mesa en silencio. Está claro que hay alguna explicación, más allá del hecho de que esa mujer no tiene amor propio. Pero parece que esta noche no voy a descubrirlo...

Egoitz no es exactamente lo que yo esperaba. Para describirlo en pocas palabras, diré que lo de

incluir «ego» en su nombre fue todo un acierto por parte de sus padres... Lo bueno de la gente así es que, antes de que traigan los entrantes, ya me ha dado la suficiente información sobre él como para saber que no habrá una segunda cita. Aun así, disfrutamos de esta primera y última cena como si fuéramos dos amigos que no piensan volverse a ver. Porque sé que el sentimiento es mutuo... No creo que tarde en darle un infarto a su abuela o en recordar que dejó el gas encendido en casa.

Cuando oigo el ruidoso arrastrar de unas sillas cerca de mí, respiro aliviada. Los variopintos comensales de la mesa de al lado se van con la fiesta a otra parte. Reconozco que he estado en tensión desde aquel fatídico desencuentro porque son lo suficientemente indiscretos como para haber comentado la jugada a un volumen escandaloso. Al menos, la chica y el que creo es su pareja lo han hecho; el pelirrojo parece más discreto y solo me ha dedicado miradas fulminantes.

Para su deleite personal, decido centrarme en cuerpo y alma en Egoitz, que me está contando en qué utiliza las calorías que consume cada día. Apasionante. Mejor no le hablo del pincho de tortilla que me comí esta mañana para desayunar...

—¡Haizea! Pero ¿qué haces tú aquí?

Una voz a mi espalda me obliga a girar para encontrarme de nuevo con el pelirrojo, que está de pie justo detrás de mí. No entiendo nada. Hasta ahora no me había fijado en lo alto que es ni en las piernas firmes que se adivinan bajo sus vaqueros. A decir verdad, estaba tan concentrada en sus defectos que tampoco había reparado en esos dientes tan perfectos, que dibujan una sonrisa afable que no comprendo. Lo único que me queda claro es que el pelirrojo recuerda mi nombre y tiene pensado usarlo de algún modo retorcido.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunto con malas pulgas.

Pero el pelirrojo ya no se dirige a mí, sino que se acerca a mi cita en un tono cómplice que busca ganarse su confianza y cabrearme.

—Siento meterme donde no me llaman, pero..., siguiendo el código de caballeros, me veo en la obligación de compartir contigo una información sobre esta muchacha que...

—¡Muy gracioso! —replico, entendiendo que está imitando mi discurso en busca de algún tipo de *vendetta*. Afortunadamente, no tiene ninguna información útil sobre mí.

El pelirrojo se acerca a Egoitz tratando de crear un ambiente intimista y que nadie más escuche una palabra de su conversación.

—Soy A. Whitby, una eminencia en el mundo de la medicina. Mi especialidad son las enfermedades de transmisión sexual —comienza el tal Whitby. Suena a inglés, eso explica sus llamativos rasgos físicos—. En estos momentos, estoy trabajando en la cura del watiwiniwini, una enfermedad venérea tropical poco común con consecuencias imprevisibles para aquellos que la contraen. Se cree que viene de un mono rarísimo con el culo pelado y muy mala leche que habita en África, el... Haizeus Venganzus.

—Te deseo mucha suerte en tu experimento, pero... ¿qué tiene que ver esto conmigo? —pronuncia Egoitz. Yo me estoy haciendo la misma pregunta, no sé qué tiene que ver el mono ese

gruñón con nosotros.

—El watiwiniwini tiene síntomas que comienzan con picores en la zona genital, seguido de un sarpullido con inflamación y, en la última etapa... —El pelirrojo parece estar buscando las palabras correctas para explicárnoslo—. En la última etapa, sale una especie de protuberancia dura semejante al pene. Hasta la fecha, hemos visto algunas de esas turgencias alcanzar un tamaño superior a los veinticinco centímetros.

—Te aseguro que muchos hombres podrían considerar eso una ventaja —me burlo, aun sin saber por qué tiene que aburrirnos con sus historias médicas.

—Creo que no me estoy explicando bien...

—La verdad es que no —responde Egoitz, entrando en su juego.

—Haizea es una de mis pacientes.

Espera, ¿qué? Egoitz abre tanto los ojos que me sorprende que no le duelan, pero es que la seriedad en el rostro del pelirrojo me hace dudar hasta a mí.

—¡Oh, vamos! ¡No le hagas ni caso! ¡No he visto a este tipo en mi vida! —protesto en vano—. Jamás había oído hablar del wini... watiwoni...

—Watiwiniwini —me corrige Egoitz, consternado con la información.

El amigo del pelirrojo se acerca a nosotros con curiosidad. Parece que va a decir algo, pero, entonces, solo se mantiene en un discreto segundo plano y le sigue la corriente.

—Está en una fase avanzada de la enfermedad y esperamos que reaccione bien al tratamiento para que pueda volver a la normalidad, pero no podemos garantizarlo... Aunque no es mortal, sí es altamente contagioso, con lo que me veo en la obligación moral de avisar a todos aquellos que tengan algún tipo de contacto íntimo con mis pacientes. Y tiene toda la pinta de que vosotros dos estáis pensando en intimar esta noche, ¿me equivoco?

—¡Eso no es asunto tuyo! ¿Has terminado ya con el teatrillo? Si quieres que te den el Oscar al mejor actor, vas a tener que currártelo un poco más. ¿Quién se va a creer que tengo winiwatu..., wakitaki...? ¡La mierda esa!

Egoitz me hace un gesto para que me calle. ¿Quién se ha creído que es para darme órdenes?

—Continúa, por favor... —le pide. El pelirrojo me muestra una sonrisa triunfante—. ¿A qué te refieres con que está en una fase avanzada? ¿Acaso ella ya tiene...?

El pelirrojo asiente con la cabeza con lentitud, como si así pudiera darles fuerza a sus palabras.

—¿Ves a mi amigo, aquí presente? Un tipo grande, ¿no es así? Pues solo te diré que, si comparáramos, saldría perdiendo. Haizea esconde un gran secreto entre las piernas.

—¡Hasta yo me acooplejé cuando vi su gran «secreto»! —confirma el amigo.

—Pero no te preocupes... —insiste el pelirrojo dándole una palmadita en la espalda—. Una vez que encontremos la cura, todo quedará resuelto. Al paso que avanza la ciencia, yo espero que en seis o siete años los pacientes vuelvan a la normalidad...

—¿Y dices que es contagioso? —se alarma mi cita.

—Terriblemente contagioso.

—¡De verdad que no tenía ni idea! —Ego me mira horrorizado—. Mira, Haizea, no te lo tomes a mal, pero no quiero arriesgarme a contraer una enfermedad de la que no sabemos nada aún.

—¿No te estarás creyendo las chorradas de estos dos? —pregunto divertida, porque imaginación les sobra, pero podrían haber dicho algo más creíble. Ego me responde con una mirada inquieta, que se posa en mi entrepierna con poca discreción, como si así pudiera captar algo de mis inexistentes atributos—. ¡Esto es absurdo! —me defiendo, cubriéndome mis partes nobles con las manos en un gesto muy varonil, que no consigue sino darles la razón.

—¡Demuéstralo! —pide Egoitz.

—¿Cómo? —Me sale un gallo por los nervios—. ¿Quieres hacerme una analítica de sangre aquí mismo? ¿O pretendes que me levante la falda en medio del restaurante para demostrarte que no tengo ninguna protuberancia extraña? Siento mucho decirte que no vas a encontrar nada más que unas poco favorecedoras bragas de algodón con dibujitos. Con este calor, no me pidas otra cosa...

—La verdad es que no sé qué está pasando ahora mismo, pero todo esto me da muy mal rollo... Yo mejor me voy.

Si alguien me preguntara en estos momentos, me atrevería a asegurar que, sin quererlo, el pelirrojo le ha dado a Egoitz la excusa que necesitaba para acabar con esta desastrosa cita porque, seamos realistas, no iba a ningún sitio. Y la escenita le ha venido de perlas por partida doble: el muy caradura se ha marchado del restaurante sin pagar.

Así que aquí estamos los dos impresentables estos y yo, en medio del local y con decenas de pares de ojos puestos en nosotros —con especial interés en mis partes íntimas—, cuchicheando si serán ciertas o no sus acusaciones sobre la extraña enfermedad que, apuesto, se la acaban de inventar. Suspiro y me cruzo de brazos. Si las miradas matasen, ya estaríamos organizando el entierro del pelirrojo desde hace un buen rato...

—Te la debía —responde a mi mirada en un susurro apenas audible.

—Lo que me debes son cuarenta y cinco euros con ochenta céntimos. El mozo ha pedido un entrecot de ternera y un vino que yo no pienso pagar.

El tipo no rebate mi orden, tan solo saca el móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros y comienza a protestar por lo bajo.

—¡Manda huevos! Que yo no haya pagado mi propia cena y acabe pagando la tuya...

—Se llama karma y es muy vengativo, cielo.

—La próxima vez que le pague a una mujer cincuenta pavos por una cena, espero tener una recompensa a cambio.

—Pues ya sabes: la próxima vez búscate una cuyos «secretos» no sean tan grandes.

—Eres muy graciosa tú, ¿eh? —responde molesto—. ¿Bizum te va bien?

—¿Significa eso que voy a tener que darte mi número de teléfono?

—Como tú veas. Puedes venir al cajero conmigo si lo prefieres... Pero me suena que el más

cercano está a veinte minutos de aquí. ¿Te hace un paseo romántico a la luz de la luna, preciosa?

—La idea de pasar un solo segundo más contigo me provoca ardores.

—El sentimiento es mutuo, créeme.

Le doy mi número con la firme promesa de que, como lo use, me comprará él mismo una nueva tarjeta SIM. El pelirrojo se concentra en hacerme la transferencia mientras sus amigos se ríen de esta broma del destino que le ha costado el orgullo y la cartera.

A mí lo que me tiene absorta es su melena. Juro que no he visto nunca a nadie con un pelo tan brillante, tan sedoso y con un color tan llamativo. Es como el fuego, como las tardes de verano en la playa. Rojo como el pobre diablo que es. He visto muchas mujeres pelirrojas antes, pero se veía a la legua que eran de bote porque no tenían ese juego de matices cobrizos que tiene su melena.

Mis dedos actúan por inercia, por instinto. Sin control ni lógica. Agarro un mechón y tiro. Pues sí..., es más suave de lo que me esperaba. Seguro que gasta una fortuna en tratamientos capilares.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —protesta con la mirada incendiada, casi del mismo tono que su pelo.

—Compruebo si es tu pelo natural o llevas peluca.

—La mejor manera de salir de dudas es verle los huevos. —Esta vez es el amigo quien habla y los dos nos giramos al instante para mirarlo—. ¿¡Qué pasa!? Yo lo he hecho y puedo confirmarte que su pelirrojo es cien por cien natural.

—Yo también lo confirmo —dice la mujer, apoyándose despreocupadamente en el hombro de su chico—. ¿Qué? Tres años de relación dan para mucho.

En serio, ¿de qué circo se han escapado estos tres?

3. El mercado está muy mal a los cuarenta

Santo Tomás, una y no más... O eso me digo cuando abro la puerta de mi estudio, con mis dos hermanos partiéndose de risa a mi costa en una videollamada. Como los dos están felizmente emparejados, mis fracasos amorosos les dan la vida.

A pesar de lo diferentes que son, cualquiera creería que mis hermanos son gemelos. Ambos han sacado el pelo rubio de mamá y su constitución espigada, al contrario que yo, que heredé la de mi padre, su pelo oscuro y su pasividad en la vida. Yo no creo que sea cierto que todo nos importa un carajo, es que a veces es mejor no darle tanta importancia a las cosas para evitar que nos hagan daño.

—Necesito escuchar esta historia otra vez —suplica Julen, sin disimular lo mucho que le ha divertido mi bochorno—. ¡Hubiera matado por ver tu cara cuando ese chico estaba buscando en tu vestido algún signo evidente de tu hombría!

—¡Os lo digo en serio! Estoy muy harta de citas desastrosas y capullos virtuales, es una auténtica pérdida de tiempo. A mi edad, el mercado está muy, pero que muy mal... Todos los buenos ya están cogidos o tienen taras emocionales. ¡Ni siquiera me dio oportunidad de explicarme! ¡Decidió escuchar a ese idiota antes que a mí!

—Bueno, técnicamente, hacía el mismo tiempo que conocía al idiota que a ti... —puntualiza Julen, sin dejar de reírse ni un instante—. No le des más vueltas, hermanita. Ni siquiera te gustaba, has empezado por decirnos que era aburrido y narcisista.

—Y, aun así, os aseguro que era mejor que los anteriores..., pero ¡se acabó! Yo me borro de la aplicación de citas y problema resuelto.

—¿Qué tal está el mercado a los sesenta? —Miro a Haritz a través de la pantalla sin saber a qué se refiere.

—¿Ahora te van maduritas o qué? —Julen no da crédito.

—¡No es para mí, idiota! Es para papá.

—¿Para papá? —preguntamos Julen y yo al unísono.

—Sí, para papá. Pensadlo un instante: lleva diez años solo. Nosotros dos hemos volado del nido y tú, Ize..., tú tienes tu vida y no tienes tiempo para él. No le vendría mal encontrar una

mujer que le hiciera un poco de compañía.

Desde el mueble del recibidor, mamá me sonrío en una foto en la que aparecemos los cinco juntos en Disneyland, hace al menos doce años. Por aquel entonces, ya estaba enferma y la vida de todos se había convertido en incertidumbre, visitas continuas al Hospital de Cruces y sonrisas forzadas, mostrándole al mundo que todo iba bien, cuando nos estábamos rompiendo un poquito más cada día. Como mis hermanos ya estaban viviendo fuera, fui yo quien tuvo que hacer de tripas corazón y lidiar con la enfermedad de mamá y los silencios de papá.

—¿Sabes que esa idea no es del todo mala...? —pienso en voz alta.

—¿Acaso queréis sustituir a mamá? —pregunta Julen, un tanto melodramático.

—¡No se trata de sustituir a nadie! Y mucho menos a *ama*... —se defiende Haritz—. La vida son dos putos días y me da pena verlo tan solo. Solo digo que podría conocer a alguien que le hiciera un poco de compañía, ir de pinchos..., ya sabéis.

—Desde que se ha jubilado, me está volviendo loca —reconozco—. Yo también creo que debería encontrar a alguien con quien envejecer. La vida es demasiado corta para pasarla uno solo lamentándose en casa.

—Vale, ¿y cómo vamos a encontrarle una novia? —quiere saber Julen.

—En Singles, por supuesto. Ize es una experta en la materia, seguro que encuentra algo bueno para *aita*. —No sé si Haritz percibe mi expresión a través de la cámara o no, pero, por si acaso, yo se lo aclaro.

—Perdona, ¿qué? Por un momento me ha parecido entender que esperabas que yo le buscara novia a nuestro querido padre.

—Como dejemos que papá sea él mismo, está jodida la cosa... —insiste.

—¿Y qué hay de vosotros dos?

—Eres la única que está en Bilbao, hermanita. Y sabes que estas cosas funcionan con geolocalización... —Julen se sube al carro, sabiendo que él va a lavarse las manos con el marrón.

—Además, tienes la sensibilidad de la que nosotros carecemos —completa Haritz.

—¿Os habéis dado cuenta de que yo no tengo ni idea de cómo ligar con una mujer? ¡Si ni siquiera se me da bien hacerlo con hombres!

Discutir con ellos va a ser en vano. Cuando se les mete una cosa en la cabeza, son igual de tozudos que *aita*. Sin saber cómo, me veo a mí misma cambiando mi perfil de «mujer razonablemente atractiva busca cuarentón inteligente y sexy» por «jubilado busca señora para hacer senderismo en esta aventura que llaman vida». Mejor me voy haciendo a la idea de que mis días se van a llenar de chats y citas a ciegas con mujeres de sesenta años en beneficio de la felicidad de mi padre, que es más de pueblo que las amapolas.

—¿Qué ponemos en el perfil para que no cante mucho? —pregunto—. Ahora le ha dado por hacer excursiones por la montaña.

—Pon que le gusta leer, que eso siempre atrae —sugiere Julen.

—Lo único que *aita* ha leído en su vida son las etiquetas del champú cuando está cagando —

responde Haritz.

Sí, está claro que tendré que encargarme yo de la parte verbal...

—¿Qué tal esto: «Amante de la naturaleza. Me gusta estar con mi familia, pasear por la montaña y la buena comida»? —sugiero.

—Me gusta. No te olvides de mencionar que es bueno en la cama —recuerda Haritz.

—¡Por Dios! ¡Que tiene sesenta y cinco años! —exclama mi hermano mayor.

—¿Y qué pasa? ¿Acaso tú piensas dejar de follar a los sesenta? Mira que solo te quedan quince años de diversión, hermanito...

—Chicos, centrémonos, por favor —ruego—. ¿Tenemos alguna foto de papá donde no lleve la famosa camisa de cuadros? Está descolorida de tanto lavarla.

—Estás pidiendo mucho, Ize. Me parece que vas a tener que llevártelo de compras... —sugiere Haritz.

—Eso cuando tenga su primera cita oficial. De momento, va a ser Ize quien vaya de avanzadilla para hacer de filtro —responde Julen, el más brillante de los hermanos Etxebarria.

—¿Algo más, amores? ¿Queréis que también le haga de filtro en la cama y me acueste con ellas antes de pasárselas a papá?

—¡Qué cosas tienes! Me está dando grima solo de pensarlo... —Haritz tuerce el gesto.

—¡Tenéis un morro los dos! Bueno, esto ya está. —Les giro la *tablet* para que puedan verla a través del móvil.

Mis hermanos arrugan los ojos para intentar leer algo, sin demasiado éxito. Nos ponemos a mirar las primeras sugerencias para hacer *match*, pero la cosa va a ser más difícil de lo que habíamos previsto.

—«*Mujer cristiana busca hombre que quiera comprometerse a compartir la crianza de sus nietos en los valores cristianos, y le acompañe a misa los domingos*» —comienzo, a un volumen generoso para que me oigan bien.

—Pasopalabra. ¡Siguiente! —ordena Julen.

—«*Busco un hombre que me haga en la cama todo lo que no me hizo mi difunto Paco. Me gusta que me coman la almeja. Si te portas bien, igual te como el langostino*» —leo en voz alta, aguantándome la risa.

—Y decías que el mercado estaba mal a los cuarenta... —observa Haritz haciendo un mohín de disgusto.

—Me parece que te lo vas a pasar muy bien quedando con todas esas mujeres, hermanita —asegura Julen.

4. Ciega a citas

Una nunca está preparada para la primera cita con una mujer... Ni para la primera fotografía de desnudo femenino que precede a aquella para ir abriendo boca. No estoy orgullosa de la colección de miembros viriles que ha desfilado por mi teléfono en los últimos años, pero... ¿esto? La razón por la cual tengo tamaña joya artística en mi poder es porque, tras un par de semanas cortejando a varias mujeres a través de Singles, me propuse conocer a varias de ellas en persona. Y está siendo una experiencia de lo más traumática...

La primera me citó en una cafetería de barrio, donde tomamos un té con pastas y me puso al día de todas las tareas del hogar que le quedaban por hacer, además de presentarme por videollamada a sus gallinas, hasta sumar veintiséis. Seamos realistas: desde el mismo momento en que vi aparecer a Carmina con su falda negra por debajo de las rodillas y la blusa con chorreras, yo ya tuve claro que esa mujer no era para mi padre. Pero es que se me da fatal desilusionar a la gente... Y el resultado es que la pobre mujer aún me bombardea a mensajes a mí a la espera de conocer al verdadero Ander.

Las bromas no se hicieron esperar cuando les di el parte nocturno a mis hermanos.

—A ver si te vas a estar equivocando de mercado, hermanita. No sé qué les das a esas señoras, que las tienes a todas locas... —se cachondeó Julen.

La segunda cita quedó conmigo en un bar *heavy* donde la hermana gemela de Alaska me esperaba con un porro en una mano y una jarra de calimocho en la otra. La noche acabó con mi primer beso lésbico contra la barra del bar, con magreo en el culo incluido, cuando me disponía a pagar la cuenta y salir huyendo de allí, pues AliciaTerremoto61 había interpretado como una señal del destino que fuera yo y no mi padre quien acudiera a la cita, y el cambio le resultaba tan beneficioso como placentero.

La anécdota no me echó para atrás a la hora de quedar con mi tercera cita, Marisol63, a quien no se le ocurrió otra cosa que mandarme una foto desnuda y abierta de piernas, posando en una silla de madera, que ya estaba desfasada en la época de María Antonieta. Kat y yo vimos tantas veces la foto que fue un milagro que la reconociera por su cara cuando quedamos...

Y hoy tengo la cuarta y última cita... porque yo tiro la toalla. Tengo mejores cosas que hacer

con mi tiempo que conseguirle novia a papá cuando mi propia vida sentimental es un caos que remediar. Si Julen y Haritz quieren que *aita* se eche novia, ya pueden comenzar a chatear en sus ratos libres.

Como cada jueves desde la universidad, es tarde de pinchos y Kat y yo estamos en un bar de la Plaza Nueva esperando a que Eka se digne a hacer acto de presencia. Yo creo que llega siempre tarde solo para hacerse desear. Ese es su juego y nosotras le reímos la gracia porque todos sabemos que Eka no llegaría pronto ni a su propio funeral.

—Como tarde mucho en aparecer este chico, me voy a ir sin verle... —protesto.

—Deberías darle una oportunidad a JacintaGarcia, no está nada mal para la edad que tiene... —comenta Kat, mirando desde todos los ángulos posibles otro desnudo integral que me acaba de mandar uno de mis *match*.

—¿Quieres dejar de repartir corazoncitos con mi móvil? ¡Que luego me dan la brasa a mí! —Le arrebato el teléfono, sintiendo un escalofrío al ver la foto—. La de hoy es la última y cierro el chiringuito. Me niego a mantener más conversaciones sobre viagra, menopausia o planes de pensiones. Ya me enfrentaré a esos problemas dentro de veinte o treinta años...

—En realidad, no sé por qué seguís con esto si tu *aita* te ha pedido expresamente que ceses en tus intentos por buscarle novia.

—Mi *aita* es cabezón como él solo. Te aseguro que, cuando encuentre a la mujer perfecta para él, acabará agradeciéndomelo y todo...

—¡Benditos los ojos que te ven! —exclama mi amiga al ver a Eka apareciendo por la puerta del local—. ¿Es posible que cada día llegues más tarde?

—Me estaba poniendo guapo para la cita de esta noche —se excusa él con esa sonrisa que solía fundirme los plomos y ahora encuentro arrogante.

—¿En serio tienes una cita hoy? ¡Los jueves son para nosotras, capullo! —Kat le pega un codazo, mosqueada; a mí ha llegado un punto en que sus continuos escauceos amorosos me resultan indiferentes, por mi propia salud mental.

—La conocí hoy en la consulta y se va tres meses de crucero. Era hoy o nunca.

—¿Quedar con pacientes no infringe algún tipo de código moral? —insiste mi amiga, que solo busca provocarlo. Él se encoge de hombros.

—No necesariamente... Aunque no recuerdo mucho su cara, para qué mentiros...

—Deberías dejar de quedar con mujeres a las que conoces abiertas de piernas en una camilla, es asqueroso —sigue mi amiga con una mueca de repulsión.

Eka nos guiña un ojo con ese aire canalla que tan bien sabe explotar y se dirige al camarero. Pese a las arrugas que comienzan a dibujarse alrededor de sus ojos cuando sonrío y esas canas incipientes, sigue siendo tan atractivo como hace veinte años, puede que incluso más. Entiendo por qué a sus pacientes se les caen las bragas solas al verle: Eka es un empotrador de manual, uno de esos hombres que, con solo verlo, sabes que podría sujetarte con un solo brazo y hacerte piruetas en el aire mientras te hace el amor salvajemente.

—Jefe, ponme una caña por aquí y otras dos para las señoritas —le pide al camarero. Le hago un gesto con la mano para que sepa que yo no voy a seguir bebiendo. Quiero estar fresca para mi cita con Puri³⁸⁷.

—Pues parece que hoy me dejáis los dos sola... Ize también tiene una cita.

Las palabras de Kat hacen que Eka se vuelva hacia mí, como si estuviera haciendo algo ilegal por divertirme un poco. Lo que él no sabe es que no me estoy divirtiendo en absoluto con este desfile de pastas de té, besos lésbicos y pornografía con maduritas.

—¿De verdad tienes una cita? No sabía que estuvieras quedando con alguien...

—¿Crees que eres el único que tiene derecho a echar un polvo? —le provoca Kat. Sé por qué lo hace, y yo ya me he cansado de explicarle que ese barco hace tiempo que zarpó—. Aquí la moza tiene el teléfono echando humo últimamente.

—¿En serio? Pensaba que estabas harta de perder el tiempo con citas a ciegas. —Observa él con una mueca recelosa.

—Y lo estoy, más que nunca —intervengo sin ánimo de dar más explicaciones—. Es una larga historia... Ya te la contaré algún día si tienes tiempo para mí.

—¿A qué viene eso? Sabes que siempre tengo tiempo para ti, hermanita... —Odio que me llame así, y aún tiene menos sentido que lo haga con ese tono juguetón y enredando sus manos con las mías, porque ha leído en alguna parte que en la palma tenemos ciertas terminaciones nerviosas que, estimuladas correctamente, pueden volvernos locas. Esas cosas no se le hacen a una «hermana»—. ¿Este no es el anillo que te regaló Gorka? Por lo que más quieras, ¡dime que no has vuelto con ese perdedor! ¿Recuerdas cómo te dejó sin darte ninguna explicación? ¿Qué clase de idiota hace algo así?

—No culpes al pobre chico, sabes que fue la maldición —asegura Kat.

—Katrin, la magia no existe —recuerda Eka en un tono cortante—. A riesgo de que tus ancestros me maldigan, creo que el problema de Gorka es que era gilipollas y no que haya ninguna maldición sobre la familia Etxebarria.

—¿Y cómo explicas lo de Jon y Andoni? —recuerda en mención a mis otros dos ex, que también me dejaron justo tras conocer a mis hermanos.

—Fácil: también eran gilipollas. ¿No te das cuenta de que todo esto es una estupidez? Además, los hermanos de Haizea nunca sufrieron la maldición. ¿Qué me dices a eso?

—¡Claro! Porque la maldición solo afecta a las mujeres.

—¡Por supuesto! ¿Y qué hay de su madre? ¡Ha estado toda la vida con Ander!

Bajo la mirada al oír su nombre. Su «toda la vida» se vio drásticamente reducido por culpa de una enfermedad, con lo que no sé si es el mejor ejemplo para rebatir la existencia de maldiciones familiares...

—¡Yo qué sé! Igual Ander era el elegido para romper la maldición. El conjuro es reversible, Eka. El problema es cuando la persona maldita conoce a alguien relacionado con la estirpe de aquel tipo que dejó a mi tataratatarabuela por la de Haizea; entonces, hay una especie de

cortocircuito místico y la relación se rompe sin más.

—¡No me puedo creer que estemos teniendo esta conversación en serio! —suspiro, poniendo los ojos en blanco, pues los de la mesa de al lado nos están mirando como si estuviéramos locos de remate. Al menos, una de los tres afirmo que lo está.

—Vosotros seguid riéndoos, pero así nunca se va a romper el maleficio, Ize. Ya te acordarás de mí cuando estés locamente enamorada de alguien y vuelva a dejarte sin decirte por qué.

—Si eso ocurre, prometo que me rociaré en agua bendita, me bañaré con hierba bruja y haré el pino puente desnuda a la luz de la luna —respondo condescendiente. Mi amiga me saca la lengua, ofendida por mi discurso, y me recuerda que estoy jugando con fuego.

—Tranquila, Ize, sabes que tienes un plan B que nunca va a fallarte... —Eka me estrecha entre sus brazos y yo me dejo querer—. Mi amor incondicional es a prueba de maldiciones. Y los cuarenta están ya a la vuelta de la esquina...

Mi plan B. No he vuelto a pensar en ello desde hace varios años. De niños, Eka y yo creamos un pacto infantil en el que juramos casarnos si no encontrábamos a nadie antes de los cuarenta. Como si a esa edad se fuera a acabar el mundo o todas nuestras posibilidades para ser felices. En aquel entonces, tener cuarenta años sonaba a viejo, a tener ya un pie en la tumba. Y ahora que me acerco peligrosamente a esa edad, me sigo sintiendo la misma chiquilla insegura que era a los veinte, siempre en busca de respuestas a preguntas que aún no me he formulado.

Antaño solía aferrarme al pacto para consolarme cuando le veía alejarse con alguna mujer; pero, en algún momento de mi vida, eran tantas las bocas que había besado antes que la mía que casarme con Eka dejó de hacerme ilusión. Y, viendo por dónde me está llevando la vida..., me conformaría con conocer a alguien que me aguantase más de dos horas seguidas.

—¿Por qué llevas el anillo de Gorka, entonces? —insiste Eka.

—Es para hacerles saber a las mozas que está comprometida, no sea que alguna otra se le tire encima... —se burla Kat—. Nuestra amiga está teniendo mucho éxito entre el sector femenino últimamente.

—Espera, ¿qué? —Los celos de Eka ante un posible competidor son sustituidos por una cara de perplejidad épica—. ¿Qué es eso de que estás quedando con mujeres? ¿Tan mal te está yendo con el sexo opuesto?

—Seguro que a Kat le encantará ponerte al día, que hoy está la mar de charlatana. Si me disculpáis, Puri387 me está esperando.

—¿Quiero saber quién es Puri387? —Eka ya no sabe ni qué preguntar para obtener la información que busca.

—Es una profesora de instituto que bebe los vientos por Haizea. Se han conocido en Singles. Y me han salido Los Enamorados y El Sol en las cartas cuando pregunto por esta cita. —Kat aún no es consciente de que no hablamos su idioma astral—. Os aseguro que esta va a ser la definitiva..., o sea, no para ti... para tu padre, claro está.

La cara de mi amigo al mirarnos no tiene precio. Kat se está partiendo de risa y yo no sé qué

decir. Tampoco tengo tiempo para decir demasiado: Puri387 me ha confirmado que ya ha llegado al restaurante donde hemos quedado. Por suerte, está a menos de diez minutos de aquí.

—Resérvame un hueco entre tus chochitos esta semana para ponernos al día —le pido con recochineo—. Tengo que irme, chicos. Deseadme suerte.

5. La venganza es un plato que se sirve frío

El Bocabit se ha convertido, en poco tiempo, en el lugar más *trendy* de Bilbao por fusionar la cocina tradicional bilbaína con la japonesa. Antaño era un restaurante de barrio que pasaba sin pena ni gloria, pero el dueño se está haciendo de oro con este pequeño giro. La razón por la que lo he escogido es porque el dueño no es otro que mi tío Mikel. Igual el local es demasiado atrevido para mi próxima cita, pero me gusta sentir que, por una vez, juego en casa. Estoy harta de quedar en pastelerías y locales familiares repletos de críos correteando de aquí para allá.

Entro en el restaurante, saludo a mi tío —que está dando órdenes en la cocina— y localizo a mi cita con la mirada. Me dijo que llevaría un vestido gris marengo con una chaqueta de punto rosa, así que no tiene pérdida: es ella. Mis mayores temores se hacen realidad al instante: Puri no viene de Purificación, sino de puritana. Cuando me contó que era profesora de instituto, pensé que era justo la mujer que estaba buscando —o sea, la que mi padre estaba buscando sin saberlo— al considerarla independiente y trabajadora, al contrario que todas las aburridas amas de casa con las que había quedado hasta ahora. Lo que jamás se me pasó por la cabeza es que, con lo grande que es Bilbao, mi cita no fuera otra que Maitane, la profesora de Latín del instituto donde crecí y actualmente trabajo, a la que llevamos generaciones apodando Doña Rancia.

La idea de darle plantón cobra fuerza, pero el destino no se pone de mi parte y dos cosas provocan que acabe sentada en su mesa, compartiendo con ella un coctel a base de sake y unas tapas ultramodernas. Lo primero, es que Doña Rancia me ha visto y está haciendo aspavientos con las manos para que me acerque a su mesa, creyendo que esta ha sido una simple coincidencia del destino y no que yo soy su cita de esta noche.

—¡Haizea! ¿Cómo tú por aquí? —saluda.

Pienso diez mil excusas que justifiquen mi presencia, pues la idea de ignorarla sin explicaciones me parece muy rastrera. Lo segundo que ocurre es que Doña Rancia no es el único personaje rancio que me encuentro allí... ¿Es que no hay más restaurantes en esta maldita ciudad?

Ataviado con una estilosa camisa vaquera, pantalones oscuros y botas Timberland, me encuentro al demonio en persona, cenando con una mujer rubia, pijita y mucho menos

escandalosa que la de la última vez. El pelirrojo se las da de caballero antes de mostrar sus verdaderas cartas y le retira la silla a la rubia. ¿Será una primera cita? ¿En qué aplicación se habrán conocido?

Ante esa tesitura, yo me veo en la obligación de sentarme a cenar con Doña Rancia, de espaldas al pelirrojo y tapándome la cara con el menú, para no mostrar que la situación me está incomodando por todas partes. Reitero que esta va a ser mi última cita y después me hago monja de clausura.

—Haizea, me alegro mucho de verte, pero me temo que estoy esperando a alguien y no puedes llegar aquí y sentarte así sin más, sin preguntar...

—Y yo me temo que hoy cenas conmigo.

—No, verás... Yo he quedado con un amigo... Tiene que estar al caer.

—Te digo que tu amigo no va a venir. —Nunca he visto una cara de pánico como la que se dibuja en el rostro de Doña Rancia—. Ander65 soy yo.

—¿Es alguna bromita de los profesores? Porque no tiene ninguna gracia...

—Déjame que empiece de nuevo: Ander existe, solo que él no sabe que le estoy suplantando la identidad. —Su cara me dice que no lo estoy arreglando—. Estoy intentando buscarle novia a mi padre.

—¿Cómo que...? ¿Tu padre es Ander65? ¡Qué vergüenza, por Dios! A tu padre lo conozco de toda la vida, al igual que conocí a tu difunta madre cuando fuiste alumna mía. Como se enteren de esto en el instituto...

—Si tú no se lo dices a nadie, yo tampoco.

Doña Rancia escucha de mis labios la misma cantinela que ya he repetido mil veces a otras mujeres, decidiendo si debería quedarse a cenar o no. Yo trato de convencerla. El destino me ha puesto en bandeja una situación mucho más interesante que la de encontrarle novia a mi padre, y no pienso dejarla escapar.

Mi improvisada cita se fía de mi criterio y degusta las tapas que he pedido para compartir con una botella de Rioja. Me gustaría decir que lo hace en silencio, pero está claro que piensa sacar el máximo jugo a nuestra cita y emplearme como psicóloga.

Miro de reojo la escenita de seducción que está aconteciendo a tan solo un par de mesas. La chica del pelirrojo se ríe; no sé qué le habrá dicho, pero parece que la cosa va bien. Y siento una corriente por dentro que me obliga a tomar cartas en el asunto. Después de nuestro último encuentro, nadie puede culparme por querer arruinarle la cita. La venganza es un plato que se sirve tan frío como las croquetas de sushi de mi tío. Debería comentárselo para que les diera un repaso antes de que vea una crítica negativa en TripAdvisor.

—¿Me estás escuchando, Haizea?

—Claro que sí, me estabas hablando de... —¿De qué me estaba hablando esta ahora?

—De mi nieto Iker.

—De tu nieto Iker —repito practicando la escucha activa, que ya me lo dicen en el trabajo que

es muy útil y abre muchas puertas, pero yo me quedé en blanco durante el curso después de tanto blablablá—. ¿Me disculpas un momento?

Camino más erguida que el palo de una escoba y doy un montón de rodeos en dirección a la cocina para evitar que el pelirrojo me vea. Siendo como es mi tío un obsesivo de la limpieza, no me sorprende comprobar que la cocina está impoluta. Pese a sus quejas porque le estoy alborotando al personal, me acerco al chef y le hago una pequeña petición de la casa, que no es bien acogida sin una explicación pertinente. ¡Qué manía tiene la gente con querer entenderlo todo!

—Tú envuélvelo bien en rollo de ese transparente y mételo dentro.

—¡Pero es que ellos no han pedido ningún postre! Además, ¿quién va a pagarlo?

—¡Yo qué sé! ¡Ponlo en mi cuenta! Invita la casa.

—¿Tú estás segura de que esto es lo que él quiere? El chico no nos ha pedido nada...

—¡Pues claro que no os ha pedido nada! ¿De verdad pensabas que os va a pedir algo así delante de ella? ¡Es una sorpresa! —insisto, pero este hombre es duro de roer. Recorro a una amenaza rastrera que nunca falla en un negocio hostelero—. ¿Acaso quieres que os deje una mala reseña por arruinarle uno de los días más felices de su vida? Pues entonces, haz lo que te pido.

Albergaba la esperanza de que mi acompañante se hubiera ido en mi ausencia, pero Doña Rancia sigue ahí, con su aire petulante y su conversación inagotable sobre sus periquitos, dispuesta a ingerir cada bolita rebozada de pulpo a la gallega con salsa teriyaki a un ritmo increíblemente lento.

—¿Qué te ha llevado tanto tiempo, Ize?

—Estaba plantando la semilla del amor verdadero, nada grave.

—¿Te ha dado tiempo a echar un polvo en este ratín? ¡Jesús! Los hombres de hoy en día no duran nada. En mis tiempos...

¡Por ahí sí que no paso! No quiero saber cómo follaban los señores de su época. Es más de lo que estoy dispuesta a tolerar.

—Perdona, me estabas hablando de la crisis de los cincuenta de tu nieto el mayor, que se ha ido a un retiro espiritual y ha pedido el divorcio. Y tu hija se ha hecho tatuajes y se va a vivir con su novia, a la que ha conocido en TikTok.

—Recuérdame que mañana sin falta te inscriba a otro de esos cursos *online* sobre escucha activa, querida. Deberías repetirlos... unas trescientas veces.

Mientras me cuenta con pelos y señales la operación de cataratas de su gato, yo no puedo quitar mi vista de la escena que está a punto de acontecer delante de mis narices. Y todo ocurre tal cual lo imagino... o casi. Necesito unas palomitas con urgencia.

La pareja niega haber pedido ningún postre, pero, como es gratis, lo aceptan. La rubia se lo piensa antes de meter la cuchara en esa bomba hipercalórica de chocolate bañada en sake. Comparte confidencias con su acompañante, probablemente, acerca del sabor tan curioso del

postre (*curioso* es el adjetivo más positivo que se me ocurre para describir los postres de mi tío); y, finalmente, tuerce el gesto en una mueca extraña, que la deja medio bizca, cuando se saca un pedazo de plástico de la boca y lo mira con detenimiento. Sus ojos dibujan una sonrisa que va desde la incredulidad a la felicidad máxima. El pelirrojo, preocupado, le pregunta si está bien. Lo sé porque, cuando tratas a diario con adolescentes que se las saben todas, tienes que aprender cosas de primera necesidad, como el noble arte de leer los labios. Entonces, ¡sorpresa! Como en los roscones de reyes. Ella se levanta y, con la voz cogida por la emoción, dice las palabras que el pelirrojo no esperaba oír:

—¡Sí, sí, sí, sí y mil veces sí! ¡Sí quiero!

—¿Que quieres el qué? —pregunta él, aturdido.

¿Cómo? O no era una primera cita o la moza está para que la encierren, porque lo que yo pretendía con todo esto era que ella pensara que era un loco obsesivo y le mandara a freír espárragos, como Egoitz hizo conmigo, no que aceptara pasar la vida al lado de un tipo al que acaba de conocer y bien podría ser un psicópata. ¡Qué desastre todo!

El restaurante aplaude, incluidas Doña Rancia y yo, que, con, una falsa lagrimita en los ojos por la emoción, nos ponemos en pie para unirnos al júbilo de los comensales. ¡Qué bonito es el amor! La rubia abraza al pelirrojo, que parece terriblemente confundido con lo que está pasando. Su piel, ya de por sí blanquecina, está del color del arroz, y no para de negar con la cabeza. Bueno, reconozco que no es lo que tenía en mente, pero la situación es incluso más divertida de lo que había esperado...

—Espera, yo... Yo no... —intenta, pero la euforia a nuestro alrededor es tal, con aplausos y servilletas volando incluidos, que su voz se pierde entre el barullo—. ¡Pero si nos acabamos de conocer! Yo no he puesto ese anillo ahí. ¡Camarero! Exijo hablar con el encargado, ¡esto es imperdonable! Nosotros no hemos pedido estos postres. Deberíais tener más cuidado con este tipo de situaciones...

—¿Por qué pone *Haizea* dentro del anillo? —observa la chica, recelosa. En realidad, ponía «Gorka & Haizea», pero lo borré cuando rompimos porque lo cierto es que el anillo es muy bonito. La rubia empieza a alterarse y, a lágrima viva, le grita—: ¿Quién demonios es Haizea? ¿Me estás poniendo los cuernos, Alexander? ¡Llevamos dos días saliendo! ¿Cómo has podido hacerme algo así?

—¡No entiendo nada! —exclama el pelirrojo, mordiéndose el labio en un gesto muy erótico. Porque es un capullo de manual, pero hay algo en él que resulta atrayente, las cosas como son.

Tras cruzar un par de reproches, la rubia se quita el anillo —mi anillo— y se lo tira a la cabeza de mala gana, justo antes de salir corriendo del local. Él la sigue muy de cerca, no sé si tratando de recuperar la relación con esa pirada que aceptó un anillo en la primera cita, o de salvar su dignidad. A mí me tienen *living* con el espectáculo.

—Así que buscándole novia a tu padre, ¿eh? —Doña Rancia niega con la cabeza, mirándome como si fuera la mejor discípula de Satán, antes de coger su chaqueta para abandonar el

restaurante—. ¡Que Dios bendiga a la pobre criatura que se cruce en tu camino! Nos vemos en clase el lunes. No quiero ni una palabra de esto.

Detrás de mí, un camarero recoge las propinas que Doña Rancia ha dejado por las dos. Su desesperación por irse es tal que ha pagado la cuenta sin decir ni una palabra sobre cómo íbamos a hacerlo, supongo que ya echaremos cuentas en el insti. Y, cuando veo aparecer a mi tío con cara de pocos amigos, lamento no haber andado más ágil y haber salido corriendo yo también cuando aún tenía tiempo para ello. Porque conozco demasiado bien a mi tío para no querer enfrentarme a él cuando tiene esa cara...

—¿Me puedes explicar qué ha sido todo este numerito del anillo, Ize? ¡Esos dos se han ido sin pagar!

—¡Maldito karma! —protesto, asumiendo que me va a tocar pagar a mí la cena del pelirrojo y su ligue. Y el restaurante no es precisamente barato...—. Dime cuánto es y yo cubro la cuenta.

—Disculpe, ¿es usted el encargado? —Una voz grave y muy masculina a mi espalda interrumpe mi conversación con mi tío. El tipo es un maleducado, pero estoy dispuesta a dejarlo pasar solo por oír esa voz tan estimulante de nuevo—. Mi acompañante y yo estábamos sentados en esa mesa y hemos tenido un percance hace un instante que me gustaría discutir con usted.

Sé que no se dirige a mí, pero me giro igualmente, lamentando mi mala suerte. Mi tío frunce el ceño sin entender la jugada, aunque complacido porque alguien vaya a abonar la cuantiosa deuda.

—Sí, soy el dueño, y no tengo ni idea de qué va todo esto ni qué líos te traes con mi sobrina, pero agradecería que abonaras la cuenta y os largarais los dos a arreglar vuestros asuntos personales a otra parte. Esto no es un patio de colegio.

—¿Mi cita era su sobrina? —Este no se entera de nada. ¿No decía la ciencia que los pelirrojos son más listos que el resto de los mortales?

—Su sobrina soy yo. —Sonrío con los labios apretados, haciendo que me mire por primera vez.

—Hombre, pero si es mi amiga la Watiwini Justiciera. ¿Cómo tú por aquí?

—Míster Van Gogh —digo por todo saludo.

—Anda, ese mote no lo había oído antes... ¿Por qué será que cada vez que tengo una mala experiencia en un restaurante andas tú de por medio?

—No sé, igual deberías hacerte una limpieza de chakras... o dejar de ser tan capullo. ¿A quién se le ocurre darle a esa pobre chica el anillo de otra?

—¿Era tuyo?

—Sí, y te agradecería que me lo devolvieras.

—Tanto valor no tendrá si te has deshecho de él con esa facilidad.

—Su valor no es sentimental. Me hace falta para seguir espantando a mis citas.

El pelirrojo me mira como si estuviera mal de la cabeza, aunque, a estas alturas, creo que no le ha quedado ninguna duda de ello.

—En fin, diría que ha sido un placer volver a verte, pero los dos sabemos que no es cierto — asegura.

—¿Se puede saber de qué cojones va todo esto? —Esta vez es mi tío quien habla—. ¡Tengo el restaurante hasta arriba, Ize! No puedo permitir que me traigas al ligue de turno y juguéis a ver quién la tiene más grande.

—Ese juego está perdido: los dos sabemos ya quién la tiene más grande... y no soy yo. —El pelirrojo suelta una broma que solo yo comprendo. Mi tío comienza a impacientarse.

—No quiero líos. Quienquiera que vaya a pagar la cuenta que lo haga de una puñetera vez. Os quiero a los dos fuera de mi vista a la voz de *ya*.

—Tranquilo, tito. Que ya me voy... Ha sido todo un malentendido.

—No tan rápido... Haizea te llamabas, ¿verdad? —Me giro al ver que el pelirrojo se dirige a mí sujetando la cuenta en alto—. ¡De la que me has librado, preciosa! La tía era un auténtico coñazo y medio alcohólica. Si cada vez que salgamos a cenar va a beberse todos esos cócteles... En fin, que son sesenta y tres con cincuenta de las tapas y las cinco copas de mi acompañante. Mi cena ya me la pago yo, no te preocupes...

—Tienes que estar de broma...

—Con estas cosas nunca bromeo. Anda, apunta mi número ahí para el Bizum, bonita.

6. Amor se escribe con A... ¿de Ana Mari?

El otoño llegó a Bilbao con una ola de calor que desafió a todos aquellos que se empeñaban en verla como una tierra tenebrosa. Y con el fin del verano se acabaron también mis citas a ciegas. Mis hermanos aceptaron a regañadientes mi decisión, especialmente, porque *aita* se puso firme en el asunto y nos prohibió que siguiéramos utilizando su nombre. Sospecho que esa tajante conversación ha tenido mucho que ver con que hoy haya reunido al clan Etxebarria; a mí, en el piso que una vez compartimos todos, y a mis hermanos, a través de la cámara. Los tres llevamos todo el día conspirando y temiéndonos lo peor: la última vez que papá hizo una reunión de urgencia de este calibre fue para contarnos que mamá se estaba muriendo.

—¿Soy yo o cada día estás más en forma? —Aprieto los brazos de mi padre como si fueran un muñeco antiestrés. Para su edad, no tiene nada que envidiarle a uno de cuarenta.

—Estoy haciendo más ejercicio. Ya me conoces, no me puedo estar quieto. ¿Y tú cómo estás, hija? ¿Alguna novedad en el frente o sigues demasiado ocupada buscándome novia como para acordarte de vivir tu propia vida?

—Sin novedades. Mi vida parece el Día de la Marmota últimamente: trabajo, Kat, Eka, más trabajo... Hacerme pasar por ti ha sido lo más emocionante que me ha ocurrido este año —confieso aburrida.

Me acomodo en el sofá de cuadros del salón. No sé cómo mi padre aún puede seguir viviendo aquí sin que las paredes se le caigan encima como una losa de dolor, pero él dice que ha vivido demasiadas cosas buenas en esta casa y no quiere deshacerse de ella. Ojalá nosotros fuéramos tan fuertes.

Pone sobre la mesa limonada casera, una tapa de jamoncito y unas gildas. Nada de alcohol, eso es buena señal: la noticia no va a ser tan dura de digerir.

Mis hermanos aparecen en pantalla casi a la vez, Haritz con un avatar creado con inteligencia artificial, que me resulta desconcertante, y Julen todo trajeado desde su despacho de Estocolmo. Después de ponerse al día con nuestras aventuras y desventuras, mi padre suelta la bomba atómica que ha estado conteniendo durante largo tiempo:

—He conocido a alguien.

Un silencio denso lo inunda todo, de esos que pesan tanto que pueden ponerse en una báscula para medirlos. Tras un período prudente, los tres hermanos lo rompemos al unísono, cada uno expresando sus propias inquietudes.

—¿Cuándo? ¿Dónde? —pregunta Julen, sin mostrarse demasiado sorprendido.

—¡Así que por eso no querías que te presentáramos a nadie, bribón! ¡Qué calladito te lo tenías! ¿Te hace feliz? ¿Está buena? ¿Cada cuánto se folla a vuestra edad? —El de las preguntas agresivas es Haritz; deformación profesional como abogado, supongo.

—¿Cuándo voy a conocerla? —Eso es todo cuanto quiero saber yo.

—¡Qué bien os lo habéis tomado! —exclama mi padre, sorprendido por la buena acogida que ha tenido su confesión—. En cuanto a tu pregunta, Julen, ya sabéis que me he apuntado a unas excursiones de senderismo por el País Vasco y Cantabria...

—Una mujer activa y aventurera, ¡me gusta! —interrumpe Haritz, que aún sigue dándole vueltas a la vida sexual de nuestro padre.

—Llevamos seis meses quedando. Se llama Ana María Villegas y es de Suances.

—Suances, Suances... —trata de localizar Julen, frunciendo el gesto—. Eso está en... ¿Cantabria?

—Sí, chato, hay vida más allá de Villaverde —bromea Haritz, en referencia al enclave geográfico que une estas dos comunidades históricamente tan enfrentadas.

—¿Podríais dejar el cacareo para que *aita* nos cuente su historia? —ruego—. ¿Qué es eso de que llevas seis meses quedando con ella? ¿Por qué no nos lo habías dicho antes? ¡Me hubieras ahorrado un montón de citas absurdas!

—Os pedí de mil maneras que no lo hicierais, pero vosotros no me escuchasteis...

—La verdad es que pensábamos que te estabas poniendo cabezón, no que ya tuvieras un lígüe por ahí... —aclarar Haritz.

—No es un simple «lígüe», vamos muy en serio. Y... me estáis aturullando con tantas preguntas a la vez. A ver, Haritz: sí, es muy atractiva, me hace muy feliz y..., cuando pasas la adolescencia, es cuestión de calidad, no de cantidad. Espero que estés al tanto de eso, por el bien de mi nuera... —le provoca mi padre sin ruborizarse.

—¡Toma pulla! Tendremos que preguntarle a Eva qué opina al respecto... —interviene Julen. Haritz comienza a hacerle burla con una mueca.

—Tiene sesenta y dos años, trabaja en una aseguradora y le encanta viajar, el senderismo, leer, el yoga y hacer surf —continúa mi padre.

—¿Divorciada? ¿Viuda...? —quiere saber Haritz.

—Moderna: nunca se ha casado. Tuvo un hijo de soltera con un impresentable y perdió el interés por los hombres.

—Toma nota, Ize. ¿Tú no querías inseminarte si a los cuarenta no encontrabas a nadie? En cuanto tengas un hijo, perderás el interés por los hombres. —Julen, como siempre, mostrando su apoyo.

—No pasa nada, cariño: yo ya he perdido el interés por los hombres. Por eso quiero inseminarme, porque no necesito a ningún perdedor a mi lado —le rebato.

—Es verdad, que ahora te van más las maduritas... —contraataca Haritz.

Mi padre suspira, cabecea y pone los ojos en blanco, a punto de perder esa paciencia que nunca le ha sobrado. Cuando nos juntamos los tres, podemos llegar a ser un poco densos. Por eso mi cuñada sueca nunca quiere unirse a nuestras quedadas de hermanos...

—Todo lo que nos estás contando suena superbién. ¿Cuándo voy a conocerla? —pido.

—Esta misma tarde si quieres. Hemos quedado para cenar. Su hijo no va a poder unirse porque le han cambiado el turno en el trabajo. Es educador social en un centro de acogida de Bilbao, un buen muchacho que siempre anda metido en proyectos sociales y de voluntariado. Seguro que os cae bien.

—¿Ya conoces a su hijo y todo? ¡Pues sí que va en serio la cosa! —observo en voz alta—. ¿Y por qué ese tipo sí podía saberlo y a nosotros no nos habías dicho nada de esto hasta ahora?

—No es nada personal, es que Alex también viene de vez en cuando a estas excursiones de senderismo. De hecho, lo conocí a él antes que a su madre... Tiene tu edad, Haritz. —Mi padre sigue hablando y nosotros escuchamos en silencio. La noticia nos ha impactado un poco, pero era justo lo que los tres queríamos—. Si no os lo he contado antes es porque estaba esperando a tenerlo claro. Nunca he estado con otra mujer, aparte de vuestra madre, y no sabía si iba a funcionar. Tenía un montón de dudas, me estaba poniendo trabas yo solo a mi felicidad y... Uno cree que, a medida que envejeces, te vuelves más seguro y tienes ya todas las respuestas, y en realidad lo único que hace la vida es cambiarte las preguntas.

—¿Y ahora lo tienes claro? —inquire Haritz, leyéndonos a los tres el pensamiento. Mi padre asiente con la cabeza; yo le cojo la mano, mostrándole mi apoyo, ya que mis hermanos poco pueden hacer desde allí.

—Nos vamos unos días de vacaciones a casa de su hermana, en Asturias. Y habíamos pensado que, si estáis de acuerdo, podríamos pasar la Navidad en su casa de Suances...

—No sé si me hace gracia lo de juntarme con un montón de extraños en Navidad, ya sabéis que mi mujer es bastante reservada... —duda Julen.

—Yo diría «rarita». Desde que vives en Suecia, te me estás haciendo un antisocial... —le provoca mi otro hermano—. Cuantos más, mejor, papá. Seguro que es divertido juntarnos con tu nueva familia política...

—No os agobiéis con esto, que solo seremos tres más en Nochebuena: Ana Mari, su padre, que está ya muy mayor y vive con ella, y su hijo. Si el experimento va bien, aprovechando que vosotros dos pasáis la Nochevieja con vuestros respectivos suegros, Ize y yo iremos a la gran fiesta que organiza su hermana en Asturias.

No quise pedirle que frenara el carro por no romperle las ilusiones. Para mí la Nochevieja es sagrada; cada año cenamos juntos en Bilbao y luego me voy al local con la cuadrilla. Según lo pienso, me doy cuenta de cuán diferente es esa noche para él, condenado siempre a quedarse solo

en casa o mendigar la compañía de algún amigo con quien jugar a las cartas. Esa mujer le va a devolver la ilusión por la Navidad que perdimos con la partida de mamá.

—Bueno, dicho esto, si estás lista, Ize, me gustaría que conocieras a mi novia. Está esperándonos en una cafetería abajo.

Sonrío sin decir nada más. Aunque me parece un plan magnífico, todavía no me he hecho a la idea de que mi padre lleve seis meses quedando con una mujer. ¿Es así como se siente un padre al conocer al primer amor de su hija?

Tan pronto veo a Ana Mari leyendo un libro mientras nos espera en el bar, entiendo de golpe aquello que llaman «amor a primera vista». Sé que suena raro, pero tengo la suficiente experiencia quedando con mujeres de sesenta años para adivinar que esta es distinta y por eso ha robado el corazón de mi padre, que llevaba años recubierto de un acero impenetrable. Me gusta cómo viste, con un sencillo vestido boho, unas botas camperas y un collar étnico. Al vernos, se levanta para darme un abrazo, evidenciando que es bastante más bajita que mi padre. Tiene el pelo oscuro y unos preciosos ojos negros que prometen haberse llevado a más de uno de calle.

Las horas pasan sin darme apenas cuenta oyendo historias de su juventud, que me muestran una persona fuerte, independiente y con un pasado nada convencional para una mujer de su edad.

—¿Me disculpáis un momento? Me está llamando mi hijo...

Ana Mari se ausenta y mi padre me mira, esperando mi veredicto. Nunca lo había visto así, como un adolescente enamorado que espera la aprobación de sus padres, solo que, en este caso, es al revés.

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido? ¿A que es simpática? ¡Y no veas qué manos tiene!

—La verdad es que preferiría que te quedaras ciertos detalles para ti...

—¡En la cocina! No seas malpensada... Hace unas empanadas de atún que son para morirse. ¡Y el pastel de anchoas! Tienes que probar el pastel de anchoas...

—Ya veo que te ha conquistado por el estómago. Me encanta, de verdad. Está tan llena de energía... Y se ve que está muy unida a su hijo. —Mi padre sonrío risueño—. Me alegra mucho que hayas encontrado a alguien tan afín a ti.

—Para mí es muy importante oírte decir esto, Ize. Tenía miedo a que sintierais que estaba sustituyendo a vuestra *ama* y... quiero que sepas que ella siempre será el amor de mi vida, pero no puedo pasarme el tiempo que me reste llorándola. Vosotros ya no estáis en casa, y a veces me siento tan solo mirando las horas pasar en el reloj...

—Papá, no tienes que justificarte. —Le doy un abrazo que espero que reafirme mis palabras—. Los tres sabemos por lo que has pasado con mamá y estamos felices de que vuelvas a sonreír. Te aseguro que, cuando Haritz y Julen la conozcan, se van a enamorar al instante de ella.

7. Santa Claus NO llegó a la ciudad

Alex

Nunca entenderé por qué mi madre me puso el nombre de un tipo al que odiaba: Alexander Whitby. Supongo que el amor nos lleva a veces a hacer cosas estúpidas... Del apellido de marras me libré, ventajas de no haber conocido nunca a mi padre, aunque todos dicen que soy su vivo retrato y que heredé de él su estatura, su pelo rojizo y estos ojos que no son ni grises ni verdes; son como todo en mí: diferentes. De hecho, dudo que esa tonalidad esté siquiera registrada en el sistema Pantone. Lo que sé de mi padre es tan poco como abstracto... Sé que vino en un ferri con su tabla de surf y que veraneó en Suances el verano del 81. Sé que conoció a mi madre en la Playa de los Locos y que vivieron un tórrido romance con consecuencias previsibles cuando no usas condón. Y sé que, tan pronto ella descubrió que yo estaba en camino, él abandonó su furgoneta y su tabla para embarcar en el primer ferri que partía hacia Portsmouth. Romántico, ¿eh?

En cuanto al pelo, es una maldición genética que me ocasionó toda clase de motes y bromas pesadas en mi infancia, que iban desde Ruperto —por la simpática calabaza del *Un, Dos, Tres*— hasta Zanahorio. Por suerte, no son muchas las pecas que, sin permiso alguno, anidan en mi rostro, aunque el torso es otra historia..., están ahí como un maldito recordatorio constante de mi herencia británica.

Las mujeres parecen encontrar esta anomalía genética interesante y no son pocas las que entablan conversación conmigo en el café o en el trabajo con cualquier excusa. Sé que son precisamente estas diferencias lo que les llama la atención, aunque tener pareja no me quita el sueño en estos momentos de mi vida. Hubo un tiempo en el que sí quería casarme y tener hijos, el *pack* completo, pero supongo que, como dicen las viejas de mi pueblo, ya se me ha pasado el arroz. Entonces llegó mi madre, enamorándose a su edad como una quinceañera, y me devolvió la fe. Tal vez solo necesite tener los ojos bien abiertos para reconocerla cuando aparezca donde y cuando menos me lo espere...

En palabras de mi exnovia, si estoy soltero es porque no he encontrado ninguna mujer que me

llene tanto como mi trabajo. Nekane y yo salimos juntos durante tres años y yo creía que éramos felices. Y digo *creía* porque, tan pronto ella me dijo que lo nuestro se acababa porque se había enamorado de otro mejor que yo, lo cierto es que me alegré por ella. Que las cosas entre nosotros no funcionaran no significa que no le desee lo mejor o me pueda ir de cena con su marido, ¿no? Mamady y yo nos llevamos tan bien que soy el padrino de uno de sus monstruitos, orgullo y frustración de Nekane, quien siempre se queja de que no estuvo quince horas de parto para que los niños hayan salido clavados al padre. Será todo lo vasca y cabezona que quiera, pero ni ella puede luchar contra la genética guineana del padre, las cosas como son... La primera vez que los vi juntos, entendí eso que dicen de las almas gemelas; y también entendí que la relación insulsa que nosotros compartíamos no podía llamarse amor.

Mi otro mejor amigo es Blanquito, que en realidad se llama Felipe, pero todo el mundo le llama así desde el colegio por su característico pelo albino. Un problema de pigmentación lo convirtió en el rarito de la escuela y, al igual que a mí, le hizo ganarse todo tipo de apodos. Ante una situación así, nos vimos obligados a ser amigos. Aquellos niños malditos se reían de nosotros por nuestras diferencias, y nosotros nos reíamos de ellos porque eran todos iguales. Juntos nos sentíamos más fuertes, capaces de enfrentar el *bullying* que nos hacían cada día, aunque por aquel entonces al acoso escolar no se le pusiera un nombre. ¿Y qué mejor manera hay de evitar que los demás se burlen de ti y te pongan apodos que aceptarlos? Reírse de uno mismo es la clave para restarle valor a las cosas. Por eso, Blanqui se presenta siempre con ese mote, y yo arrastraba el de Pumuky en mi grupo de amigos hasta que Nekane se lio con Mamady y me lo cambiaron por Cornudo.

Fue precisamente esta experiencia lo que nos llevó a convertirnos en educadores sociales, esa necesidad de orientar a una juventud que cada vez tiene que lidiar con mayores conflictos emocionales. Puede que antes no tuviéramos lujos, pero, sin duda alguna, éramos mucho más felices que los críos de ahora.

Blanquito y yo nos mudamos a Bilbao al acabar la universidad para probar suerte allí. Santander se nos quedaba pequeño para las ganas que teníamos de comernos el mundo. Y, a día de hoy, todavía compartimos piso y bromas estoicamente; porque estas últimas no han cesado... No hace mucho que una extraña, con la que tuve el infortunio de cruzarme dos veces, me apodó Míster Van Gogh por mi peculiar físico. La crueldad no entiende de edades. Lo peor de ese encuentro, que servirá de anécdota en el grupo durante los próximos años, fue que había algo en ella que me atrajo de un modo perverso e intelectual. No voy a negar que sus curvas me volvieron loco, el olor dulzón de su perfume o esos labios jugosos que me hubiera gustado saborear; unos labios tan venenosos como la manzana de Adán, pues aquella mujer tenía un ingenio mordaz que no dudó en usar contra mí. ¿Lo peor de todo? Que me encantó. Estoy harto de citas con conversaciones banales que no llevan a ningún sitio. Ella era distinta. Y algo me dice que con esa mujer me lo hubiera pasado de miedo dentro y fuera de la cama...

Y hablando de crueldad..., no puede haber nada más cruel que arruinarle la ilusión a un grupo

de niños enfermos que pasarán las Navidades hospitalizados, y esperaban ansiosos conocer a Papá Noel y llevarse algún regalo. Felipe y yo hemos estado preparando el evento durante meses: la colecta de juguetes en centros comerciales, envolver los regalos, el *catering*, los ayudantes de Santa... ¡Si hasta teníamos un reno! Pero el muy impresentable de Santa Claus ha llegado vomitando alcohol tras una comida de empresa. Hemos tenido que hacer lo imposible para que los pequeños no lo vieran. La cara de esos niños al oír que Santa no los visitaría esta tarde me ha roto el corazón.

—¡No es justo, joder! —Apuro mi cerveza, mordiéndome el puño con frustración—. Todo el puto año esperando a que llegara este día para nada. Porque a esos niños no se les va a olvidar tan fácilmente el chasco que se han llevado... Se supone que hoy tenía que ser un día feliz para ellos.

Blanquito me pone una mano en el hombro para mostrar su apoyo. Aunque sé que está igual de cabreado que yo, él no es de los que lo verbalizan.

—El próximo año será mejor, Alex. Buscaremos un suplente de Santa Claus, y un suplente para el suplente, y...

—¿De verdad ese gilipollas no tenía otro momento para emborracharse?

—Es Nochebuena. Supongo que pensó que controlaba y...

—¡No es excusa! —atajo cabreado—. Todo lo que pedía era que esos niños pudieran conocer a Santa en persona. Él podría haberse mamado otro día, pero a ellos ya nada les devolverá la ilusión esta noche.

—No ha sido culpa nuestra, Alex —reitera—. Deja de darle vueltas, no podemos hacer nada más. Tengo que irme ya a Santander o mi madre y mi hermana se pondrán como locas si no les ayudo con la cena. Y tú deberías hacer lo mismo o no llegarás a Suances. Piensa en lo contenta que se va a poner tu madre cuando vea que por fin te has cortado el pelo. Adiós a las quejas de que pareces un vikingo perroflauta.

—Eso cuando es generosa... Me apetece una mierda el plan de esta noche, pero, como le diga a mi madre que quiero pasar la Navidad solo en Bilbao, me corta los huevos.

—¡No seas Grinch! Además, este año no vais a estar solos... Seguro que te lo pasas bien con su novio y su hija.

—Dando saltos de alegría estoy, ¿no me ves? —replico con sarcasmo. ¿De verdad no me puedo quedar en mi casa solo?—. Conduce con cuidado, anda... Y manda recuerdos a la familia.

Cojo mi americana y le doy un abrazo a Felipe, deseándole feliz Navidad y todas esas cosas, aunque sé que voy a verle mañana en nuestra particular tradición navideña a la que no hemos faltado ni un solo año desde la universidad.

Si hay algo que me emociona un poco del plan de esta noche es ver a mi madre tan radiante. Sé que ha tenido sus novietes por ahí, pero esta es la primera vez que alguien le importa lo suficiente como para presentármelo. Tuvo que ser muy duro para ella ser madre soltera en una época en la que a la mínima la tachaban de golfa, aunque ella siempre llevó su maternidad con la

cabeza bien alta y sacaba las uñas por mí cuando alguien me hacía sentir mal por no tener un padre. Teniéndola a ella, que suplía todas mis carencias emocionales, nunca lo he necesitado.

Hubo un tiempo en que la animé a instalarse una de esas *apps* de citas, pero mi madre no es demasiado buena con la tecnología y acababa liándose con los chats. Además, los hombres de su edad no se cuidan, y, no es porque sea mi madre, pero ella sigue siendo una morenaza muy resultona. Y, mira tú por dónde, ha encontrado el amor en una de esas excursiones de senderismo que organiza el centro deportivo de Bilbao en la que, por motivos de trabajo, tuve que dejar a mi madre colgada a última hora.

Nunca sabes dónde puede estar esperándote el amor.

8. El karma no descansa ni en Nochebuena

Haizea

Mis hermanos son los maestros del escaqueo, hasta el punto de que estoy convencida de que el propio Haritz ha sido el causante de esas lluvias torrenciales que han dejado a media España incomunicada. El asunto sonaría menos surrealista si no fuera porque en Mordor —como todo el mundo conoce a Bilbao— estamos a dieciocho grados y estoy en manga corta. La cuestión es que Haritz se ha quedado atrapado en Valencia y Julen está en Suecia por culpa del trabajo de su mujer, o lo que es lo mismo, los muy cabrones me han dejado sola en Nochebuena con la novia de papá y su hijo.

Mientras termino de preparar una ensaladilla y turrones caseros en mi robot de cocina, Kat me suelta el rollo místico de cada año por videocámara. Que si enciende unas velitas de canela para atraer el amor, que si tengo que llevar dorado para mejorar la economía...

—Si es que a mí las Navidades me resbalan. Que conste que hago esto por mi padre... —reconozco desanimada. Conducir hasta Suances me apetece tanto como que me hagan el láser en las ingles—. Mientras él está todo acarameladito con su novia, yo tendré que darle conversación a su hijo por cortesía, deseando que termine la velada para encerrarme en el cuarto a leer algo en mi iPad. Eso si no me lo confiscan en la puerta... Mi padre me ha avisado que en esa casa está prohibida la tecnología porque les gusta interactuar a la antigua usanza.

—¡Qué romántico!

—¿Romántico? ¡Qué tortura, dirás! ¡Voy a tener que prestarle los cinco sentidos a ese tipo del que apenas sé su nombre!

—Igual te sorprende y pasas una buena noche entre mazapanes y polvorones.

—Yo no necesito mazapanes y polvorones, lo que necesito es...

—¡Polvos a montones!

—¡Pero qué bruta eres, Kat!

—Y hablando de polvos... Deja de lloriquear, me han dicho las cartas que Santa te va a traer el amor por Navidad. Cada vez que les pregunto por ti, me dicen clarísimo que hoy vas a conocer al

amor de tu vida.

—¿No fue eso lo mismo que me dijiste cuando quedé con Egoitz? Y estabas convencida de que Doña Rancia iba a ser el amor de la vida de mi padre... ¡Y mira cómo acabaron ambas citas!

—Las cartas a veces no son precisas con el tiempo, Ize. Pero está cerca, lo presiento. ¡Sale clarísimo! El Sol y Los Enamorados. Es posible que Ana Mari tenga un sobrino o un vecino interesante. —Pongo los ojos en blanco y dejo que siga con sus chorradas esotéricas—. Te digo que estas Navidades van a traer cambios para las dos. Lo presiento.

El sonido del timbre interrumpe su discurso. ¿Quién podría ser, a escasas horas de la cena de Nochebuena? Me despido de mi amiga, saco los turrónes del horno y me quito el delantal para abrirle la puerta a... un abeto natural gigante que, estoy segura, no ha venido hasta aquí por su propio tronco. Adivino unas piernas fornidas tras las ramas y me asomo para ver quién es el responsable de tan inusual regalo, sonriendo como una mema al ver que se trata de él.

—Sé que no te gustan los árboles de Navidad porque te recuerdan a tu madre, pero había pensado que podrías hacer una excepción con uno natural... Nos han sobrado en el almacén y he rescatado un par de ellos para ti y para Kat.

Le odio por ello. Eka sabe lo mucho que odio la Navidad. Por alguna razón, en esta fecha noto especialmente su ausencia, es como si todas las emociones se acentuaran de golpe. Todo el vacío se llena de ella y el dolor es insoportable.

—¡No sé cómo se te ocurre traerme un abeto! Con lo que me encariño yo con estas cosas... Además, ¿cómo voy a sacarlo de aquí si a duras penas cabe por la puerta?

—Todo lo que entra, sale.

—Que sepas que voy a necesitar tus brazos fornidos para hacerlo...

—Estoy a tu entera disposición, *milady*. —Eka entra en el salón arrastrando el árbol y lo coloca junto a la ventana—. También te he traído luces y algunos adornos que pensé que te gustarían. Nada de plástico ni excesivamente navideño: pura artesanía de India. Lana y con muchos colorines.

—Gracias, no tenías por qué hacerlo...

—¿Te he dicho ya que estás preciosa?

Bajo la mirada a mi vestido negro con lentejuelas, no muy convencida de que lo diga en serio. Sus piropos ya no consiguen ruborizarme porque sé que siempre llevan un tono fraternal impreso en ellos.

—¿De veras? Tenía miedo a que fuera un poco excesivo. No quiero parecer un árbol de Navidad, y tengo la impresión de que solo me falta la estrella de Oriente en el pelo.

—¿Tratando de causar buena impresión a la novia de tu padre? —se burla—. En serio, Ize, estás irresistible. Y ese escotazo... ¡Buff! Mejor miro para otro lado o no respondo...

Vale, esto sí que es nuevo... Diría que ese comentario suena más sexual que fraternal. ¿O lo estoy tergiversando toda otra vez? Son demasiados años de falsas esperanzas y ya me he cansado de buscar señales donde solo había palabras vacías. Por las dudas, decido dejar escapar el

momento que podría haber sido y centrarme en sacar los turronec del molde. No contento con mi reacci3n, Eka me agarra del brazo y me obliga a mirarle. Zarandea mi mano, entrelazando mis dedos con los suyos, y sus ojos esconden un brillo perverso mientras trazan una ruta secreta de mis pechos a mis labios. Me quedo r3gida, sinti3ndome inc3moda al no saber si va a besarme o no; lo 3nico que s3 es que no deseo que lo haga. Han pasado demasiadas cosas estos a3os... Demasiadas mujeres. Y, hasta donde yo s3, ayer mismo estaba chateando con una interna del hospital mientras tomaba algo conmigo y Kat.

—¿Qu3 haces ma3ana, hermanita?

Odio que me llame as3 por el simple hecho de que nacimos a la vez. No somos hermanos. Nunca vamos a serlo, a veces incluso dudo de si realmente somos amigos. La amistad no deber3a doler de este modo. Sus manos ahora descansan en mi cintura en un gesto que encuentro demasiado inapropiado, sobre todo si me considera su «hermanita». Me zafo de su abrazo antes de contestarle, de vuelta en la ardua misi3n de desmoldar los turronec para que se vayan enfriando.

—Le promet3 a mi padre que har3a el esfuerzo de quedarme un par de d3as en Suances para conocer mejor a su nueva familia pol3tica. Un planazo.

—Y yo que quer3a tentarte... —No le pregunto de qu3 se trata. No quiero caer en su trampa—. ¿Te ver3 antes de Nochevieja?

—Supongo, no tengo nada planeado esta semana... Oye, Eka, no quiero echarte, pero tengo que conducir hasta Suances y ya voy tarde...

—*Eguberri on, Ize.* —Eka deposita un suave beso en la comisura de los labios mientras me desea una feliz Navidad y sale por la puerta, dej3ndome rayada con su actitud y las est3pidas predicciones rom3nticas de Kat. Porque se refer3a a Eka, ¿verdad? No puede ser nadie m3s...

No mucho despu3s, mis turronec caseros y yo nos dirigimos a Suances en mi viejo Ford Fiesta de quinta mano, a ritmo de villancicos desfasados y llamadas telef3nicas con mis hermanos.

Exactamente noventa minutos despu3s, estoy entrando por la puerta de una preciosa casuca de piedra y madera, rodeada de hortensias de colores y con unas impresionantes vistas a la Playa de Suances, que se ver3n a3n mejor por el d3a. Es mi padre quien me abre la puerta y me hace un *tour* r3pido por la casa, acompa33ndome hasta la que ser3 mi habitaci3n esta noche, una estancia en el primer piso, acogedora y tradicional, con colcha y cortinas florales en tonos c3ldos, y muebles de madera oscura. En las paredes, varias pinturas de paisajes de la Tierruca firmadas por la propia Ana Mari. Qui3n iba a pensar que la novia de mi padre era en realidad una artista...

Y, hablando de cosas tradicionales, mi m3vil se ha quedado secuestrado en un cestito en la entrada. Tal y como me advirti3 mi padre, la tecnolog3a no es bienvenida entre estas paredes y quieren que tengamos una cena como las de antes, disfrutando de una copa de vino —o muchas, ya lo veremos— y de una conversaci3n profunda, con la en3rgica voz de Frank Sinatra entonando villancicos de fondo. Buena elecci3n.

Antes de reunirme con ellos, me cuelo en la habitaci3n del tal Alex. Se pueden descubrir

muchas cosas de la gente con tan solo ver su espacio personal, y aquel cuarto no tiene pinta de haber sido alterado desde su adolescencia. Los muebles son de la misma madera oscura que decora el resto de la casa, con una cama individual, armario, escritorio y una estantería repleta de CD —entre los que destacan Nickelback, 30 Seconds to Mars y La Fuga—, libros de psicología y algunos clásicos literarios en edición casposa, de esos que te obligaban a leer en el colegio. En un armario entreabierto sin apenas ropa encuentro material deportivo de escalada, ciclismo y surf. Mi padre no mentía cuando dijo que el tipo este adoraba los deportes al aire libre...

Inspecciono rápidamente la planta baja de la casa. Tanto la cocina como el salón tienen enormes ventanales que dan al jardín, decorados con vinilos mostrando simpáticos personajes navideños. Afuera hay un reno con luces a tamaño natural y una farola con nieve en cuyo interior está atrapado Santa.

Me encuentro a los tortolitos en la cocina. Mi padre está siguiendo una receta manuscrita de uno de los muchos cuadernos de recetas que Ana Mari tiene abiertos sobre la encimera. Si supiera que yo no prescindo de mi robot de cocina, me quemaría viva en la hoguera... Ana Mari, que está liada friendo rabas, esboza una preciosa sonrisa al verme y me recibe con una diadema con dos muñequitos de jengibre que pretende que me ponga. Sonrío incómoda, incapaz de negarle nada; al menos esta es mejor que aquella con dos pollas rosas con purpurina que me hicieron ponerme en la última despedida de soltera...

—¡Bienvenida, tesoro! Quiero que te sientas como en tu casa. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en cogerlo o preguntarnos a Alex o a mí.

Su abrazo es tan cálido que se me olvida de golpe la angustia que tenía ante el plan de esta noche. Es agradable volver a sentirse parte de una familia, aunque nada pueda sustituir el calor de una madre. Las lágrimas amenazan con arruinar mi maquillaje. Tengo que pasar página y ver esto como una oportunidad que me da la vida en la que, con un poco de suerte, crearé nuevos recuerdos e incluso le encontraré ilusión a estas fechas otra vez, como le ha pasado a Julen desde que ha formado su propia familia.

—¿Te gusta la sopa de marisco? No me decidía con el menú y he preparado un poco de todo...

—Lleva horas liada en la cocina —confirma mi padre, aburrido—. Le he dicho que no tenía que molestarse, que nosotros también podíamos traer algún plato, pero cuando se le mete algo en la cabeza... Ven, que te presentamos al abuelo.

Mi padre me guía hasta una mecedora donde descansa un señor cercano al centenario, con unas cejas pobladas y la vista perdida en el televisor mientras engulle langostinos a la plancha como si le fuera la vida en ello.

—Eugenio, tenga cuidado con el marisco, que es muy indigesto por la noche.

—De algo hay que morir, hijo. ¿Quién es esta moza? ¿Es la noviuca del Alex? —pregunta mirándome, pero sin verme en realidad, pues una telilla blanca le cubre parcialmente los ojos.

—¡Ay, papá! ¡Qué cosas tienes! ¡Tu nieto nunca va a sentar cabeza! —grita Ana Mari asomándose por la cocina—. En eso ha salido a su puñetero padre. Con lo guapo que es el jodío

y aún no le hemos conocido más que una novia en cuarenta y dos años... Ella es Haizea, la hija de mi pareja.

—¿No me digas que has vuelto con el inglés pelele ese! —se altera el anciano.

—No, papá, Ander es vasco. Es muy buen hombre, ¡pero si has estado jugando al mus con él hace un momento! ¿Ya no te acuerdas?

—¿No estáis muy viejos ya para andar de novios? —pregunta el hombre con una mueca de incredulidad.

—¿Qué cosas tienes, papá! Perdonadle, está mayor y a veces chochea un poco, pero os juro que es inofensivo —asegura Ana Mari, dándole un beso triste a su padre—. Con lo que este hombre ha sido en su juventud...

—¿No cena con nosotros? —inquiero con ternura.

—Para él todos los días del año son iguales. Le gusta cenar pronto e irse a dormir. La única razón por la que sigue despierto es para poder pasar un rato con su nieto, lo adora. Mi hermana vive en Asturias y, aunque vienen a menudo a verlo, la relación con sus hijos no es la misma. Piensa que a Alex lo ha criado él desde bebé...

—Ese sinvergüenza dijo que vendría a las siete, ¡y mira qué horas son! —exclama el abuelo.

—Sabes que hoy tenía lío en el hospital... —le excusa su madre, para después volverse hacia mí y explicármelo justo cuando estoy robando una raba del plato de fritos—. Mi Alex colabora en la planta de cáncer infantil del Hospital de Cruces. Se encarga de que todos los niños tengan su fiesta de cumpleaños o su regalo de Navidad, aunque no estén en casa para celebrarlo. ¿Entendéis ahora por qué estoy tan orgullosa de mi hijo?

—Parece un buen chico —respondo con curiosidad por ponerle cara, pues en esta casa no he encontrado ni una triste foto que me dé alguna pista sobre él. Parece que tampoco han llegado las cámaras.

—¿Mi Alex? ¡Un cachito de pan! No es porque sea mi hijo, pero es un partidazo. ¡Y muy guapo! Las mujeres se lo rifan, pero este idiota solo se casa con su trabajo. Yo aún no he perdido la fe de que encuentre una mujer con carácter que le sepa poner en su sitio y le convenza para que se corte esos pelos de *hippy* que me lleva últimamente. Estoy deseando que os conozcáis, sé que os vais a llevar de maravilla. Una pena que Haritz y Julen no estén aquí hoy...

¿Es orgullo de madre o me quiere encasquetar al muchacho? Según lo ha descrito, y teniendo en cuenta sus gustos musicales, me imagino a un clon de Jared Leto, con el pelo oscuro recogido en una coleta greñosa y ese aspecto de dejadez nada romántico.

Mientras ayudo a ultimar la mesa con unas velas artificiales, cuya llama led fluctúa creando un armónico juego de luces sobre la mesa, Ana Mari me tiende una copita de sidra de la Tierruca para ir animando el ambiente. De un tocadiscos salen villancicos clásicos que me traen recuerdos de mi infancia; hay tiras de espumillón por todas partes, además de adornos con acebo, elegantes bolas navideñas en dorado y rojo, un discreto portal de Belén en el recibidor y un árbol de Navidad gigante, bajo el cual han depositado los regalos. De los míos se encargó mi padre, pues

no tenía ni idea de qué regalarles a dos extraños. Está claro que Ana Mari no ha escatimado en decoración... Incluso ha puesto muérdago bajo la puerta, a pesar de que esta tradición no se estila en España. Todo es demasiado acogedor de una manera retro. Huele a canela, a nostalgia y a hogar, y me siento vulnerable cuando el fantasma de las Navidades pasadas me golpea de nuevo con fuerza. ¡Cómo echo de menos a mis hermanos!

Unos faros nos deslumbran a través de la cristalera al mismo tiempo que se escuchan las ruedas de un 4x4 aparcando en la gravilla. Por la sonrisa de felicidad que esboza Ana Mari, entiendo que su pequeño vuelve a casa por Navidad, como el turrón; y no voy a negar que me muero por conocer al tipo que ha conseguido que mi padre se levante a las cuatro de la mañana para subir al Pagasarri.

—Ander, ¿puedes abrir mientras termino la salsa de las almejas? Mi hijo se ha olvidado las llaves en Bilbao. ¡Cualquier día se va a dejar la cabeza!

—Deja que te ayude —ofrezco, pues aún quedan un par de platos que terminar y ella se está encargando de todo.

De fondo, oigo una versión de mi padre que no conocía, saludando con mucha efusividad a ese extraño.

—Alex, muchacho, ¡menudo corte de pelo te has dado! Tu madre se va a poner como loca de contenta en cuanto te vea.

—Todo sea porque deje de llamarme vagabundo —responde él con sorna y en un tono lo suficientemente alto para que su madre lo oiga.

Esa voz... Mmm... ¿He escuchado alguna vez una voz tan sensual? La respuesta es no.

—¿Cómo? ¿Que te has cortado el pelo? —Ana Mari deja la cuchara de madera sobre la encimera, sin importarle que esté chorreando salsa por todas partes, y corre al salón para comerse a su hijo a besos. Le ha plantado una corbata con motivos navideños sin siquiera consultarle—. ¡Estás guapísimo! Mucho más presentable así con esta camisa y ese pelo. Justo le estaba contando a Haizea que me estabas matando a disgustos con esos pelos que me traías últimamente...

—¿Quién es... Haizea? —El reconocimiento asoma a su voz, a sabiendas de que él ya ha oído ese nombre antes; y estoy segura de que no se muere por repetir...

—Mi hija —aclara mi padre—. Julen y Haritz no han podido venir por el temporal.

Me escondo tras mi vaso de sidra y maldigo mi mala suerte, el karma se está cebando conmigo. Está muy diferente de la última vez que lo vi, menos salvaje con ese corte de pelo tan moderno, cortito por abajo y más largo y despeinado por arriba. Aunque no sé si estoy necesariamente de acuerdo en que esté mejor ahora —pues también me parecía atractivo con su melena anterior—, sí tengo que darle la razón en algo a su madre: está guapo a rabiar con esa camisa negra, que realza el fuego de sus facciones, y esos chinos grises que le hacen juego con los ojos.

Y, entonces, ahora sí, él me observa en silencio y con expresión aturdida. Y yo lo miro a él...

¡Cuánto desearía que mi copa de sidra fuera una olla exprés para cubrirme la cara entera! Sonrío sin saber qué más decir, pero esta Nochebuena va a tener una «noche» muy larga y muy poco de «buena»...

—¿Se puede saber qué haces tú en mi casa?

—Creo que tu madre y mi padre están saliendo juntos —susurro, como si no fuera lo suficientemente obvio.

—Ya veo, ya... ¡Menudo regalo de Navidad me ha hecho mi madre!

9. Pero mira cómo beben... dos extraños en un lío

Alex

Reconozco que, cuando pensaba en esta noche, jamás se me pasó por la cabeza que iba a desarrollarse así, con mi amiga la Watiwini Justiciera sentada frente a mí y mostrando esa sonrisa incómoda, mientras nuestros respectivos padres recuerdan anécdotas bochornosas de nuestra infancia. Y yo que pensaba que era ella quien me iba a amargar la noche... Que a los padres les gusta ridiculizar a sus hijos, sin importar la edad que tengan, es un hecho. Por eso mi madre le está contando a estos dos extraños que, de pequeños, Felipe y yo nos bajábamos los pantalones para dar la bienvenida a las visitas, y Ander está aireando las miserias de Haizea con total ligereza. Solo espero que hayan comprado suficiente vino para soportarlo... Al menos, nosotros dos nos estamos comportando como seres civilizados. Antes de la cena hemos tenido un par de palabras en la cocina en las que acordamos ser cordiales hasta que se acuesten para que no sospechen nada y, después, cada uno a lo suyo. Parece que el plan va sobre ruedas...

—Así que estás pensando en ser madre soltera —observa mi madre, mostrándole su apoyo a Haizea como abanderada del movimiento que es.

—No era lo que tenía en mente en un principio, pero, en vista de que no he conocido a nadie decente... —se justifica ella, bajando la mirada con incomodidad hacia su plato, como si pudiera encontrar las respuestas entre las gambas al ajillo. Reconozcámoslo: este no es un tema que sacar en Nochebuena.

—No seas tímida, que estamos en familia —interrumpe Ander—. Ize está en lista de espera para empezar el tratamiento, es cuestión de meses que la llamen. Y, si algún día conoce a alguien, ¡pues bueno! Los jóvenes de hoy día sois muy modernos.

—¡Qué ilusión! ¡Un bebé en la familia! ¿Te imaginas? —exclama mi madre, que se ha autoproclamado abuela de una criatura que aún ni está en el horno. Yo apuro mi copa de vino, esperando a que la conversación me salpique, lo que ocurre en tres, dos, uno... ¡Bum!—. Creo que va a ser la única manera de tener un poco de alegría en esta casa, si dependo de que mi hijo me haga abuela...

¡Increíble! Tuerzo el gesto y la asesino con la mirada. Sé que me está provocando, pero no es justo. Conoce los verdaderos motivos detrás de una decisión que no tuve mucha más alternativa que aceptar, y me duele que bromea sobre ello tan alegremente.

Ander sale en mi defensa, ofreciéndole a mi madre ser la abuela adoptiva de sus nietos de Suecia, aunque matiza diciendo que han salido igual de raritos que la madre... Tiempo de rellenar de nuevo mi copa y ofrecerle más a Haizea. Apuesto a que está aguantando estoicamente las ganas de largarse de aquí cuanto antes. ¡Menuda nochecita le están dando a la pobre! Lo peor es que ellos lo están disfrutando y han amenazado con volver a juntarnos en Nochevieja en Bilbao. Necesito un plan B como sea...

—La verdad es que yo aún tengo fe en que Eka se dé cuenta de una vez de que estáis hechos el uno para el otro —suelta Ander. No sé quién es ese Eka, pero en el rostro de Haizea veo que de nuevo ha dado donde más le duele—. Se conocen desde niños y llevan toda la vida dando vueltas como un tiovivo —nos explica—. Siempre he pensado que Eka acabará siendo mi yerno algún día.

—No va a pasar nada entre Eka y yo, ve haciéndote a la idea —responde segura.

—¿Por qué no? Está claro que le gustas, aunque tú no sepas interpretar sus señales.

—¿De qué señales me hablas? ¿De cada vez que nos deja a Kat y a mí tiradas para irse a follar con la fulanita de turno? ¿De cuando se casó con esa italiana? Además, ¿tú recuerdas a su exmujer? Metro ochenta, cincuenta kilos, pelo rubio y sedoso, siempre vestida de firma... Bueno, pues eso.

—No es porque sea tu padre, pero tú eres mil veces más atractiva que ese bicho palo. Y más inteligente.

—A juzgar por los gustos de Eka, diría que la inteligencia no es un rasgo que valore particularmente. —Haizea me hace un gesto para que le rellene la copa de vino, pues estoy custodiando la botella por si me pudiera volver a hacer falta. Sospecho que sí...

—¡Uy, los amores tóxicos! ¡En eso Nekane se lleva la palma! —Ahí está mi madre, al rescate. Me aflojo la maldita corbata y me escurro en la silla con apatía—. La ex de Alex se fue con otro y ahora los tres son amigos del alma. Y como mi hijo de puro bueno que es, es tonto, es el padrino de sus hijos. Yo es que a esa mujer se la tengo jurada...

—Mamá, no fue exactamente así, ¿vale? Nekane y yo no nos entendíamos.

—Tú siempre estás defendiéndola... Esa mujer no es trigo limpio, os lo digo yo.

Esta vez soy yo quien hace un gesto a Haizea para que rellene mi copa y ella me sonrío con compasión. Bendita la hora en que accedimos a cenar todos juntos.

10. *All I want for Christmas... is you*

Haizea

A eso de la una de la mañana, mi padre y Ana Mari anuncian que se van a la cama —no quiero saber a hacer qué—, y yo por fin me relajo. Se acabaron los recuerdos ingratos de borracheras y humillaciones adolescentes. Por un momento, he sentido hasta pena del pelirrojo mientras su madre hablaba de sus múltiples fracasos vitales con tan poca delicadeza. Aunque lo que realmente me perturba es que he visto un lado de él que no esperaba y me ha sorprendido. La dedicación y mimo con los que cuidaba de su abuelo y lo ayudaba a acostarse, sumado a todas esas historias sobre su trabajo en el centro de acogida o como voluntario, me han dejado un poco confundida porque no encajan con la imagen que me vendió de capullo arrogante y mujeriego las dos veces que nos hemos visto antes.

Y, hablando del demonio, ahora que nos hemos quedado solos en el salón, cada uno de pie en una esquina y mirándonos con curiosidad, no sabemos ni qué decir. Hace rato que rescaté mi móvil del cestito para comprobar disgustada que en esa casa no hay señal.

—¿Tenéis wifi? —pregunto por romper el hielo, él niega con la cabeza.

—Me temo que vas a tener que hablar conmigo.

—No será necesario... Tengo libros en el iPad.

—Salvada por la manzana. Pensaba proponerte ver una película, pero como quieras...

—Has dicho que no tenías internet...

—Tenemos DVD. —Se encoge de hombros, como si fuera lo más normal del mundo en plena era digital.

Miro el televisor con cierta sorpresa. Es uno de esos trastos rectangulares que pesa dos toneladas y tiene una antena para coger mejor la señal. Lo sorprendente es que aún funcione.

—¿Hay algo en esta casa que se haya inventado en los últimos veinte años?

—¿Has visto *Qué bello es vivir*? —pregunta ignorando mi discurso—. Es mi película navideña favorita, aunque no sé si le gustará a la marquesa... Se «inventó» hace ochenta años.

Esbozo una sonrisa incómoda mientras me recuesto en el sofá con mi *tablet*, evidenciando que

no tengo ninguna intención de perder el tiempo viendo una peli con él.

La luz de la chimenea es tenue y acogedora, invitando a acurrucarse al calor de las brasas. Él debe de pensar lo mismo, pues, tras servir dos vasos de crema de orujo con hielo —que nadie le ha pedido—, se sienta a mi lado buscando conversación.

«¿Por qué, Señor? ¿Por qué?».

—Hay dos sofás... —observo en voz alta.

—Lo sé, te recuerdo que estoy en mi casa. —Me dedica una mueca sarcástica que me saca de quicio, al igual que ese destello travieso que desprende su mirada—. A la vista de que no me sirves como entretenimiento, me temo que yo sí quiero ver una película y desde este sofá se ve mejor. Dicho esto, si tanto te molesta mi compañía, puedes coger tu cacharro e irte al otro sofá.

Discutir va a ser inútil cuando él juega en casa. Además, su compañía no me molesta precisamente; más bien... De mis labios se escapa un suspiro involuntario. Apago la *tablet* y la dejo en la mesa, dispuesta a ceder y «servirle como entretenimiento».

—¿Qué os pasa en esta casa con la tecnología?

—¿No echas de menos esos tiempos en los que no vivíamos conectados? Yo recuerdo mi infancia jugando a la pelota con Felipe en la calle, paseando por los acantilados, recorriendo el pueblo en bicicleta, cazando insectos... Mi vida en Bilbao es puro estrés y, cuando vengo aquí, vuelvo a ser ese chico que hacía surf y se perdía por los montes. —Le escucho embelesada y deseosa de abandonar el móvil de nuevo en el cestito por voluntad propia. Es cierto que yo también era más feliz cuando no vivía digitalizada—. ¿Qué le gustaba hacer a la Haizea niña?

—Manualidades de escayola —respondo sin pensar, dejando que me invadan los recuerdos de aquella época en la que fui realmente feliz—. Saltar a la comba, escribir cartas a mis amigas... Mis hermanos y yo nos peleábamos por los mandos de la Nintendo y mi madre siempre tenía que poner orden. Y podía ver las mismas películas hasta que me sabía los diálogos de memoria.

—Y aquí está la Haizea del presente negándose a ver una película solo porque es anterior a la llegada de Netflix...

—En realidad, el problema no era la película, sino la compañía... —le provoco.

—¡Mentirosa! Creo que esta noche lo hemos hecho bastante bien, dadas las circunstancias. En alguna ocasión he sentido empatía hacia ti y todo. —¿Significa eso que le doy pena?—. ¿De verdad llevas toda la vida enamorada de un idiota que no te hace ni caso?

—Dijo el cornudo... ¿Es verdad lo que ha contado tu madre sobre tu ex? Por cierto, la tienes bien engañada con ese rollo de caballero de brillante armadura. ¿Sabe ella que te dedicas a darles anillos usados a tus citas?

—Sé que no te debo explicaciones de ningún tipo, pero, a la vista de que vamos a coincidir en esta vida más de lo que a ninguno de los dos nos gustaría, quiero aclarar un par de cosas...

—Tú dirás.

—Por si aún no te ha quedado claro, la pareja con la que estaba cenando aquel día son mi ex y su marido, y ese es nuestro juego. Yo la llamo *zorra infiel*, ella me llama *cornudo*, y todos somos

felices. En su momento fue algo para quitarle hierro al asunto de cara a la galería y fingir que todo esto no nos afectaba emocionalmente a ninguno de los tres, pero, con el tiempo, se convirtió en una broma. Nekane y yo estuvimos a punto de cometer el error de casarnos y, en realidad, estoy agradecido de que Mamady se cruzara en nuestros caminos. Además, ella fue muy honesta conmigo al contarme que sentía algo por él, y yo la dejé escoger.

—¿No te molestó que no te escogiera a ti?

—¡Para nada! Hay cosas que están destinadas a ser y no puedes luchar contra eso.

—¡Qué liberal todo!

—Soy educador social, lucho cada día para evitar que los jóvenes tengan este tipo de comportamientos machistas, pero te aseguro que esto es diferente. Es un juego estúpido desde el cariño y el respeto —me explica, aunque no me deba nada—. Dicho esto..., te agradecería que te relajaras y dejaras de verme como un cabrón. No soy ningún santo, pero tampoco soy un mal tipo. Esta es la primera vez que mi madre tiene una relación y no seré yo quien se la sabotee por mis rencillas personales con su hijastra. Así que podemos dejar de hacernos putaditas, comportarnos como los adultos que somos y brindar con este orujito que aún no has probado, ¿qué te parece? Lo he destilado yo mismo, así que no puedes hacerme el feo...

—¿Le has echado algo?

—Burundanga, para que esta noche caigas rendida a mis brazos.

Mi mirada de desconfianza le hace sonreír y sacudir la cabeza de un lado a otro. Tiene siempre esa expresión juguetona en el rostro que me hace muy difícil saber cuándo está hablando en serio y cuándo no.

Lo siguiente que recuerdo es que brindamos y nos bebemos, no solo ese chupito, sino todo lo que queda en la botella; y que poco a poco vamos acercándonos más en el sofá, acurrucados bajo la misma manta de lana, mientras compartimos anécdotas y heridas de guerra. Deben de ser como las tres de la mañana y estoy visiblemente achispada, lo suficiente para pensar que Alex es el hombre más interesante y peculiar que he conocido nunca.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal, Míster Van Gogh?

—Dispara, Watiwini Justiciera.

—¿Cómo es que nunca has intentado conocer a tu padre? Tu madre me dijo que no has mostrado interés, lo que me sorprende, porque yo me moriría de curiosidad.

—Los vínculos no los crea la sangre, y todo lo que necesito saber de él ya lo sé.

—Que es...

—Bueno, sé que el pelo y la estatura no los he heredado de mi madre, ¿no crees?

—¿Tu padre también era pelirrojo?

—Eso dicen..., aunque él tiene los ojos verdes. Los míos se han quedado en un color indefinido, a medio camino entre los de mi madre y los de mi padre.

—A mí me gustan, son diferentes —me oigo decir, mirando el vaso vacío de orujo con cierta culpabilidad.

Alex me mira y se aguanta una expresión inquieta, que inmediatamente esconde llenando de nuevo los vasos con un licor de hierbas de Liébana.

—Me toca a mí preguntar. —Levanta su vaso para chocarlo con el mío—. Aparte de luchar en los bares por los derechos de las mujeres, ¿a qué te dedicas?

—Soy profesora de Literatura en un instituto. Y una ilusa idealista... No me limito a darles los contenidos aplicando lo de «la letra con sangre entra», sino que intento que mis estudiantes amen los libros, que lean por voluntad propia.

—¿Y cómo va el experimento?

—Bueno..., no he fracasado estrepitosamente. Al final, cada uno se labra su propio camino, tú solo puedes estar ahí para mostrarles que hay otras opciones, pero la decisión final es solo suya. Me conformo con saber que he dejado huella en algunos jóvenes.

—Así que eres de las mías, una soñadora luchando por un mundo mejor. ¿Y cuál es tu mote? —Le miro sin saber a qué se refiere—. Todos los profesores tenéis motes, y las nuevas generaciones son mucho más crueles y creativas. —Me escondo tras el cojín para no confesarle los apodos tan ridículos que he descubierto que usan para nombrarme—. ¡Venga, no seas tímida! Ya has oído a mi madre antes: estamos en familia.

—Tú y yo no somos familia.

—Llámalo como quieras, hermanastra —se burla. Cuando sonrío, se forman unas arruguitas en sus ojos que me resultan increíblemente sexis.

—¿Cuál es el tuyo? Trabajando con adolescentes conflictivos, apuesto a que tú también tienes unos cuantos...

—¡Qué va! Soy un educador enrollado; la mayoría de los críos se abren conmigo. Y no me cambies de tema... —pide, dándome un empujón con el hombro.

—Está bien, está bien... —Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza, aunque acabo confesándoselo—. Señorita Melafo, Miss Haizea Rowling, Cuatro Ojos, La Profe Perreadora... y, fuera del instituto, me han apodado la Watiwini Justiciera.

—Ese es el mejor de todos... ¿A qué viene lo de Profe Perreadora?

—Un alumno me grabó bailando con mis amigos en un bar y se hizo viral en el instituto. Hipocresías de la vida moderna, nos llevamos el castigo los dos: el alumno por compartir videos que atentaban contra mi imagen sin mi permiso, y yo «por no ser más cuidadosa» en un lugar donde estaba prohibida la entrada de cualquiera de mis estudiantes.

—Así que te gusta bailar...

—Bueno, sí..., aunque ese día me había pasado de copas y el bailecito se me fue de las manos. Fue en mi último cumpleaños...

Alex se levanta con paso inestable y rebusca entre los vinilos hasta dar con un clásico de Barry White, *Can't get enough of your love baby*. Se acerca a mí contoneándose con una tira de espumillón que se ha colocado alrededor del cuello a modo boa, moviendo los brazos de una forma que me recuerda a mi padre en la verbena del pueblo, pero en versión sexy. Su gesto me

arranca una sonrisa sincera, que se potencia cuando coloca una tira de espumillón dorado alrededor de mí y tira suavemente hacia él para sacarme a bailar.

Y todo mi sentido común me abandona. No sé si el error fue aceptar su mano o dejar que me meciera al ritmo de una música que no había sido creada para ser bailada; solo sé que, mientras nuestros cuerpos se mueven, anhelando encontrarse, siento su aliento cerca de mi boca, su mirada inquietante acariciando mi piel desnuda y avivando mi fuego interno. Esa es la magia de la Navidad —y del orujo—, capaz de conseguir que estés bailando, riendo y flotando en una nube al ritmo de *My first, my last, my everything*, con la misma persona a quien le habías jurado venganza eterna hace apenas unas semanas.

El ritmo es lento. Yo nunca he bailado esto antes, pero entiendo que acercarnos tanto es necesario; o tan solo es una excusa servida en bandeja. Me recreo en el olor que desprende su cuerpo, una mezcla sensual de perfume y su propio aroma, que me resulta embriagadora. Ojalá pudiera embotellar su esencia para revivir este instante. Un escalofrío me eriza violentamente la piel. Mi cuerpo reacciona por instinto, poniéndose en tensión cuando siento sus labios húmedos recorriendo mi cuello, sus manos dibujando promesas en mi espalda desnuda. Cierro los ojos, suspiro y me abandono a las eróticas caricias que me está regalando. No quiero pararle... Debería... ¡Joder! Me quedo inmóvil mientras los pensamientos se agolpan en mi cabeza confusa. Su boca me regala un suave mordisco que me pone la piel de gallina. Es una sensación demasiado placentera para negármela. Mis manos, que aún rodean su cuello, ascienden y se enredan en su pelo. A él parece gustarle; el aire que sale de sus labios en forma de susurro me hace cosquillas en la piel, provocando una corriente eléctrica que desciende furiosa hasta la unión de mis piernas. ¿Y si me dejara llevar sin pensar en quiénes son nuestros padres o qué pasará mañana al despertar? No tenemos por qué hablar de esto con nadie.

—Yo también lo pienso... —susurra en mi oído.

—¿El qué?

—Que eres más atractiva que ninguno de los bichos palos con los que esté saliendo ese imbécil. Llevo toda la noche preguntándome a qué sabrá esa boca.

¡Ay, madre! Miro de reojo la botella de crema de orujo; no me sorprende descubrir que está vacía. Cuando mis ojos se posan de nuevo en él, sus labios parecen a punto de comerme viva. Mentiría si dijera que no se me ha pasado por la cabeza, que no me está poniendo cardíaca con sus caricias y bailes, pero la poca conciencia que me queda me recuerda que Alex no es una buena idea. Además de ser el hijo de la novia de mi padre —los cuales, por cierto, están durmiendo en el piso de arriba—, se supone que me cae mal..., o me caía, porque esta noche he descubierto algunas cosas de él que me gustan tanto como su pelo rojo y sus misteriosos ojos de musgo. Necesito ponerle fin antes de que amanezcamos en la misma cama, con nuestros padres desperezándose en la habitación de al lado.

—No sé qué le has echado a ese orujo, pero el salón no para de dar vueltas. —Encuentro en el licor la excusa perfecta para apartarlo de mí, antes de que hagamos una locura de la que los dos

nos vayamos a arrepentir.

—El hecho de que nos hayamos bebido media botella ha influido bastante, ¿no crees? — observa—. ¿Estás bien? ¿Quieres un vaso de agua o...?

«Lo que quiero es que dejes de acariciarme y mirarme de ese modo, que hace que mis piernas tiemblen al imaginarte desnudo sobre mí, jeso es lo que quiero!».

—No, yo... Se me pasará. Solo necesito dormir un poco... He tenido una semana horrible; un año, más bien... De hecho, los últimos diez. —¿Por qué le estoy soltando este rollo? —. Lo siento, se me ha ido la mano con el orujo. Buenas noches, Alex.

—Buenas noches, hermanastra. —Mientras siga llamándome así, no hay peligro de que la cosa vaya a más.

Estoy haciendo un intento por largarme cuando él apoya una mano en mi espalda, obligándome a girar y mirarle. Los ojos se me van sin permiso a sus labios. Estoy deseando morderlos.

—Haizea, ¿tú crees en el destino?

—Sí, no sé..., supongo. A ratos... ¿Por qué lo preguntas?

—Porque ese cabrón te ha puesto tres veces en mi vida. Y todavía no sé lo que significa.

Aprieto los labios para reprimir una sonrisa nerviosa. Yo tampoco lo entiendo. Lo único que sé es que voy a matar a Kat por hacer esas predicciones estúpidas que me van a tener toda la noche mirando al techo y sin poder dormir. Alex no es el chico que le ha salido dos veces en las cartas. No puede serlo... No puedo liarme con el hijo de la única novia que ha tenido mi padre... Sería un desastre mayúsculo.

Espera un momento... ¿Por qué le estoy dando vueltas a esto? ¿De verdad voy a creerme las tonterías que digan un par de láminas de cartón?

11. Al Bolao, pastores

Me despierto aturdida y tardo un rato en reconocer la habitación en la que me hallo. El molesto ruido del tráfico que me levanta cada mañana en Bilbao ha sido sustituido por el canto de las gaviotas.

Recuerdos de la noche anterior me atormentan, ese beso que estuvimos a punto de protagonizar y supe frenar a tiempo. Aún me duelen los labios de desearlo. Me ahogo con la almohada contra el colchón después de perjurar tantas veces que parece que estuviera invocando al mismísimo demonio. A ver con qué cara le miro yo a este ahora... ¿Estaría muy feo salir por la puerta de atrás y regresar a Bilbao sin despedirme de nadie?

Un reloj indica que son las ocho de la mañana. Tengo la boca seca y un hambre que me muero. Miento, no tengo hambre, lo que tengo son unas ganas locas de hincarle el diente a esos sobaos pasiegos que ha preparado Ana Mari. Tienen una pinta increíble. Parece que esta mujer lo sabe hacer todo bien: pintar, cocinar, su hijo... Vuelvo a asfixiarme con la almohada, a ver si con la falta de aire se alejan los pensamientos calenturientos. ¿Cómo no sentir calor al verle si ese chico es puro fuego?

Bajo las escaleras de puntillas y sin hacer demasiado ruido, pues el silencio reinante me indica que todos duermen, pero cuál es mi sorpresa al escuchar un canturreo procedente de la cocina, entonando una canción que fue toda una declaración de intenciones en mi adolescencia para aquellos que solo buscaban amores de una noche.

...Yo no quiero darte amor eterno,
solo quiero echarme al mar y una boquita en cada puerto.
Yo no quiero atarme al mismo cuerpo...
Dame tiempo y bésame en la boca, y déjame la lengua rota.
Es mi pasatiempo...

La voz tiene un dueño, un dueño con unos pectorales de infarto moteados con sutiles pecas rosadas que dibujan formas sobre sus hombros y la parte alta de su espalda. Me quedo embobada viendo cómo un Alex sin camiseta y con unos auriculares gigantes conectados a un discman

prepara un desayuno a base de huevos, salmón y aguacates. Está recién duchado y, por la energía que desprende, diría que lleva más horas despierto de las que tiene la mañana. ¿Cómo hace para estar tan fresco?

La catástrofe se sirve en bandeja cuando se gira y, no esperando encontrarme allí plantada, derrama parte del yogur sobre mi camiseta.

—¡Joder, Haizea! ¡Me has asustado! —Comienza a limpiarme con un trapo, que le arrebató incómoda cuando me frota cerca de los pechos—. Perdona, ¡cómo te he puesto! Espero que hayas traído ropa para cambiarte.

—Algo habrá por ahí, no te preocupes...

—Siento el espectáculo matutino, no estoy acostumbrado a tener a nadie en casa cuando me despierto... Se me había olvidado por completo que estabas aquí.

«¡Vaya, hombre! Gracias por aclarar que lo de anoche no significó nada...».

—No sé si me sorprende más que aún conserves un discman o que hayas estado haciendo ejercicio con el pelotazo que nos cogimos anoche.

—Precisamente... no podía dormir después de lo de anoche —confiesa. Algo dentro de mí da saltos de alegría al saber que no soy la única que le ha estado dando más vueltas de las necesarias.

—Esa canción era un poco más moderna que las del tocadiscos. ¿Qué más tienes por ahí?

—Lo mejor de lo mejor: David Civera, Merche, Operación Triunfo, Raúl...

—¿Esa es la música que te gusta? Estás un pelín desfasado...

—No, pero ya sabes que a esta casa aún no ha llegado Spotify —bromea. ¿He dicho ya que adoro su sonrisa?—. Oye, hermanastra, me encantaría seguir de cháchara contigo, pero he quedado con mis amigos para nuestro tradicional desayuno de Navidad.

—Por supuesto, vete. ¿Tenéis alguna cafetera por aquí o también son demasiado modernas para vosotros? —Alex me mira de soslayo con el ceño fruncido.

—Igual he sido demasiado sutil, pero te estaba preguntando si querías venir conmigo. Dejarte aquí sola o, peor aún, con los enamorados, me parece una crueldad impropia de mí.

—¡Oh! Te lo agradezco, no creo que pueda soportar sus carantoñas antes del café...

—Tranquila, no tendrás que hacerlo... Mi madre se llevó a tu padre de ruta hace un par de horas. Iban a hacer un pícnic en el faro al amanecer, ¿no es romántico? —Detecto cierta burla en su tono de voz—. Anda, ve a cambiarte. Las manchas de yogur de tu camiseta me están distrayendo de un modo perturbador...

—¿Dónde dices que vamos a desayunar con tus amigos?

Llevamos quince minutos en su coche y aún no hay rastro de civilización. Un sol radiante brilla en un cielo despejado, cuyo color queda eclipsado por el verde de los montes y el azul del

mar, contradiciendo la típica estampa navideña.

—En El Bolao —responde él sin dar más explicaciones—. Te aseguro que te vas a enamorar de ese sitio.

—¿No necesitas GPS para orientarte por estos caminos de cabras?

—Me conozco estas carreteras al dedillo. Las he recorrido miles de veces en coche, en bici, en moto...

—¿También eres motero?

—¡Qué va! Solo monto en la de mi primo Ori. Vive en Villanueva del Mar, en Asturias. Igual algún día te lo presento, cuando se casen nuestros padres o algo así...

—¿Tú crees que se van a casar? ¡Pero si acaban de conocerse!

—Cuando llegas a cierta edad, no te andas por las ramas, hermanastra. ¿O acaso tú no corres más ahora con tus ligues que hace veinte años?

—Lo sabría si alguno me hubiera durado más de un par de meses... —Alex aparta la vista de la sinuosa carretera para mirarme con sorpresa, haciendo que se le vaya el coche hacia un bache—. ¿Podrías poner las manos al volante y mirar hacia delante? No quiero despeñarme por un barranco.

—¿Nunca has tenido pareja estable?

—¿Cuatro meses cuenta como *estable*?

—Pero ¿por qué? Estás buena, eres agradable..., un poco borde, pero es parte de tu encanto.

—¿Estás tratando de hacerme un cumplido?

—No necesariamente, aunque supongo que tampoco es lo contrario... —Frunzo el ceño sin entender lo que dice—. No me desvíes, me estabas diciendo que nunca has tenido pareja. Virgen no eres, ¿no? Porque eso explicaría por qué anoche me rechazaste...

Le miro sin poder contener mi sorpresa. ¿De verdad quiere que hablemos de esto ahora?

—¡Oh, vamos! No me dirás que ninguna mujer te había rechazado antes...

—La verdad es que no. Y, menos aún, una mujer a la que está claro que le despierto curiosidad.

—Y justo cuando empezabas a caerme bien, vas y lo estropeas todo de nuevo... —protesto en un suspiro—. Me bajaría del coche ahora mismo, pero no sabría cómo regresar a casa sola —respondo, obnubilada por su discurso. Alex pega tal frenazo que casi me estampa contra el cristal—. Pero ¿tú estás loco? ¿Quieres hacer el favor de mirar hacia la carretera?

—Aún no has respondido a mi pregunta.

—¡Sí lo he hecho! Pero está claro que no te ha gustado mi respuesta.

—No me ha convencido, que es distinto. —Su mirada sigue analizándome en silencio.

—¡No, no soy virgen! —claudico, solo para que retome el viaje y deje de diseccionarme como si fuera un bicho raro—. He dicho que nunca he tenido pareja estable, no que no haya tenido mis rollos por ahí...

—Así que eres más de amores furtivos... He visto que tienes Singles instalada en tu *tablet*, y el

día que nos conocimos cantaba que estabas en una cita a ciegas.

Diría que le miro con sorpresa, pero ya no sé ni cómo definir mi estado de estupefacción. Reitero que Alex es el ser más *peculiar* que he conocido nunca, junto a muchos otros adjetivos que ahora mismo no quiero enumerar... Él espera una respuesta y sé que no le debo nada, pero, de algún modo, hablar con él me divierte.

—La instalé para buscarle novia a mi padre. De hecho, la segunda vez que nos vimos estaba en una «cita» con esa mujer.

—¿En serio? Pero mi madre ya estaba saliendo con tu padre por aquel entonces...

—Ya, pero yo no lo sabía. Mi padre tenía miedo a que no aceptáramos a tu madre. Y, volviendo al tema inicial, un idiota arruinó mi última cita haciéndole creer a mi ligue que tengo una enfermedad venérea inventada. No sé si te sonará esta historia...

—Un idiota muy ingenioso, he de decir... ¿A quién se le ocurre algo así? —se vanagloria él—. Es curioso que te muestres tan digna, teniendo en cuenta que tú metiste un anillo en el postre de mi último ligue.

—Deberías darme las gracias. ¿Quién acepta una propuesta matrimonial en una primera cita? ¡Esa chica estaba mal de la cabeza!

—Y te estaré eternamente agradecido por ello, aunque me debes un polvo...

—Tomo nota —respondo sin pensar en el verdadero significado de mis palabras.

Él sí debe de hacerlo, pues sonrío de un modo inquietante y apoya su mano en mi muslo como si fuéramos una pareja afianzada. Pierdo la mirada en el paisaje y no le aparto, hay algo en el modo en que me trata que me provoca y me pervierte.

—Ya hemos llegado, preciosa, espero que tengas hambre.

Cuando le veo meterse por un camino sin asfaltar en dirección al acantilado, rodeado de altos maizales a ambos lados, entiendo de golpe que El Bolao no es precisamente una cafetería donde degustar los mejores hojaldres de la región. Aparca el todoterreno en un pequeño *parking*, pegado a otros dos vehículos, que él debe de reconocer por la expresión de familiaridad que se dibuja en su rostro.

Tan pronto salimos del coche, el olor a mar me embriaga los sentidos. Caminamos en silencio hasta la senda principal, que lleva hacia un molino abandonado. A nuestra izquierda queda el acantilado, y, de frente, la desembocadura del Arroyo de la Presa, que se une al mar en forma de cascada.

Dos críos que rondarán los cuatro y los seis años se tiran en plancha a por mi acompañante llamándolo «tío Alex». Por el pelo ensortijado y su piel como el chocolate, entiendo de golpe que su ex y su marido no andan muy lejos de aquí. ¿Es esta su tradición navideña, juntarse con su ex en un molino abandonado? ¡Qué bizarro todo!

—¿Cómo están mis chicos? El Olentzero ha dejado algo para vosotros en casa de los tíos, pero tendréis que esperar hasta vernos en Bilbao... —promete Alex a los pequeños.

—¿Qué voy a hacer con vosotros, Alex? Felipe y tú siempre me los estáis malcriando.

Me quedo en un discreto segundo plano mientras «la zorra infiel» se funde con Alex en un sentido abrazo. Ella aún no ha reparado en mí, solo eso explica por qué la expresión de su rostro no se ha alterado ni un ápice.

—Mi madre te manda recuerdos —provoca él con una sonrisa canalla.

—Mira que lo dudo... —ríe ella, consciente del poco cariño que le profesa Ana Mari.

—Puede que aún te siga culpando de que yo no tenga pareja. —Le pega un empujón amistoso con el hombro—. Con eso de que me rompiste el corazón...

—Algún día tendrás que contarle que fui yo la verdadera víctima de nuestra relación, cariño. Cuéntale cómo me dejabas sola por trabajo una y otra vez, que no sabías decir que *no* a una guardia y que tus proyectos humanitarios pesaban más que complacerme.

—Remover el pasado está muy feo —interviene un hombre cuyo pelo blanco y sus ojos de hielo me resultan perturbadores, como si te asomaras a un abismo de inmensidad—. ¿Es que nadie se ha dado cuenta de que Alex ha traído a una mujer?

—¿Algo que quieras compartir con nosotros, Alex? —Nekane acaba de reparar en mí.

Un hombre a quien enseguida reconozco como Mamady se acerca a saludar a Alex y, de rebote, a mirarme a mí con curiosidad morbosa.

—¡No me jodas, capullo! ¿No me digas que os habéis estado viendo en secreto desde aquel día?

—¿Vosotros ya la conocíais? —pregunta el del pelo blanco, para después pegarle una paliza amistosa al pelirrojo—. ¡Cabronazo! ¡Vivimos juntos! ¿Cómo es que yo no sabía que tenías ligue?

Aprieto los labios con incomodidad mientras los tres me diseccionan a la espera de que Alex les explique algo sobre la inusual situación.

—¡No digáis tonterías! No os lo vais a creer, pero ella es mi nueva hermanastra.

«¡Auch!».

—¿Nos tomas el pelo? —pregunta Mamady—. ¿Qué probabilidad había de que vuestros padres acabasen viviendo un romance?

—Ya ves, el destino es caprichoso... Todo el mundo, ella es Haizea; Haizea, estos son Blanquito, la zorra infiel y el negro buenorro.

—¿Tenéis nombre? —interrumpo, pues me niego a llamarles a ninguno de ellos por esos mote ridículos.

—Felipe, encantado, aunque nos gusta más llamarnos por nuestros apodos. —El albino me da dos besos y me presenta al resto del grupo por sus nombres de pila: Nekane, Mamady y los pequeños Aitor y Eneko, quienes también me saludan de manera más efusiva al entender erróneamente que voy a ser su tía.

—Así que la Watiwini Justiciera es ahora tu hermanastra... —observa Mamady.

—¿Qué os pasa en este grupo con los mote? —pregunto molesta por el calificativo.

—No te lo tomes a mal, mujer, significa que ya eres uno de los nuestros. —Nekane me guiña

un ojo y se va detrás de sus hijos, que corretean de un lado para el otro con una cometa, y están peligrosamente cerca del camino que baja a la cascada.

—Siento lo de ayer en el hospital —lamenta Mamady—. Felipe nos ha contado que os llevasteis un buen chasco. Con lo que habíais trabajado para que saliera perfecto...

Los hombres emprenden la bajada hasta la explanada bañada por el río donde cae la cascada. El agua está cristalina, pero en el fondo de esta se divisa una capa de fango y verdín nada atrayente para darse un baño. Voy tomando fotos de tan espectacular enclave mientras Alex habla de la frustrante experiencia. No necesito conocerlo más para adivinar que Nekane tiene razón en sus reproches: está involucrado de un modo muy personal con las causas sociales, lo que es admirable, pero entiendo que ella pudiera sentirse un poco abandonada...

Lo cierto es que los tres hombres juntos forman una imagen curiosa, armónica y bella, aunque llena de contrastes. Parecen un chiste malo de esos que comienzan con un inglés, un español y un guineano en un bar. Cuando Alex se gira para mirarme con curiosidad, me doy cuenta de que estoy riéndome yo sola de una gracia que nadie más comprende.

—¿Todo bien, hermanastra?

—Iba bien hasta que me llamaste otra vez *hermanastra*. ¿Podrías dejar de hacerlo? Haces que me sienta como la Cenicienta, como si fueras a ponerme a cuatro patas a fregar escaleras de un momento a otro... —Alex se ríe por la ocurrencia.

—Cuando pongo a una mujer a cuatro patas, normalmente, no es para que limpie... Al menos, no las escaleras... —Esta vez soy yo quien le pega un codazo en las costillas, al que él reacciona con un exagerado aullido—. ¿De qué te reías hace un momento, herm..., Ize?

—¿En serio estos dos son tus mejores amigos de Bilbao?

—Si no vas a ser original, ahórrate el chiste: seguro que ya lo hemos oído antes...

—En realidad, estaba pensando en esos pobres críos que se han quedado sin conocer a Papá Noel. Acabas de decir que les han robado la Navidad, pero la Navidad aún no ha acabado...

—No te sigo.

—Yo creo que sí sé por dónde va... —Nekane aparece de la nada para incorporarse a la conversación.

—Pues ya me dirás tú qué podrían hacer un pelirrojo, un albino y un negro. O montáis un grupo de rock satánico u os convertís en los Reyes Magos de Bilbao —replico como si fuera lo más obvio—. Podríais llevar la cabalgata de Reyes al hospital.

No sé si mi idea le gusta o no, solo sé que lo he dicho lo suficientemente alto para que cuatro pares de ojos se posen en mí con verdadero interés.

—¿Sabes que esa idea no es del todo mala? —Podía sentir los engranajes de su cerebro trazando un plan mientras su mirada busca el apoyo de sus amigos.

—¡Ni de coña! —exclama Blanquito, digo..., Felipe—. Lo del rock satánico me sonaba mucho mejor.

—Será por lo que tú sabes tocar... —se burla Nekane—. Yo estoy con Haizea en esto. Ni

siquiera necesitáis pelucas ni betún, sois cien por cien auténticos. El destino os lo ha puesto a huevo haciendo que os encontrarais en esta vida.

—Bueno, más que el destino, fuiste tú cuando te liaste con Mamady, pero bueno... —recuerda Alex con burla. Me parece admirable el buen rollo que se traen estos tres.

—Y bien, ¿cuál es el plan? —Nekane me mira a mí, esperando que yo tome la voz cantante. Y yo miro a Alex, desentendiéndome completamente de este asunto que ni me va ni me viene. Es más, cuando pasen las Navidades, no pienso volver a verlo hasta el próximo año.

—Hay recogida de juguetes esta semana en los centros comerciales. Alex y yo estaremos allí —informa Felipe—. Pero solo tenemos diez días hasta Reyes, ¿cómo vamos a organizarlo todo?

—Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir —añade Alex, cuya mente está ya trabajando a toda prisa—. Neka, ¿podrías encargarte de los trajes? Hablaré con el hospital para que ordenen un *catering* con el mejor roscón. Igual puedo convencer al grupo de teatro del centro de acogida para que nos echen un cable con la animación. También necesitaríamos algún que otro paje que nos ayude con la recogida de juguetes...

Todas las miradas se posan en mí como si esperaran que me ofreciera por voluntad propia a invertir todas mis tardes libres en esta causa.

—De verdad que no puedo... Tengo que preparar exámenes, corregir trabajos y...

—¡Vamos, será divertido, hermanastrá! —ruega con una vocecilla y esa mirada que me causa estragos—. Piensa en lo contentos que se van a poner nuestros padres cuando se enteren de que nos llevamos tan bien.

—No tenemos diez años, Alex. Creo que a nuestros padres les resbala si tú y yo nos llevamos bien o no.

—Pues hazlo por los niños... Eres profesora, ¿no? Tú misma dijiste que querías dejar huella. Te aseguro que no hay mejor manera de hacerlo que esta.

¡No puedo creer que haya usado un argumento tan rastrero —e infalible— para convencerme!

Me desconciertan esos ojos que no parecen de este mundo. Pero lo que más me desconcierta es que hace apenas unas horas le odiaba con todas mis fuerzas, y ahora estoy aquí, con su grupo de amigos, planteándome la idea de ayudarle a salvar las Navidades de esos pobres críos solo por hacerlo feliz. «Es por una buena causa», me digo, convenciéndome de que hago esto solo por los niños y no un poquito también por él, pero no es del todo cierto. Porque el modo en el que se preocupa por los más desfavorecidos remueve ciertas cosas en mí.

—Está bien, supongo que podré dedicar alguna tarde a recoger juguetes —me rindo.

Alex me abraza con fuerza para mostrar su agradecimiento, un abrazo que huele a musgo y a mar, y me deja terriblemente desnortada. No me da tiempo a pensar demasiado en ello, pues Nekane nos está llamando a todos desde una manta de cuadros térmica en la que ha establecido un pícnic a base de termos de café, corbatas de Unquera, quesadas, sobaos y empanadas de atún. La boca se me hace agua solo de pensarlo, aunque hay algo que secuestra mi mirada con más fuerza que el aspecto de la comida y que despierta un hambre muy distinta... Los tres hombres,

aprovechando la soledad que reina en el lugar, se han despojado de toda ropa, listos para meterse en esas aguas, que ni cubren ni parecen cálidas, y jugar en la cascada. Y cuando digo «toda la ropa», me refiero a TODA LA ROPA. Miento: llevan un bonito gorro de Navidad que me hace entender al instante que esta es su particular tradición navideña. En otras palabras, estoy viendo mucho más de mi hermanastro de lo que esperaba ver... Y, por si quedaba la menor duda, confirmo que Mamady tenía razón aquel día: Alex es pelirrojo natural. Y podría pasarme horas contando las pecas de su cuerpo desnudo. Miro para otro lado y me quito la sudadera, sofocada. Me han entrado unos calores de repente que no son ni medio normales.

—¿Vienes o prefieres quedarte tomando café y pastas con la aburrida esta?

Alex interrumpe mis pensamientos con una sonrisa socarrona. Tal vez mirarle a la cara en un momento así sea lo más difícil que he hecho nunca, sobre todo, cuando está todo ahí, a la vista y a la altura de mis ojos... Decido levantar la cabeza para concentrarme en el gorro de Navidad, que tiene un pompón muy gracioso.

—¿En diciembre? No, gracias. El café y las pastas me suenan mejor.

—¿Tienes frío? Porque yo te veo bastante acalorada... —Sonrío por toda respuesta y me pongo las gafas de sol, que son lo suficientemente oscuras para que no se note si se me desvía la mirada. Porque se me desvía... ¡Madre mía cómo está el muchacho!—. Pensaba que los vascos teníais anticongelante en las venas. Y aquí estáis las dos, con el termo de café y sin uniros a la diversión.

—¡Lárgate ya al agua y déjanos en paz, Alex! Nosotras vamos a ponernos al día con cosas de mujeres —interviene Nekane, quien no parece perturbada por su desnudez. Alex desaparece de nuestra vista, mostrando un bonito culo bien trabajado, y Nekane se dirige a mí con una mueca divertida que dibuja dos hoyuelos en sus mejillas—. Déjame adivinar: a Alex se le olvidó mencionar en qué consistía nuestra particular tradición.

—No hemos tenido ocasión de intimar tanto...

—¿Seguro? No es lo que él nos ha contado... —Me da un empujón cariñoso que hace que me ponga de todos los colores—. Dijo que ayer casi os besasteis, y él no es de los que fanfarronean con estas cosas.

—No fue exactamente así, pero... ¿Es que en este grupo no hay secretos?

—Mira a tu alrededor, cielo: están todos en pelotas. ¿Tú qué crees?

—Sí, me empiezo a hacer una idea...

Tal vez, si no hubiera estado tan concentrada en hablar con ella, hubiera escuchado los pasos que se acercaban a nosotras. En cuestión de segundos, Mamady coge en brazos a su mujer, amenazando con tirarla vestida al mar si no se quita ella misma la ropa. Y deduzco que los brazos que hacen lo mismo conmigo son los de Alex, sospecha que queda resuelta cuando escucho su voz irresistible detrás de mí.

—¿Te tiras o te tiro?

«*Tirarte es lo que yo quiero*». No puedo evitar mis pensamientos perversos sabiendo que

está gloriosamente desnudo.

—¡Estate quieto! Paso, no he traído bikini...

—¿Y? ¿Dónde está el problema? —Cuando se encoge de hombros, siento que me va a dejar caer al arroyo y me agarro a su cuello con fuerza—. Voy a tirarte al mar...

—¡Está bien, está bien! Bájame al suelo y me quedo en ropa interior, ¿contento? —Ofrezco, agradeciendo mentalmente haberme puesto un conjunto deportivo en vez de la lencería que llevaba anoche.

—No del todo, pero tendrá que valerme por ahora... —cede, dejándome en el suelo.

Me planteo la posibilidad de salir corriendo, pero algo me dice que voy a ser el hazmerreír de nuestra peculiar recién inaugurada familia por mucho mucho tiempo. Me pregunto si Ana Mari será consciente de las actividades extracurriculares de su hijo. Un escalofrío me recorre entera al darme cuenta de que es posible que mi padre y ella hayan hecho esto también alguna vez.

—¿Quieres que te tire al agua, hermanastra? —se impacienta, mirando el reloj.

—¡Ya voy, ya voy!

Me despojo de los vaqueros y la camiseta de tirantes para quedarme con un culote de algodón negro y un sujetador deportivo a juego. Al menos, cuando se moje no va a transparentarse demasiado. Me siento insegura, ni siquiera sé si estoy bien depilada, y en esta época del año tengo la piel más blanca que un anuncio de lejía. Aunque luego le veo a él, como Dios lo trajo al mundo y sin mostrarse ni un poco cohibido, y se me pasan todas las inseguridades de golpe.

—Mucho mejor... —dice con la voz entrecortada—. Anda, vamos.

Observo que Nekane ya está en el arroyo, en ropa interior, y jugando con sus hijos en la cascada. Tiene la piel de gallina y está encogida por el frío. Tan pronto meto los pies en el agua, hago exactamente lo mismo que ella, cubrirme el pecho con los brazos al sentir que mis pezones reaccionan de inmediato a la temperatura y el repelús del fango. Felipe es el primero que comienza a salpicarme con el agua, un gesto al que se suman los dos niños y el propio Alex. En un principio, grito, molesta por la invasión, pero acabo relajándome y sumándome a sus risas y a esa batalla acuática que Alex pronto traslada a las rocas. Todos le seguimos, menos Nekane, que se queda con los niños en un lugar seguro. El mar golpea con fuerza, pero hay una zona más en calma donde poder disfrutar de un baño tranquilo. Observar a Alex disfrutando en el agua con sus amigos es hipnótico. Me reprendo a mí misma cuando soy consciente de que no he parado de mirarlo. En mi cabeza, suenan los primeros acordes de *Sexo en la Playa*, de Amaia y Alizzz. Si hicieran una película, esa sería la canción que escogería para esta escena.

No mucho después, el hambre aprieta y nos sentamos en la manta a degustar el pícnic. Yo me he quitado la ropa interior y la he dejado al sol con la esperanza de que se seque, poniéndome la ropa encima. Me siento desnuda sin sujetador, y los vaqueros sin bragas son algo cercano a una tortura medieval, pero la alternativa era morir de una hipotermia en la toalla, pues la tiritona que tengo aún es considerable. Alguien se sienta detrás de mí y me envuelve en una manta térmica, un gesto que agradezco y me desconcierta a partes iguales. En este grupo todos viven el amor al

prójimo de un modo muy libre, pero yo soy bastante convencional y me gusta mantener las distancias. No tengo que girarme para saber que se trata de Alex, al igual que no necesito hacerlo para saber que aún sigue desnudo cuando Nekane saca el móvil para inmortalizar el momento. Esta foto sí que va de cabeza al salón de mi casa...

—¿Piensas estar todo el día en pelotas, hermanastro? —inquiero, entrando en su juego.

—¿Te incomoda?

—¡En absoluto! Es que me preocupa que te resfríes, eso es todo.

—Estamos a veintidós grados, Ize.

—Haz lo que quieras... —Oigo su risa fresca tras de mí. Entonces, se levanta y se pone los calzoncillos y una camiseta verde. Me encanta cómo le queda ese color. Su risa maquiavélica aún no ha abandonado su rostro—. ¿De qué te ríes?

—Nada, nada..., solo estaba probando una teoría.

—¿Y qué teoría es esa? —pregunto aburrida.

—Nekane cree que me estabas comiendo con los ojos en el agua.

—¡Yo no he dicho eso! —se defiende la aludida al ver que busco explicaciones en su rostro—. O... no lo he dicho exactamente así.

—Eres un engreído, ¿lo sabías? —le respondo molesta, aunque es cierto que no he podido apartar la mirada de él por múltiples razones..., algunas de ellas muy grandes.

Me guiña un ojo y se aleja con sus prendas para terminar de vestirse en el coche. ¡Manda narices que haya mostrado más decoro para ponerse la ropa que para quitársela!

De camino a Suances, Alex para el coche en Cóbreces para mostrarme la abadía de Santa María de Viaceli y la parroquia de San Pedro Ad Vincula, ambos edificios con una arquitectura muy llamativa y colorida. Me observa en silencio, despertando mis ganas por saber qué ocupa sus pensamientos. Los míos aún están colapsados por su desnudez.

—Gracias por traerme contigo. Me lo he pasado bien con tus amigos —confieso.

—Me alegra oírlo. La próxima vez puedo llevarte a que conozcas San Vicente de la Barquera o Comillas...

—¿Va a haber próxima vez? —El tono seductor de mi pregunta me delata.

—¿Por qué no? Ya hemos establecido que estás loquita por mí, hermanastra.

—Tú sigue, que te vas a dar una hostia... —respondo, mirando para otro lado para que no perciba el rubor traidor de mis mejillas.

—Me encantan los deportes de riesgo. —Una mueca juguetona acompaña sus palabras. Tengo que concentrarme para que su mirada no me deje fuera de juego—. ¡Anda, sube al coche! Mi madre nos va a matar a los dos como no aparezcamos para la comida.

La tarde transcurre tranquila en casa de Ana Mari, viendo una de esas entrañables comedias románticas navideñas que ponen en estas fechas. La feliz pareja lleva chándales con renos a juego. Necesito hacerles una foto y mandársela a mis hermanos, estoy segura de que, sin una buena prueba gráfica, no me van a creer cuando se los cuente...

No puedo ignorar las miraditas que me echa Alex desde el sofá contiguo. A mí me cuesta no imaginármelo sin ropa.

No tardo mucho en despedirme de los enamorados para regresar a Bilbao, alegando que aún tengo que preparar los exámenes para la vuelta al cole. Además, he quedado con Kat para desayunar y contarle mi experiencia por tierras cántabras...

Mi padre ha decidido quedarse unos días más en Suances para disfrutar del buen tiempo y la compañía. De quien no me despido es de Alex. He aprovechado su ausencia mientras se daba una ducha para largarme de allí. Bastante confundida estoy ya con los últimos acontecimientos. Porque si hay algo que he descubierto estas Navidades es que hay algo en Míster Van Gogh que me gusta... Me gusta mucho. Y sospecho que el descubrimiento va a suponerme más de un dolor de cabeza.

12. ¿Qué llevas puesto?

—¡Que sea la última vez que tienes una de tus malditas premoniciones conmigo!

Kat levanta los ojos de su infusión para mirarme con curiosidad. La razón de mi enfado no es otra que esas frasecitas que ya me ha soltado dos veces sobre el amor de mi vida en las que, casualmente, Alex estaba presente en un escenario u otro. Anoche apenas pude pegar ojo dándole vueltas a su estúpida premonición.

—No tengo control sobre eso, Ize. Son mis ancestros quienes me envían las visiones.

—Pues diles a esas brujas que me saquen de su campo de predicción. No quiero saber nada de lo que me depara el futuro. Vivo superfeliz en mi ignorancia mística.

Mi amiga, que ya intuye que algo no va bien, apoya su mano en la mía con ternura.

—¿Podrías explicarme qué ha pasado?

—El hijo de la novia de mi padre ha pasado.

—¿Te lo has tirado?

—¡Por Dios, no! Es el mismo imbécil al que conocí en aquel restaurante el día que tuve mi cita con Egoitz. Solo que... no es tan imbécil.

—¿El pelirrojo? ¡Claro! Por eso percibía yo la misma energía al pensar en tu cena de Nochebuena que en tu cita con Egoitz... ¿Es guapo? Me suena que dijiste que era mono.

—No sé, lo normal, supongo... —Kat enarca una ceja con sarcasmo—. No es mi tipo.

—O sea, que no es un gilipollas. —Esta vez soy yo quien la asesina con la mirada.

—Pues no, no lo es. A decir verdad, me cae bastante bien —confieso cubriéndome el rostro. Las mejillas se me acaloran al recordarle, tiñéndose del color de su pelo—. Todo lo que he visto estos días me ha gustado. Y te aseguro que he visto bastantes cosas...

—¿Cómo que has...? ¡Pero si acabas de decirme que no te lo has tirado!

—¡Y no lo he hecho! Es nudista, le encanta estar en pelotas en la naturaleza y las frases con doble sentido. Ayer acabé metida en una cascada con tres hombres gloriosos completamente desnudos y la mujer de uno de ellos que, para más inri, es la ex de Alex, con quien se lleva de maravilla. Es todo muy extraño...

—¡Ay, madre! Que a ti te gusta el pelirrojo. Reconozco esa mirada en cuanto la veo.

—¡No digas tonterías! Lo que pasa es que hace mucho tiempo que no... Ya me entiendes. — Hago un intento por cambiar de tema—. ¿Cómo fue tu Nochebuena?

—No hizo justicia a tal nombre. Estuve haciendo de niñera de mis primos mientras ellos solventaban su crisis marital a base de alcohol y peladillas. Como ves, mucho menos interesante que la tuya. Por cierto, ¿quién es Míster Van Gogh? —Levanto la cabeza al oír su apodo, temiendo haberlo pronunciado en el tiempo que he pasado en las musarañas—. El teléfono... — aclara, señalando mi móvil, que vibra sobre la mesa.

Me había prometido que iba a dejar de sacarlo del bolso cuando quedaba con gente para dedicarles mi total atención, aunque, en estos momentos, solo puedo concentrarme en su mote parpadeando en mi pantalla. ¿Por qué me está llamando? Seguro que me he dejado algo olvidado en su coche...

—¿De dónde has sacado mi número? —pregunto cortante, solo para no dejar ver que su llamada me ha puesto nerviosa.

—Buenos días a ti también. Me lo diste tú, ¿recuerdas?

—Sí, para que me mandaras un Bizum, pero prometiste que no lo guardarías...

—Y todos sabemos lo bien que se te da a ti guardar una promesa, ¿verdad? ¿Cómo sabías que era yo quién llamaba, hermanastra?

Touché! ¡Y cómo odio que me llame así! Es aún peor que lo de Watiwini Justiciera porque establece los términos de nuestra relación de un modo tajante.

—Será mejor que dejemos el tema... ¿Qué quieres, Alex?

—¿Sabes que es de muy mala educación largarte de casa de alguien sin despedirte?

—Me despedí de tu madre, fue ella quien me invitó. Tú has sido un daño colateral.

—Bonita forma de definir nuestra amistad.

—Tú y yo no somos amigos. Ni hermanastros, así que deja de llamarme eso.

—¿Qué llevas puesto?

—¿Estás de broma?

—No, es mi manera de recordarte que no estás vestida de paje y prometiste ayudarme a recoger juguetes. —Cierro los ojos con fuerza y profiero un largo suspiro. Me había olvidado por completo de eso y tenía la esperanza de que él también lo hubiera hecho—. Veo que recuerdas tu promesa. A las doce en el centro comercial Zubiarte. No te retrases.

—¿Era él? —pregunta mi amiga cuando cuelgo el teléfono.

—Prometí que le ayudaría con la campaña de Reyes. ¿Tienes algo que hacer ahora?

—No me lo perdería por nada el mundo.

Una hora después, Kat, mis piernas temblorosas cual gelatina y yo nos presentamos en el centro comercial. No me cuesta divisar a Alex, lo bueno de su pelo de fuego es que podría localizarle al instante entre una multitud. Camino con paso indeciso, lo que no mejora con los continuos chascarrillos de mi amiga a medida que nos acercamos.

—¿Ese de ahí es tu hermanastro? —pregunta. Yo asiento con la cabeza, tratando de parecer

indiferente—. ¡Vaya polvorón tiene el mozo!

—Si tú lo dices...

—¿Tú estás ciega o qué? No necesita cerillas para prender la llama, ya me entiendes...

—De sobra. Está soltero, así que, si tanto te interesa, dímelo y te allano el camino.

—No es a mí a quien ha llamado esta mañana...

—Solo necesita que le echen una mano para preparar una Noche de Reyes perfecta. No sabes lo que este hombre ama las causas sociales. Mira, ese que se acerca es Felipe, su mejor amigo.

—¿Ese es su mejor amigo? —Kat parece tan impactada con el inusual dúo como yo lo estuve al conocerle—. Verlos juntos es inquietante, como si el fuego y el hielo pudieran entenderse.

Alex esboza una enorme sonrisa al verme, deja un rollo gigante de papel de regalo sobre la mesa y se acerca a nosotras. Me pongo nerviosa al instante, se me seca la boca y las manos comienzan a sudarme. Es muy difícil mirarle y no recordar su majestuoso cuerpo desnudo jugando en el agua. No sé si voy a ser capaz de volver a estar con él sin ruborizarme.

13. Pajes y pajas

Alex

Nunca antes una mujer me había hecho dudar tanto sobre si marcar o no su número de teléfono. Mientras yo creía que habíamos pasado un buen rato, ella se marchó sin siquiera despedirse o concretar cuándo nos volveríamos a ver. Podría haberlo dejado pasar, a sabiendas de que nos veremos en Nochevieja y no tendrá otra escapatoria que hablar conmigo, pero el tiempo apremia y necesito toda la ayuda posible para que la Noche de Reyes sea mágica.

Cuando la veo aparecer en el centro comercial en compañía de su amiga, se disipan de golpe todas mis dudas, al tiempo que una sonrisa bobalicona se instala en mi rostro. No tengo por qué fingir, lo cierto es que Haizea me agrada por dentro y por fuera, aunque, en ambos casos, no haya visto de ella aún tanto como me gustaría...

Felipe se acerca a saludarlas; lleva toda la mañana descojonándose de mi actitud adolescente, y mira tú por dónde, ahora voy a ser yo quien se burle de él, pues el modo en el que está diseccionando a su amiga me parece desternillante. Sé que es exactamente su tipo: rubia, pequeñita, manejable y muy *hippy*. La chica también lo mira a él con la misma curiosidad, no sé si por su inusual físico o porque está interesada.

—Ey, has venido —celebro algo nervioso. ¿Qué demonios me pasa? Tengo cuarenta y dos años y muchos amores furtivos a mis espaldas.

—He traído a mi amiga Kat para que nos ayude, espero que no os importe...

—¡Para nada! Cuantos más mejor. Encantado, Kat. —Saludo a su amiga, que sigue prendida de Blanqui de un modo desconcertante—. Nosotros estaremos en ese puesto de allí envolviendo regalos. Si os parece bien, os doy los trajes, os presento a los otros voluntarios y ya podéis empezar a recoger juguetes y regalar sonrisas.

—Se te va a dar bien esto, porque tienes una sonrisa preciosa —suelta Blanquito. ¡Apaga y vámonos! Que hagan paso, que Romeo salió a escena—. Soy Felipe, aunque todos me llaman Blanqui por razones obvias.

—Katrín, aunque prefiero Kat, como una gata, suena más místico.

—Deja que te acompañe a los vestuarios y te presente al resto...

¿No ha sido eso lo que les he ofrecido yo hace un minuto? Busco a Haizea con la mirada, que tiene la misma cara de sorpresa que yo mientras observa a mi amigo alejarse del brazo con su amiga.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —pregunta con una risita que me deja indefenso.

—Te juro que nunca le había visto así por una mujer a la que acaba de conocer.

—Ni yo a Kat... Y aquí huele a feromonas que apesta.

Puede que yo haya contribuido un poco a eso, porque viéndola con esos vaqueros ajustados... El atrevimiento se escapa de mis labios sin permiso.

—Igual podríamos salir a tomar algo después... Así estos dos le dan rienda suelta a lo que sea que esté pasando aquí.

—Si eso significa que no tengo que cocinar, me apunto.

No es la respuesta más romántica del mundo, pero me conformo con saber que esta noche cenaremos juntos. La idea me da un poco de vértigo porque sé que me estoy metiendo yo solo en un berenjenal al que no debería siquiera acercarme.

—Ven, que te presento al equipo.

Cuando llegamos al grupo y comienzan los cuchicheos, me doy cuenta de que he cogido a Haizea de la mano para traerla hasta aquí, y ella no la ha rechazado. No sé si me confunden más mis señales o las suyas, pero lo nuestro no debería ser. Tan simple como eso. Por eso agradezco cuando se incorporan al grupo de pajes y comienzan a trabajar, aparte de que están haciendo una labor increíble con esa simpatía innata que desprenden las dos, porque eso me obliga a alejarme de Haizea por unas horas. Aunque es difícil alejarla de mis pensamientos cuando la tengo en mi campo de visión constantemente...

La inesperada visita de Nekane para donar juguetes me mantiene distraído y enfocado en otro ser humano. Los niños se han quedado con las chicas, que los están malcriando a base de caramelos. El subidón de azúcar esta noche va a ser interesante...

Quien también aparece por allí horas después es un tipo enorme que se deshace en abrazos y adopta una actitud un tanto posesiva con Haizea que me mosquea. Y no lo digo porque esté celoso ni nada de eso, hablo como educador social que está acostumbrado a analizar ciertos comportamientos en el ser humano. Su lenguaje no verbal, el modo en que la mira y la rodea con un brazo, impidiendo que se mueva libremente, o la forma en la que ella reacciona, como si de repente se sintiera más pequeña, me invitan a querer actuar. Pero Haizea es mayorcita y yo no soy quién para meterme donde no me llaman.

Y, gracias a Blanquito, me muerdo la lengua y cumplo lo que prometo, porque, tan pronto nos quedamos los cuatro solos en un bar de la zona, la curiosidad le puede.

—Habéis tenido un montón de éxito hoy, novatas. No hay nada como ser guapas y simpáticas.

—Ahí va el donjuán, a muerte con su doncella.

—Es cierto que normalmente no conseguimos tantos juguetes ni donaciones en un solo día. Ya

nos contaréis el truco... —corroboro. Kat hace un gesto circense con las manos, mostrándose complacida por los cumplidos.

—¿Quién era el tipo ese que os estaba abrazando tanto? —Felipe directo a la yugular. No me queda ninguna duda de su interés por Kat—. Parecía muy interesado en vosotras...

—¿Quién, Eka? —responde Kat casual—. Es uno de la cuadrilla. Y no está interesado en nosotras, más bien... en todas las mujeres. Bueno, en Ize un poco más que en el resto...

La aludida baja la mirada y se refugia en su pincho de salmón ahumado. Ahora me cuadra todo, ese idiota es su amor imposible, por eso ella se mantiene cauta y sin pronunciar palabra. Me pregunto si esa herida aún le duele. Ander debe de estar muy ciego si de verdad quiere ver a su hija con semejante subnormal.

La amiga *hippy* y mística se pone a hablar de horóscopos y de astrología. Al parecer, es descendiente de no sé qué aquelarre y no solo lee las cartas, sino que encima cree en ellas, algo que de repente parece entusiasmar a Blanquito, conocido por ser la persona más escéptica del mundo. Ver para creer. Apuesto a que esta noche se va a matar a pajas pensando en su paje... Aprovecho que están tan ensimismados hablando de astros para soltar una pregunta entrometida e impertinente solo para saciar mi curiosidad. ¿O hay algo más?

—¿Sigues queriéndole? —Haizea me mira sin entender—. A ese tipo, Ekaitz... Os he visto antes y parecías... tensa. —Sonríe con amargura antes de responderme.

—Lo nuestro nunca hubiera funcionado.

No responde a mi pregunta, pero no insisto más. Tendré que conformarme con eso.

14. Noche de paz, noche de... rencor

Haizea

¿Cuántas horas de villancicos sin descanso puede soportar el cerebro humano? Llevo cuatro días en este centro comercial y, aunque estoy encontrando la experiencia muy gratificante, no veo el momento de que pasen estas fechas para que empiecen con los éxitos pachangueros del verano y dejar de oír el *Last Christmas*, de Ariana Grande, en reproducción continua. Han sido cuatro días de juguetes, ilusiones, atenciones y sonrisas. Cuatro días de Alex... en grandes dosis. Y eso no puede ser bueno para la salud... Porque, más allá de esta loca atracción sexual que me tiene en Babia todo el tiempo, está el hecho de que todo lo que veo en él me gusta. Su lucha por los más desprotegidos. Su pasión por las causas que otros consideran perdidas. El modo en el que siempre encuentra una palabra amable para todo el mundo. Su sonrisa franca... Intento encontrarle pegas, pero es una de esas personas a las que todos adoran, de esas que llenan una habitación de luz con tan solo poner un pie en ella. Estar con él me recarga de una energía extraña que no sé ni de dónde procede; una sensación que se evapora tan pronto llego a mi apartamento y comienzo a darle vueltas a esas señales contradictorias que envía y me confunden. A ratos pienso que él también lo siente, sobre todo, cuando me escribe a medianoche con cualquier pretexto para discutir nimiedades que bien podrían hablarse en otro momento. Como la lluvia o la falta de ella. Pero otras veces...

Quien no está llevando esta situación nada bien es Eka. ¿La razón? Lo ignoro. Pero parece que sienta su terreno amenazado ahora que Kat y yo tenemos una vida más allá de su ombligo. ¿Ha sido siempre tan egoísta y posesivo con nosotras?

Cuando Alex aparece en el centro comercial, hace horas que yo ya estoy recaudando con el grupo de voluntarios. Se mueve como una exhalación y apenas me saluda. Eso es nuevo, pues suele ser bastante cariñoso. Percibo que no está del mejor humor, pero me abstengo de preguntar. Para mí está siendo fácil hacer esto porque estoy de vacaciones escolares, pero él tiene turnos dobles en el trabajo y su escaso tiempo libre lo está empleando en coordinarlo todo para que sea perfecto. Incluso Blanquito y él se están dejando barba para que su parecido con Melchor y

Gaspar resulte más creíble. Quién iba a decirme a mí que iba a encontrar una barba poblada irresistible...

A eso de las seis, Nekane, Mamady y los niños aparecen rebosantes de bolsas y energías. Apenas conozco a esos críos y ya los adoro, son tan traviesos como entrañables, con lo que no me cuesta esfuerzo entretenerlos mientras los tres Reyes Magos se prueban sus disfraces en la trastienda con ayuda de Nekane y Kat, que se ha ofrecido voluntaria a ayudar a Blanquito con el suyo con tal de meterle mano. ¿Debería ayudar yo a Alex? Ante la duda, me abstengo, no sea que quede... inapropiado. Porque lo de Felipe y Kat está cantado, ella misma me ha confesado que estaban mandándose mensajes picantones. Pero nosotros..., no existe un «nosotros», a pesar de que todos los días me haya acompañado a casa y nos hayamos quedado hablando hasta las tantas en su coche o en mi portal. A pesar de las miradas furtivas y las sonrisas sin razón. Como ya me pasó con Eka, a veces tengo la impresión de que le gusto, y otras, cuando intento salir de dudas, me golpea la realidad haciéndome saber que me lo estoy imaginando todo. Exactamente como está pasando ahora mismo...

Un grupo de voluntarios se llevan a los niños a una actividad del centro comercial para que no vean a sus tíos y su padre vestidos de esa guisa, y empiecen a plantearse cuestiones que aún son jóvenes para querer comprender. Me quedo sola en la trastienda esperando a que los tres Reyes Magos y sus dos ayudantes aparezcan; ellos protestando, y ellas desternillándose de la risa. Con la confianza que le han dado los años, Nekane no tiene problema en sobetear a los tres para hacer los arreglos pertinentes al atuendo.

—¡Estáis guapísimos! Y sin necesidad de pelucas ni betún.

—¿No creéis que a los niños se les va a hacer raro que seamos tan jóvenes y nuestra barba y melena no sea tan poblada? —duda Blanquito.

—Dudo mucho de que nadie se queje porque los Reyes Magos sean jóvenes y lozanos —asegura Nekane—. Sobre todo, las madres...

—¡Amén! —suspira Kat con una mirada libidinosa destinada a Blanqui, que infecta la habitación de carga sexual. ¡Pues sí que le ha dado fuerte con él!

—¿Qué opinas, Ize? —inquieta Neka, analizando a los Reyes desde mi perspectiva—. ¿Crees que dan el pego?

Acabo de darme cuenta de que he estado sospechosamente callada, pero es que me he quedado muda al ver a Alex como rey Gaspar. Está sexy a rabiar, y yo no debería estar pensando esto... Carraspeo, me ahogo en mi propia saliva, y apenas me sale un hilillo de voz cuando aseguro:

—A mí me han convencido para que crea de nuevo en la Navidad.

—Neka, gracias por encargarte de esto —aprecia Alex dándole un abrazo—. Los demás, podéis quedaros aquí si queréis. Yo tengo que volver con el grupo, se nos está acumulando el trabajo y ya me he escaqueado bastante por hoy.

Alex se cambia a la velocidad de la luz y Kat y yo entendemos que es momento de regresar a nuestros quehaceres como pajes reales. Muchas familias han aprovechado el viaje al centro

comercial para comprar la cena de Nochevieja y hacer sus donaciones en forma de dinero, material educativo o juguetes, así que no damos abasto con los voluntarios que tenemos.

—Parece que las cosas con Felipe se están poniendo calentitas... —provoco a Kat con un empujón afectivo. Ella se pone del mismo color que su pintalabios: rojo pasión.

—Sé que solo hace cuatro días que nos conocemos, pero ha sido todo tan intenso con este proyecto que... ¡Ay, Ize! ¿Qué me está pasando?

—Hay estudios que muestran que bastan ocho segundos para sentirte atraído por alguien. ¿Sabes la cantidad de segundos que hay en cuatro días? —me burlo, aunque la entiendo perfectamente porque a mí me pasa lo mismo con Alex; están siendo unas Navidades muy intensas compartiendo tanto cada día. Observo a Kat haciendo cuentas con las manos y no puedo evitar reírme—. ¿De verdad estás calculando los segundos?

—Sabes que las mates son mi fuerte. Cuatro días son 5760 segundos, lo que, según ese estudio, me da 720 oportunidades de haber sentido algo por él. ¿Cuela?

—No mucho. ¿A qué esperas para lanzarte, entonces?

—¡Me gusta mucho, Ize! ¿Y si meto la pata y él no siente lo mismo? —Le aseguro que lo dudo y ella vuelve a llenar el aire de mariposas con sus suspiros—. Tiene algo de misterioso, y es tan divertido... Si él no se lanza en Nochevieja, lo voy a hacer yo.

—¿Os importaría mucho dejar las conversaciones privadas para otro momento y centraros en esto? Cuando estáis aquí, lo demás se queda fuera, ¿entendido?

Me cuesta creer que esas palabras, y en un tono tan grosero, hayan salido de Alex, aunque no es la primera vez hoy... Parece que ha olvidado que no es nuestro maldito jefe, porque, desde que se ha probado el traje, no para de darnos órdenes absurdas. Que si he dejado algo por medio y podría provocar un accidente mortal, que si espanto a los clientes con mi coqueteo (que antes solía denominar «dulzura atrayente»...).

Kat se disculpa y se une al grupo que está entregando dulces a los niños. Yo no puedo quedarme callada, así que dejo mi puesto y sigo a Alex hasta la trastienda, sin importarme lo que los demás puedan decir, pues me consta que todos están ya cuchicheando sobre nuestro inocente tonto.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa hoy, Alex? Estás...

—No me pasa nada, Haizea. Es que no soporto que no os toméis las cosas en serio con todo lo que tenemos que preparar aún.

—¿Cómo puedes decir eso? —respondo dolida, aunque no enfadada, porque sospecho que hay algo más que no quiere compartir conmigo—. Llevamos cuatro días aquí metidas. Kat está haciendo malabares con sus turnos en el supermercado y yo estoy trasnochando para poder corregir los trabajos de mis alumnos. Creo que no estás siendo del todo justo...

Un agónico suspiro se escapa de sus labios mientras camina de un lado al otro de la habitación sin saber muy bien qué está buscando. Ni siquiera me mira, y a mí me desespera sentir que se me escapa algo. Me acerco a él con cautela, no sé cómo va a reaccionar, pero no puedo evitar

frenarle para que me preste atención cuando le hablo.

—Va a salir todo bien. Hemos recaudado suficiente dinero y juguetes para varias asociaciones; el teatro está dispuesto a representar la nueva obra, tienes los trajes listos, el *catering*, nos tienes a nosotras... Todo el mundo está poniendo su granito de arena para que esto salga perfecto.

—Tienes razón, perdona... Solo estoy un poco estresado. Hace unos días nos trajeron al centro a dos críos que me han partido el corazón. Su madre intentó matarlos y está ingresada en el psiquiátrico. Las heridas que tienen son brutales; creemos que las físicas no van a dejar mayores secuelas, pero las mentales... A ver cómo reparamos eso.

—Ven aquí, anda... —Le invito a que apoye su cabeza en mi hombro y se funda conmigo en un abrazo que, sospecho, le hace mucha falta—. A veces tienes que delegar en los demás, tú solo no puedes llevarlo todo para adelante y cambiar el mundo. También necesitas descansar. ¿Por qué no te vas a casa y nosotros nos encargamos de esto?

—Quiero estar aquí. Estos ratitos son lo mejor que me ha pasado últimamente —asegura estrechándome contra su cuerpo, con tanta fuerza que siento que me voy a derretir en sus brazos. ¿Lo ha dicho por... mí? Entonces, se incorpora y me mira de un modo que me genera dudas. Su respiración está agitada, como si algo le oprimiera el pecho; su mirada perdida busca la mía y sus manos acarician mis mejillas con anhelo—. ¿Sabes cuando encuentras algo bueno y... tienes que dejarlo ir?

—¿Por qué harías algo así? —Mi voz es apenas un susurro. Sus palabras me confunden.

Sus ojos se posan en mis labios en un gesto que delata sus ganas, pero no explica su frase. No quiero que se aleje de mí. No quiero que nos deje ir, si es eso a lo que se refería, y estoy dispuesta a demostrarle que está equivocado y que «estos ratitos» podrían ser aún mejores. Inclino la cabeza y le busco con mi boca. Su aliento huele a menta cuando nuestros labios se rozan un instante, entreabriéndose para dejar que nuestras lenguas se acaricien..., algo que no llega a ocurrir, pues Alex me aparta con delicadeza y, poniendo los brazos en jarras, comienza a dar vueltas por la habitación, nervioso, para después rebuscar algo entre los papeles del escritorio.

—Debería seguir con esto, tengo un montón de cosas que concretar antes del gran día. Y tú también deberías volver con el grupo, hermanastra. Cada segundo, cuenta.

¡Zas! Acaban de dar las doce y mi carroza se ha convertido en calabaza. No me quedo a entender qué le ha pasado porque de repente soy yo quien necesita consuelo. El aire que se respira en el centro comercial no parece suficiente para llenarme los pulmones. Salgo a la calle y camino sin rumbo, con los ojos inundados en unas lágrimas que intento inútilmente contener. ¿Cómo he podido malinterpretarlo todo de esta manera y creer que Alex sentía algo por mí? Estoy reviviendo la misma humillación que he pasado con Eka durante años y se llevó por delante mi confianza, pues los dos hombres que me han interesado de verdad me ven solo como a una hermana. Ilusa de mí, ya me estaba imaginando algún día con tres churumbeles de cabellos cobrizos correteando por casa.

Me debato entre ser profesional y regresar para acabar mi turno o lidiar con mis emociones en privado. Decido que ya le he dedicado mucho tiempo a esta causa y nadie puede reprocharme mi falta de implicación; a veces uno tiene que retirarse a tiempo para poder sanar sus heridas tras una caída, y así levantarse con más fuerza. Y yo necesito unos días para desintoxicarme de Alex si quiero dar lo mejor de mí en la Noche de Reyes... Lo que sería mucho más sencillo si en dos días no fuera Nochevieja y fuéramos a cenar juntos, Blanquito incluido en el lote, pues su familia está en Santander y él no se perdería este cotillón por nada del mundo. En algún momento de enajenación mental, Kat y yo accedimos a cambiar nuestro plan de cada año con la cuadrilla por un cotillón en el bar de un amigo de Alex y Felipe. Si la idea de pasar por otra bochornosa escena con un Eka borracho enrollándose con la fulanita de turno me daba grima, ahora voy a tener que lidiar con la versión empalagosa de mi amiga Kat mostrándole su amor a Felipe, y con un hermanastro del que preferiría mantenerme alejada.

No tardo en recibir un mensaje de mi amiga preguntándome donde estoy y si pienso cenar con ellos, como hemos estado haciendo cada noche después del voluntariado. Me disculpo y le digo que tengo un montón de trabajo acumulado —lo cual es cierto— y que no volveré hasta la víspera de Reyes. Ni rastro de Alex, aunque me consta que están juntos y es posible que él ya se haya dado por enterado de mi decisión. Mejor así, un mensaje que me ahorro...

Por la noche no usa sus excusas creativas para escribirme, ni tampoco lo hace al día siguiente. Está claro que he arruinado nuestra peculiar y recién creada amistad por culpa de ese estúpido beso que no nos hemos dado.

15. *Jingle my bells*

Alex

Estoy de un humor de perros. Lo último que necesito es que mi querida zorra infiel me dé la murga, porque no le doy ninguna pena, ya que el verdadero culpable de esta situación soy yo. De todas las situaciones en las que me hallo... Espero que esta no sea la clase de consejos que les da a los jóvenes del centro o va a haber una oleada de suicidios en Bilbao... ¿Y por qué me culpa a mí? ¡Fácil! Por un lado, por no haber sabido decir que *no* cuando un compañero me pidió que sumara su turno al mío, y mis ganas de preparar la Noche de Reyes perfecta entraron en conflicto con mi incapacidad para negarme cuando alguien necesita mi ayuda. El día no tiene tantas horas como las que yo le estoy dedicando al trabajo y, cuando llego al centro comercial, agotado física y mentalmente, sé que no doy lo mejor de mí.

Por otro lado, no he vuelto a saber nada de Haizea desde que la rechacé en la trastienda. Anoche me pasé media hora mirando el móvil sin decidirme a marcar su número, con la esperanza de que hoy viniera al centro comercial y pudiéramos arreglarlo en persona. Pero no..., no ha venido, y Kat ni siquiera ha mencionado nada al respecto...

—¿Quieres mi opinión? —Levanto la vista de mis papeles para mirar con apatía a Nekane. No sé qué hace aún en la trastienda conmigo con todo lo que queda por hacer.

—No sé, ¿la quiero?

—Te la voy a dar igualmente... Deberías ser honesto con ella y dejar de ser un saco de indecisión. No te favorece nada, Alex. Tú no eres así.

—No sé de qué estamos hablando...

—Pues yo creo que lo sabes perfectamente. ¿Cuánto tiempo más piensas seguir apartando a las mujeres de tu vida por miedo a cómo reaccionarán cuando se lo cuentes?

—Con lástima, eso ya lo sé.

—¿Lástima? —vocifera una Nekane incrédula—. ¿Es eso lo que sientes por ti mismo, lástima?

—Me estás agobiando, Neka, y ahora no necesito esto. No sé si te has dado cuenta de que

estoy hasta arriba... —Señalo los papeles de la mesa y ella me cierra el portátil con ímpetu para que le dedique toda mi atención. A veces no la soporto.

—Y, para una persona que estaba dispuesta a involucrarse en esto tanto o más que tú, la apartas de tu vida. Felipe me ha dicho que se marchó llorando y no ha vuelto por aquí.

Dejo lo que estoy haciendo y la miro con fastidio. Está claro que opinar es gratis.

—No es tan fácil, ¿vale? Nuestros padres son felices juntos. Si lo nuestro no funciona, y tenemos todas las papeletas para que así sea, va a ser un puñetero desastre... Vamos a tener que vernos de continuo. ¿Tú sabes lo duro que es tener a una ex hasta en la sopa?

—Dame otra excusa que pueda creerme. Te recuerdo que a mí me ves de continuo y también soy tu ex, además de tu mejor amiga, compañera de trabajo y psicóloga.

—Acabamos de conocernos... —pruebo.

—Y, aun así, la miras como no me has mirado a mí en tres años de relación.

—¡No digas eso! A ti te quise con locura.

—Me tenías cariño, Alex, llamemos a las cosas por su nombre.

—No puedes negar que te gusta esa chica, ¿eh?

—¡Desde el primer día! Me encantó cómo os puso a ti y a mi marido en vuestro sitio en aquel restaurante. Es de las tuyas, Alex, una justiciera. —La conversación empieza a cansarme—. ¿Qué es lo que realmente te preocupa? Y no me sueltes excusas idiotas...

—¡Ya sabes lo que me preocupa! —exclamo, pero sé que ella no se va a dar por vencida hasta que me oiga decirlo—. La he visto con tus hijos y yo no puedo robarle eso, Neka. Yo no voy a ser el padre de unos niños que sé de antemano que ella quiere tener.

—Deja que sea ella quien lo decida.

—¿Tú no tienes que ir a preparar la cena de mañana? —pregunto con la esperanza de que se largue y deje de psicoanalizarme.

—Cada día estás más simpático. Te hace falta un polvo como que te dé el sol, cariño.

—¡Feliz Año Nuevo a ti también!

Apenas me da tiempo a darme una ducha y arreglarme después del trabajo. Estoy agotado, pero no pienso dejar que decaiga el ánimo por nada del mundo. Por eso me tomo dos bebidas energéticas antes de salir de casa, que Felipe va reprochándome todo el camino hasta el piso de Ander. Me sorprende comprobar que Haizea todavía no está allí, y muero de celos cuando su padre me confirma que ha salido a despedir el año con Kat y Eka. Puedo ver en el rostro de Felipe que a él tampoco le cae bien, aunque la relación que tiene con Kat no es comparable a ese amor tóxico que comparte con Haizea.

Dejamos las chaquetas en una habitación con decoración multicolor que, entiendo al instante, fue de Haizea una vez. En un cordón tiene varias Polaroid enganchadas con pinzas en las que veo

fotos de su adolescencia, la mayoría con sus hermanos y sus amigos, pero hay una en concreto que llama mi atención, la de una mujer rubia cuyos rasgos se asemejan a los de Haizea.

No mucho después, la susodicha nos deleita con su presencia. No está borracha, pero es evidente que ha empezado la fiesta sin nosotros por la vitalidad que desprende y esa risa floja que resulta contagiosa. Lleva un vestido color champán escotado y corto, sensual, aunque no tanto como para resultar vulgar. El pelo ordenado en un semirrecogido informal y un maquillaje con bastante purpurina en los ojos y mucho *gloss* en los labios. ¡Joder! Está preciosa... Me descubro a mí mismo localizando la cremallera del vestido y preguntándome qué secretos esconderá debajo.

Saluda a todo el mundo con entusiasmo —menos a mí— y reparte ropa interior roja para todos. La verdad es que Felipe y yo nunca seguimos estas estúpidas supersticiones, pero cualquiera le dice nada a mi amigo desde que se ha encoñado con la amiga mística. Las bragas que le ha regalado a mi madre son demasiado porno para que las lleve una madre, aunque ha dado en el clavo con los calzoncillos del Grinch para su padre, ya que no es un fanático de estas fiestas. En cuanto a mi bóxer rojo... Lo levanto en alto y frunzo el ceño al ver unas sugerentes campanas donde se lee en inglés «tócame las campanas». Vamos, que tiene ganas de tocarme los huevos, y no me queda claro en qué sentido...

—¿*Jingle my bells*? —pregunto en un susurro juguetón.

—Un poco de humor navideño, hermanastro.

Sonrío a medio gas. Ella no suele llamarme así y acabo de descubrir lo mucho que me jode, porque está estableciendo las barreras entre nosotros y dejándome claro que aquel intento de beso no significó nada para ella. Malas noticias, cielo: estoy entendiendo en tu mensaje justo lo contrario. Y no pienso acabar la noche sin borrarte ese pintalabios a besos...

La cena transcurre tranquila y sin grandes anécdotas: buena comida, algunos chascarrillos y las típicas tradiciones de Año Nuevo que siempre acaban con alguien atragantándose con las uvas y con un montón de abrazos... De estos me cae alguno menos que al resto. A pesar de que Haizea está sentada a mi lado, se ha asegurado de que su silla y la mía no se rocen en toda la noche. No veo el momento de irnos al cotillón... y parece que ese momento se va a hacer esperar, porque los Etxebarria deciden iniciar una videollamada interminable a la que me veo obligado a unirme por no quedar como el hermanastro soso. Todo está yendo tan rápido que me da vértigo, no solo la relación de mi madre con Ander, sino mis propios sentimientos. Yo nunca he sido así, pero con Haizea me cuesta ponerle freno. No estoy acostumbrado a las mujeres como ella, tan espontánea, sincera y que lucha por lo que considera justo. Mi alma gemela. Me pregunto si no lo habré echado todo a perder por culpa de esas inseguridades que nunca le expongo al mundo por miedo a que me hagan daño.

Cuando acaba la llamada familiar, Haizea y su móvil se encierran en su cuarto a desearle feliz año a todo su listín. Yo creo que lo está haciendo por joder, y aseguro que le funciona, porque Felipe y yo estamos que nos subimos por las paredes, aunque somos lo suficientemente educados

para decir nada. Cuando lleva más de media hora encerrada, decido que su pataleta infantil no va a arruinarme la noche y llamo a la puerta de malos modos, un gesto del que me arrepiento tan pronto la veo aparecer con esa mirada triste que evidencia que ha estado llorando. Mi mundo entero se viene abajo. Ojeo la habitación en busca de alguna pista, que reconozco tan pronto veo sobre la cama un álbum de fotos familiares. Las ganas de abrazarla se hacen tan insoportables que me duelen.

—¿Estás bien? —Acaricio su mejilla para que sepa que estoy aquí, siempre, aunque no espero una respuesta. No en los nuevos términos en los que nos movemos, al menos.

—De maravilla, hermanastro, de maravilla. ¿Nos vamos? Kat nos está esperando.

Pasa de largo sin apenas mirarme, aunque esta vez culpo a su profunda tristeza. Aun así, no puedo evitar que su sonrisa y sus palabras se me claven directamente en el pecho como un millón de agujas. Odio este juego. Estoy deseando quedarme a solas con ella para cambiarlo, aunque me temo que Nekane tiene razón y no conseguiré nada hasta que me sincere con ella. Necesito contarle qué me quema por dentro, además de su ausencia.

16. Dos cafeteras y una sola cama

Haizea

Kat siempre me dice que, si quiero que las cosas salgan de manera diferente, tengo que empezar por hacerlas de otro modo. Dejar de coger atajos para llegar antes a mi destino. Y esa es precisamente mi resolución para este año: cambiar los patrones de conducta. En unos meses cumpliré los cuarenta y los diez últimos años han sido una sucesión de errores cometidos. Por ejemplo, este local donde he pasado mi Nochevieja desde que tengo uso de razón, bebiendo calimocho para dar la bienvenida al año con mis amigos de siempre. Llevamos más de veinte años haciendo lo mismo y la cosa no ha cambiado demasiado para ninguno, a excepción de los que sentaron cabeza y dejaron de juntarse con nosotros. Un ejemplo de esto es mi querido mejor amigo, a quien no me sorprende encontrarme en el mismo viejo sofá apolillado que custodia desde el instituto —el cual ha sido testigo de cosas que preferiría no recordar— metiéndole la lengua hasta la campanilla a una atractiva morena, a la que no recuerdo haber visto antes. Quedar con Eka es como esa película en la que Bill Murray revive la misma escena una y otra vez, a excepción del personaje femenino, que, en este caso en particular, nunca repite secuencia.

Desvió la mirada hacia Kat, quien se acerca a nosotros enfundada en un vestido de lentejuelas plateadas que le hace parecer una bola de discoteca. Mientras que yo me hubiera quedado en casa tan feliz jugando a las cartas con mi padre, ella está radiante, con ese destello que solo tienen los que saben que la noche va a acabar muy bien.

—¡Ize! Estás... ¡Guau! ¡Estás increíble! —oigo a Eka detrás de mí.

Y yo que ya estaba ansiosa por largarme de aquí cuanto antes... No quiero girarme porque no sé qué cara ponerle. Hace tiempo que no sé cómo me siento respecto a él, aunque creo que la palabra que mejor lo define es «indiferencia». En la última semana, he frecuentado su compañía menos de lo habitual y no lo he echado en falta. La distancia me ha servido para ver las cosas con perspectiva y no me gusta lo que he descubierto: una versión de mí que siempre cede a sus deseos y se amolda para complacerle, mientras que él sigue haciendo lo que le da la real gana sin tenerme a mí en cuenta. A pesar de todo, me giro y le saludo por educación; al fin y al cabo, él

no es consciente de la metamorfosis que he sufrido estas Navidades.

Felipe y Kat se han ido a parlotear a la puerta y Alex se ha quedado conmigo para darles intimidad, lo que explica por qué Eka le mira de arriba abajo con malas pulgas.

—¿Quién es este tipo? —pregunta, a pesar de que «el tipo» está delante y puede oírle.

—Alex. Su madre sale con mi padre —resumo sin darle opción al pelirrojo a responder. Disfruto de un modo mezquino al ver que baja la mirada, molesto. Tal vez por eso decide largarse con Kat y Felipe, y dejarme sola con Eka sin mediar palabra.

—¿Por qué no te quedas a tomar algo? No has faltado a una sola Nochevieja desde que te conozco...

—Y así me va... Igual debería empezar por cambiar estas pequeñas cosas para que mi vida empiece a encaminarse.

Al fondo, la mujer a la que ha dejado abandonada en el sofá me mira con recelo. Si ella supiera que hace treinta y nueve años que nos conocemos y aún no hemos compartido ni un triste beso... Al otro extremo del local, quien nos mira receloso es Alex. No entiendo a qué viene esa actitud si fue él quien me dejó claro lo que había. Dejo de mirarle a riesgo de que se me note demasiado que estoy colgada por él. Está irresistible con esa camisa.

—¿Llevas puestas esas braguitas rojas tan sexis que te ha regalado Kat? —Tal vez en otro momento de mi vida hubiera iniciado una conversación picantona con él, pero seguir escuchando su voz me resulta un suplicio ahora mismo.

—Feliz año, Eka.

Me uno a mis nuevos amigos en la puerta; Kat lleva un rato burlándose de las mismas reflexiones que he tenido yo al llegar: en este local se ha parado el tiempo en nuestra adolescencia.

—¿Cuánto le calculas a esta, Ize? —Sé de sobra a qué se refiere Kat, llevamos jugando a lo mismo desde que Eka se enrolló con su primera chica, allá por el dos mil y poco.

—Cincuenta y cinco máximo —respondo con un mohín.

—¿Hablamos de kilos, de edad...? —inquieta Blanquito confundido.

—Del coeficiente intelectual de la muchacha —explica una Kat ingeniosa.

El resto del camino hasta el cotillón es un espectáculo de bromas fáciles y tonterías de enamorados, que concluyen cuando Felipe se ofrece a llevar a mi amiga a «cuchus» y ella grita por toda la calle cuando, al no entender a qué se refiere el cántabro, él la coge a caballito y la pasea por todo Bilbi. Me dan cierta envidia, sobre todo, porque el mutismo que reina para mí esta noche me agota. La sonrisa de Alex al mirar a la feliz pareja es lo único que rompe ese silencio.

—Oye, Kat será buena gente, ¿no? —Me giro al oír su voz. No es el tema de conversación que estaba esperando, pero es un tema, al fin y al cabo—. Felipe está superenconado con ella y lo cierto es que tu amiga me da un poco de miedo... Lo primero que ha hecho al verme es preguntarme si quería que me leyera el iris, que no sé lo que significa, pero me ha dado mucho yuyu.

—Es inofensiva, solo un poco excéntrica, ya te irás acostumbrando... —Me esfuerso por ser amable, aunque se me nota que estoy tensa—. Le caes bien, no tienes nada de lo que preocuparte... Seguro que solo quería hacerte alguna predicción extraña de las tuyas.

—No creo demasiado en esas chorradas... Bueno, la verdad es que no creo NADA en ellas.

—Ni se te ocurra decírselo a Kat o va a aburrirte a predicciones hasta que reconozcas que ha acertado en alguna de ellas.

—¿A ti te ha acertado alguna vez? —inquire, yo niego con la cabeza.

—Nunca. Kat está convencida de que soy víctima de una maldición amorosa que lleva persiguiendo a las mujeres de mi familia durante generaciones. Así, como lo oyes...

—¿Y... qué hay que hacer para romperla? —No solo se está burlando de Kat, también está flirteando conmigo, lo que de nuevo me mosquea porque no lo entiendo.

—Para empezar, creer *en esas chorradas* —se la devuelvo.

La expresión traviesa de su rostro me desconcierta, aunque no dice nada más hasta que llegamos al local donde tiene lugar la fiesta. La decoración navideña es tan ostentosa que una se siente más en el trineo de Santa que en un bar de copas. En la planta baja hay una barra de madera cubierta de nieve artificial y una pista de baile rodeada por un balconcito en la planta superior, que forma una especie del reservado. De fondo, el DJ entremezcla música urbana con rock español, intercalando algún villancico de vez en cuando. En estos momentos, suenan Fito & Fitipaldis con su *Por la boca vive el pez*.

Felipe y Alex se pierden entre el gentío para saludar a varios conocidos, y yo alterno la barra con la pista de baile, donde no dudo en perrear con mi amiga como si no hubiera nadie mirando. Lo cierto es que me da igual quien mire; a menudo, la gente prefiere criticar y señalar con el dedo a los que nos divertimos mientras ellos se aburren desde sus asientos. Otros, interpretan nuestra danza como un grito de guerra y entienden erróneamente que estamos buscando calor humano. Mi amiga anda rápida para espantar los moscones, con el temor de que Felipe, quien no nos quita la vista de encima, malinterprete la situación. Me pregunto cómo lo hará para soportar el juego de luces con sus problemas de visión. A mí me están volviendo loca...

Me dejo llevar por la música. No tengo otro plan para esta noche ni intención de encontrarlo. Apenas he cruzado un par de palabras con Alex; a pesar de que el chico está siendo amable, aún me muero de vergüenza por lo que pasó. Sé que las Navidades próximas me reiré de esto y agradeceré su rechazo, pues, como dijo una vez Sabina: «*Lo bueno de los años es que curan heridas, lo malo de los besos es que crean adicción*».

—Voy a por algo de beber —anuncia Kat, sacándome de mis ensoñaciones.

Le deseo buena suerte; la barra está tan abarrotada que va a necesitarla. Yo me quedo en la pista protegiendo el espacio que hemos creado, imitando el *twerking* de Anitta cuando suena *Envolver*. Las canciones se suceden y no hay ni rastro de mi amiga. Barro el bar con la mirada, sin demasiado éxito, en parte porque las luces estroboscópicas se han intensificado con el estribillo de *Los Ángeles*, de Aitana, y todo parece moverse en *slow motion*, empezando por

Alex, quien se está acercando a mí a un ritmo increíblemente lento. ¿Ha sido una encerrona de Kat para dejarme a solas con él? Cierro los ojos y me pierdo en la música electrónica para no pensarlo; sus manos en mi cintura me devuelven a la realidad. Estoy tentada de apartarle, pero el volumen es tan elevado que tiene que pegarse a mí para hacerse oír y, aun así, no da resultado.

—¿Qué? —pregunto, pegándome yo también a él.

—¡Que mires hacia esas columnas de allí! —Me gira la cabeza hacia dichas columnas y entiendo que no ha sido una encerrona de Kat, sino un gesto de Alex para dejar intimidad a nuestros amigos, que se están comiendo la boca en un discreto rincón. Mi cara es un poema trágico. ¿Dónde nos deja eso a nosotros el resto de la noche?—. ¿Quieres una copa? —ofrece, tan cerca de mi oído que me provoca un escalofrío.

—Prefiero seguir bailando... sola.

—¿Vas a estar evitándome eternamente?

—¿Me has dado motivos para no hacerlo?

—¿Por qué no vamos a algún lugar más tranquilo donde podamos hablar? Creo que estos dos no nos van a echar de menos...

Valoro su oferta, pero estoy demasiado cansada y afectada por el cava para tener esta conversación, y no quiero mostrarme vulnerable. La alternativa de quedarme toda la noche bailando sola y espantando moscones me da mucha pereza. Son las tres de la mañana, tengo una edad en la que ya no hago las cosas para demostrarle nada a nadie; si no me apetece quedarme, pues me largo y punto. De fondo, *Mi gran noche*, de Raphael, me indica que el local está a punto de cerrar sus puertas. Es como una norma social no impuesta que todo el mundo entiende en el acto.

—Gracias por la oferta, pero me voy ya a casa —grito en su oído para hacerme oír sobre la música—. Aquí ya está todo el pescado vendido.

—Te acompaño —informa, erizándose la piel con su cercanía.

—No hace falta, puedo volver sola.

—Si no quieres que lo haga por ti, hazlo tú por mí. Kat está viviendo con sus padres. Adivina donde me deja eso esta noche cuando trasladen la fiesta a otra parte...

—Es verdad, Blanqui y tú compartís piso... ¿Y qué piensas hacer?

—Me vendría bien dar un paseo. No quiero cortarles el rollo, no es que Blanqui traiga mujeres a casa habitualmente... Les daré un tiempo prudencial hasta que se encierren en la habitación y sea seguro entrar en casa. Espero que a este cabrón se le ocurra mandarme un mensaje...

—Está bien, vamos.

No sé cómo a la feliz pareja no les pitan los oídos, pues, de camino a mi estudio, se han convertido en el único tema de conversación. Apuesto a que, por mucho que Alex se pueda alegrar por su amigo, la situación no le hace ninguna gracia, pues es evidente que necesita descansar. Y así llegamos al viejo portal al que tantas otras veces me ha acompañado, y empiezan los silencios incómodos. Me niego a protagonizar una de esas escenitas en las que dos

enamorados se quedan sin saber qué decir hasta que uno de ellos rompe el hielo. Yo sí sé qué decir: «Buenas noches, que te sea leve la espera, adiós».

—Bueno, pues yo ya me quedo aquí...

Alex mira el teléfono y rebusca entre todos los mensajes de Año Nuevo que no ha contestado esta noche: ni rastro de Blanquito. ¿Se le habrá olvidado avisarle con el calentón?

—¿Qué vas a hacer? —inquiero, sintiéndome culpable por algo que ni me va ni me viene.

—No sé, daré un paseo para hacer tiempo y, si no sé nada de él en la próxima media hora, me iré a un hotel. Paso de estar en medio mañana cuando se levanten después de haberse pegado la follada del siglo...

—¿Siempre eres así con todo el mundo?

—¿Así cómo?

—Antepones las necesidades y deseos de otros antes que los tuyos. No deberías gastarte dinero en un hotel teniendo tu propio piso. —Alex suspira ante mi comentario.

—Esta situación no es algo habitual, ¿vale? Sé que acaban de conocerse, pero Kat le gusta mucho y yo voy a dejarle vía libre. Además, voy a desayunar mejor en el hotel que en mi casa... Ayer se nos rompió la cafetera, y yo sin mi droga no funciono igual.

—¿En serio? Yo te vi superactivo aquel día...

—Ya me había tomado mi dosis antes de que aparecieras —confiesa con una sonrisa.

—¿Quieres subir? —Me oigo decir sin saber de dónde han salido esas palabras, porque sigo molesta con él..., o conmigo misma tal vez—. Creo que mi estudio entero cabría en cualquier habitación de hotel mediocre; y, de hecho, solo tengo una cama, pero hay un sofá bastante cómodo en el salón. Tengo recambios nuevos del cepillo eléctrico y dos pijamas que había comprado para dárselos a mis hermanos en Reyes, pero como no van a venir... Y hay dos cafeteras, por si una falla.

—No me lo digas dos veces.

—Anda, sube —insisto, empujando la puerta del portal para que entre.

Subimos en ascensor en silencio hasta el quinto piso. Nunca antes ese viejo cacharro me había resultado tan pequeño, es como si las paredes se hubieran estrechado de golpe con su presencia. Me arrepiento de haberlo invitado tan pronto cruzo el umbral de la puerta y él empieza a mirarlo todo con curiosidad, desde la colección de novelas románticas del salón hasta la pared con fotos de mis momentos más felices, en las que él observa complacido que he incluido una foto de El Bolao, en la que me he asegurado de que a Alex no se le viera nada... No quiero que a las visitas les dé un infarto.

—Me gustó el sitio, eso es todo —aclaro para evitar malentendidos que inflen su ego.

—No tienes por qué justificarte, me encanta que tengas la foto aquí. ¿Te has fijado en la buena pareja que hacemos?

—Voy a buscarte sábanas limpias y un pijama, ahora vuelvo —atajo con rapidez. ¿A qué narices ha venido ese comentario?

Me sigue hasta la habitación con la clara intención de ayudarme, algo que evito con un gesto con la mano. No creo que pueda soportar tenerlo aquí sin volverme loca. No me entretengo demasiado en el salón; el sofá tiene truco, así que insisto en hacer yo la cama mientras él me entorpece en ese afán por ser útil, pues, cada vez que maniobro, él está en medio. Alex está en todas partes.

El simple acto de despedirme de él para encerrarme en mi guarida se ve truncado por mi torpeza y sus ansias de ayudar, pues mis piernas acaban enredándose en las suyas en este espacio tan limitado, y él acaba irremediabilmente encima de mí en el sofá en una posición que hubiera preferido evitar. Me acaloro al imaginar su torso desnudo, mis manos acariciando la delicada línea de vello rojizo que desciende desde su ombligo y se pierde en... ¿Por qué me mira de ese modo? Como si... Sus labios entreabiertos exhalan un aire que resulta fuego en mi piel. ¿Y si le invitara a mi cama? Desde luego, sería una manera diferente de empezar el año... Quiero besarlo. Quiero sentir sus grandes manos recorriéndome entera, su miembro firme hundiéndose en mi interior. Quiero despertarme con mi piel perfumada con la suya. Y, sobre todo, quiero quitarme estos pensamientos de la cabeza, porque lo nuestro no puede ser: Alex ya me ha rechazado antes. No quiero empezar con él el mismo juego tóxico al que llevo años jugando con Eka. Estoy harta de que jueguen conmigo.

—Me voy a dormir ya, estoy cansada...

—¿Ya? Pensaba proponerte que tomáramos una copa, charláramos... Aún es pronto.

Sus ganas de «charlar» se restriegan contra mi pubis, encendiendo todos mis sentidos. ¿Cómo mantener la cordura cuando tengo una imagen tan vívida de su glorioso cuerpo desnudo? Quiero decir que sí, tomarme esa copa y... ¡Ay!

—Buenas noches, hermanastro..., o días. Son ya las cuatro de la mañana.

—Como quieras... —responde chafado—. Hablamos mañana.

17. Tomando nota

Alex

Odio esta situación. Y, sobre todo, odio tener que darle la razón a Nekane. Porque las horas han pasado delante de mí mirando el techo de este salón y preguntándome si la noche no hubiera sido diferente de haberme sincerado con ella. A las siete de la mañana, a pesar de que apenas he dormido, me levanto y me pongo de nuevo mi ropa. Las prisas vienen porque mi primo Ori me ha propuesto ir de ruta por Asturias y sé que necesito un par de días de desconexión, lejos del trabajo, del voluntariado y de Bilbao. Un par de días para mí..., que a veces me olvido de que yo también soy importante.

No quiero irme así, sin despedirme de ella o aclarar un par de cosas antes, pero no conozco sus hábitos de sueño y es posible que no se levante hasta las tantas... Me planteo despertarla y preguntarle si quiere venir conmigo, pero no estamos en los mejores términos y ya no sé ni qué pensar. Percibo la tensión sexual cuando estamos juntos, ¿o acaso me lo estoy imaginando todo? Ya me ha rechazado dos veces...

Al final, decido dejarle una nota, a la antigua usanza, explicándole que me gustaría quedar con ella y aclarar algunas cosas... ¿Suenan demasiado como una cita? Estoy rebuscando entre los cajones del salón, pero no encuentro papel ni boli por ningún sitio. Reparo de nuevo en la fotografía que nos hicimos en Navidad y ahora cuelga en su pared. Quiero creer que si está ahí es por algo. Junto a esta, fotos de su cuadrilla —y del tal Eka abrazándola de un modo del que odio ser testigo—, y una con su familia al completo, una vida anterior a la que Ander tiene ahora con mi madre.

Haizea me sorprende rebuscando en sus cajones y con la foto de su familia en las manos, y no sé qué decir. Tiene el pelo revuelto de un modo muy erótico, y no lleva sujetador. ¿Le habrá dicho alguien alguna vez que está condenadamente guapa por las mañanas?

—Lo siento, estaba buscando algo para dejarte una nota —me justifico, pero ella no parece molesta por la intromisión. —Te pareces a ella, en versión morena...

—Eso dicen —responde con tristeza—. ¿Te vas ya? Aún no has desayunado.

—No quería despertarte con la cafetera. Mi primo me está esperando en Cangas. Tengo un par de días libres en el trabajo y necesito resetear el cerebro.

—Una decisión muy acertada, empezaba a preocuparme por tu salud mental. —No sé cómo lo hace, pero siempre consigue arrancarme una sonrisa—. Supongo que Felipe se queda al cargo del grupo...

—Así es. Oye, Ize... Quería decirte que agradezco muchísimo lo que estás haciendo, tu implicación... Siento mucho la reacción que tuve el otro día, estoy...

—¿Desbordado? —prueba ella. Yo asiento, no hubiera elegido esa palabra, pero es la que mejor define mi estado de ánimo actual—. No hace mucho que somos hermanastros, pero creo que ya te voy conociendo...

—¿Es verdad lo que le dijiste a Eka? —Haizea me mira sin entender—. Que solo soy el hijo de la novia de tu padre.

—Bueno, es lo que eres, ¿no? Ana Mari es tu madre...

—No sé, yo pensaba que habíamos superado esa fase.

—¿Lo hemos hecho? —Frunce el ceño y se cruza de brazos—. ¿Y en qué fase estamos, Alex? Porque está claro que el otro día malinterpreté por completo la situación.

—No malinterpretaste nada.

—Me rechazaste.

—¡Yo no te...! O sea, sí, lo hice, pero... ¡Joder!

—Está bien, no te estoy reprochando nada. Si te preocupa que te deje tirado con el voluntariado, te confirmo que estaré ahí con Felipe y Kat dándole todo. Sigo encontrando tu dedicación a esos niños enternecedora.

—No tiene tanto mérito... —Me mira expectante, aun con esa pose defensiva, y entiendo que es el momento de contarle mi verdad. —Lo he vivido muy de cerca.

—¿Conoces a alguien en esa planta? —Dudo un instante antes de responder a su pregunta porque sé que ya no habrá marcha atrás.

—No en esa, en la de Valdecilla... A mi yo de hace veintitantos años.

No sé qué esperar cuando se lo cuento, pero desde luego no esa cara de dolor infinito. Creo que más que sentir lástima por mí, he reabierto sus viejas heridas.

—Lo siento, no sabía que... ¿De qué...?

—Testículos, estadio uno. Mi vida nunca estuvo en peligro, pero el nombrecito en sí ya acojona bastante. No es algo que nadie sueñe con padecer algún día.

—Y... —Algo ha cambiado. Es como si estuviera temerosa de formular las preguntas correctas, sin saber que yo ya estoy listo para hablar de esto con ella—. ¿Estás curado o...?

—Limpio, pero me dejó secuelas. —Ella me mira expectante y yo le suelto lo que realmente me preocupa, la verdadera razón por la que me estoy sabotando para no enamorarme de ella—. No puedo tener hijos... Al menos, no por el método tradicional.

—¿Y te preocupa? Es decir, es algo que... ¿tú quieres...?

—En su momento sí me afectó. Tenía dieciséis años cuando me hablaron de congelar el semen para el futuro y no era una decisión que estuviera preparado para afrontar. Todos mis amigos estaban preocupados por no dejar embarazadas a sus novias y yo me había quedado estéril antes de perder siquiera la virginidad. Lo congelé, por lo que pudiera venir, aunque siempre te sueltan el rollo de que congelarlo tampoco te garantiza el éxito. Ahora me da un poco igual, ya me he hecho a la idea... —Su silencio me incita a hacer una pausa, aunque no parece preocupada o decepcionada por mi confesión—. Si te soy sincero, creo que como más me ha afectado es a la hora de profundizar demasiado en las relaciones. Siempre tengo esa duda en la cabeza cuando salgo con alguien, si algún día se arrepentirá por haberme elegido a mí en lugar de a otro tipo que pueda darle hijos. No puedo negarle a nadie esa experiencia vital.

—Sabes que hay otros métodos, ¿verdad? Adopción, inseminación... Yo misma pensaba ser madre sin tener pareja, así que no veo dónde está el problema.

—Puede que solo fuera un problema de autoestima, o una excusa, porque no había encontrado a la mujer correcta... hasta ahora. —Tiro el anzuelo y espero a ver si pica.

—Entonces, ¿por qué no dejas que sean ellas quienes decidan si quieren o no estar contigo? Igual te sorprendes.

—Tomo nota.

—¡Pero tómala bien!

—¡Vale, vale!

—¿Es esa la razón por la que te dejó Nekane?

—¡No, no, para nada! ¿Tú has visto a Mamady? —Haizea pone un gesto que no sé interpretar—. Puedes decirlo: está muy bueno. Yo también lo creo.

—Os he visto a los dos en igualdad de condiciones y no tienes nada que envidiarle.

—¿Qué has dicho? —Me entra la risa floja, incapaz de creer que haya dicho algo así con tanta naturalidad. ¿He dicho ya que adoro a esta mujer?

—No voy a repetirlo, sabes de sobra lo que he dicho.

—Has dicho demasiadas cosas interesantes en muy poco tiempo...

—Quédate con la que más te guste, entonces. —Y así, de repente, hemos pasado de estar enfadados a estar riéndonos como dos idiotas en la jamba de la puerta, en una despedida que no quiero que llegue nunca—. ¿Tú no tenías que irte a Asturias?

—¿Por qué no vienes conmigo? —Mis manos se apoyan en sus caderas sin permiso.

—¿No te parece suficiente lo que me has visto esta semana?

—La verdad es que no. Además, te estoy ofreciendo vernos en otro entorno, sin estrés, sin padres, en una casa rural en las montañas...

La acerco más hacia mí y ella no se aparta. Buena señal. Mis manos se mueren por descender un poco más y acariciar ese trasero voluminoso que me está volviendo loco desde el mismo día en que nos conocimos.

—Te propongo una cosa: ¿por qué no te tomas estos días para desconectar de todo, que te hace

falta, y cuando vuelvas continuamos la conversación donde la hemos dejado? Exactamente igual que estamos ahora, en mi piso, con tus manos en mis caderas...

—Me gusta mucho cómo suena eso.

Me muero por besar esos labios que, aun sin maquillaje, se ven jugosos como fruta prohibida. Pero sé que Haizea tiene razón y nos va a venir bien tomarnos un descanso. Nos hemos visto cada día durante la última semana y en un ambiente agotador. Las emociones y la química están a flor de piel. Seguro que nos beneficia el ver las cosas con otra perspectiva.

—Bueno, pues... ya nos veremos el Día de Reyes —comienzo, por no prolongar esta despedida más de lo necesario.

—Pásatelo bien. Y desconecta del mundo. —Su abrazo es algo inesperado. No me quiero despegar de ella. El olor a vainilla de su pelo es demasiado tentador.

—Me voy antes de que decida no irme...

Me aparto de su trampa mortal, aun con esa estúpida sonrisa que no hace sino potenciarse cuando Haizea me da un azote en el culo para despedirme. Darle media vuelta y morderle los labios sería altamente inapropiado después de la conversación que acabamos de tener.

A media tarde, mis primos Cova y Ori, sus respectivas parejas y yo estamos resguardándonos de un aguacero en un café rústico de Cangas de Onís, donde el exceso de decoración navideña no permite ver las paredes de piedra ni el techo de madera. Una recopilación de villancicos modernos acompaña un menú a base de chocolate caliente, muñecos de jengibre y tartas especiadas. Incapaz de tomar una decisión ante tal despliegue de azúcar, me pido un café solo que me ayude a espabilarme, en parte porque no he dormido, en parte porque estoy en Babia. Me parece increíble la facilidad con la que Haizea ha anidado en mi pecho en apenas unos días.

Me acerco a la barra y le pido a la camarera que me deje su bolígrafo con un pompón rosa y una libreta llena de florecitas en la que escribo: «*“Deja que sean ellas quienes decidan si quieren o no estar contigo”. Cita célebre de Haizea Etxebarria*». Sé que hemos prometido darnos un par de días, pero le mando una foto de mi obra de arte con un mensaje claro y conciso:

Alex

Tomando nota. Posdata: Ya me explicarás lo del azote en el culo...

Recibo su respuesta casi al instante: una foto de ella en la orilla de una playa, donde se intuye que está desnuda. Mientras aquí hace un día de mil demonios, parece que en Mordor ha salido el sol. Me remuevo en el sofá, sintiendo que me estoy acalorando.

Haizea

Probando cosas nuevas, cambiando de piel. La próxima vez que me lleves a una cascada, puede que yo también me quite la ropa... Posdata: Es un buen culo. Volvería a hacerlo.

Sonríó como un idiota al ver el diablillo que acompaña su mensaje y decido responderle antes de que mis primos me coman vivo por estar ignorándolos mientras tan apasionadamente hablan

de... ¿de qué están hablando?

Alex

Acabo de hacer una lista de todas las cascadas que hay en el País Vasco. Posdata: Supongo que eso me da derecho a hacerte lo mismo a ti cuando te vea... Y estoy deseándolo.

Haizea responde a mi provocación con otra imagen que insinúa mucho sin mostrar nada, y yo me pongo cardíaco. ¡Por Dios, que alguien me traiga un extintor! Mis primos me lanzan una miradita de advertencia, las reglas cuando estamos juntos son muy estrictas: nada de móviles, a no ser que se acabe el mundo.

Alex

Tengo que dejar el teléfono, sabes cómo es mi familia con la tecnología... Pero si quieres seguir mandándome más fotos como esa, no me voy a quejar... Posdata: Tengo muchas ganas de verte.

Y ahí está mi declaración de intenciones, por si aún no le había quedado lo suficientemente claro que estoy loco por ella. Me quedo mirando el móvil en busca de una respuesta que nunca llega a pesar de que lo ha leído. La impaciencia me consume.

—¿Con quién te escribes tanto, donjuán? —me provoca Vega, la novia de mi primo, con cierto tonito.

Oculto una sonrisa pícara tras mi taza de café y apago la pantalla del móvil, aunque lo dejo sobre la mesa con la esperanza de que llegue algo en los próximos minutos.

Y, entonces, un torbellino de nervios se instala en mi estómago cuando veo su nombre en la pantalla. Quien también lo ve es mi primo Ori, que me quita el móvil y comienza a leer en voz alta. ¡Maldita la hora en la que se aprendió mi patrón de desbloqueo! Solo espero que Haizea no se haya tomado en serio lo de mandarme más fotos desnuda...

—«Nos vemos en Reyes, Gaspar. Me aseguraré de escribir la carta a tiempo, a ver si mis deseos se cumplen... Posdata: A ver si es verdad...» —lee Ori con recochineo—. Pero bueno, primo, creo que hay algo que no nos has contado... ¿Quién es esta tal Haizea que te manda unas fotos tan... sugerentes?

—De momento, solo es una amiga... —confieso quitándole el móvil para comprobar que las fotos no son obscenas, por desgracia.

—¿Haizea no es la hija del novio de la tita Mari? —pregunta Cova, reconociendo el nombre de inmediato y mirándome de un modo que suena algo acusador y al que yo respondo con una mueca de culpabilidad—. O sea, que sí. A nuestras madres les va a encantar esto...

18. Emociones a flor de piel

Haizea

La lluvia cae con fuerza a través del cristal. Ultimo los toques finales de mi disfraz de paje en lo que Alex viene a buscarme para no llevar dos coches. Estoy nerviosa... ¡No! ¡Histérica! No he vuelto a verlo desde Año Nuevo porque está hasta arriba de trabajo y preparando cosas en el hospital con Felipe, mientras Kat y yo apurábamos los últimos días de la campaña de Reyes. Que no nos hayamos visto no quiere decir que no hayamos hablado... Después de varios días de mensajes con doble sentido, Alex me ha pedido que tengamos una cita cuando pase todo esto. Otro en su lugar me hubiera besado y metido mano en su coche, pero él es así, educado en ese romanticismo nostálgico que solo se ve en la ficción. Como la casa de piedra y madera con chimenea en la que se crio. Ya puedo imaginarle pidiéndole mi mano a mi padre si todo sale bien...

Mis nervios no son solo por volver a verlo, sino por el evento que tenemos hoy por delante... No sé si seré capaz de pisar ese hospital donde tuvo lugar el adiós más doloroso de mi vida, pero no se lo he dicho a Alex porque no quiero que nada arruine el día para el que ha estado trabajando tan duro.

Pego un brinco al escuchar el timbre. Un escalofrío me recorre entera y se instala entre mis piernas cuando le veo vestido de Gaspar, con la corona y una capa verde sobre una túnica mostaza. ¿Debería preocuparme por querer arrancarle la ropa a un Rey Mago? Está tan guapo que las palabras se niegan a abandonar mi boca.

—¿Tu silencio es bueno o malo? —inquire al ver que sigo mirándolo y sin dejarle pasar. Estoy tan nerviosa que ni siquiera le doy dos besos o un abrazo. Bastante que me acuerdo de seguir respirando...

—Muy bueno..., eh..., pasa. ¿Quieres tomar algo?

—Estoy bien, gracias. Por cierto, estás muy guapa, paja. —Enarco las cejas ante el inusual piropo, lo que provoca esa risa franca que tanto me gusta—. Te aseguro que sonaba mucho mejor en mi cabeza... ¿Estás lista?

—Dame cinco minutos y soy toda tuya.

—Mmmm, me gusta mucho cómo suena eso...

Esta vez es él quien me da un azote en el culo a mí. Me giro para mirarle como si hubiera hecho algo pecaminoso y él me devuelve una mueca burlona que me provoca.

Reviso rápidamente mi habitación para asegurarme de que todo está perfecto para lo que pueda pasar esta noche, pues yo tengo claro que no pienso esperar a que llegue esa cita para poder disfrutar de sus labios. Llevo mi mejor ropa interior debajo del disfraz, las sábanas están planchadas y huelen a suavizante, me he echado suficiente perfume para hacerle la competencia a una droguería... Me sorprendo al escuchar unas voces procedentes del salón. Regreso con Alex al ver que está hablando con alguien en la puerta y su lenguaje no verbal le hace estar a la defensiva, lo que queda claro cuando me asomo para ver de quién se trata.

—¿Eka? ¿Qué haces tú aquí?

Aparta de malos modos a Alex y entra en el salón para darme un abrazo que yo no le devuelvo. ¿En qué momento empecé a sentirme así respecto al que siempre ha sido mi mejor amigo?

—¿Podemos hablar? En privado...

—Ahora no es buen momento, estoy liada con lo del hospital y... tengo que irme.

—Últimamente nunca es buen momento, por eso pensé en venir a verte, así no tendrías escapatoria. Aunque no esperaba encontrarte con el rey de bastos... —Le dedica una mirada de desprecio a Alex que no me pasa desapercibida. Pienso en intervenir, pero eso solo daría fuerza a sus palabras—. Serán cinco minutos, te lo prometo.

—Cinco, ni uno más —advierdo mientras él se dirige a mi habitación sin pedir permiso. Me acerco a Alex para reafirmar mis intenciones—. No sé qué demonios quiere, te prometo que será un momento...

—Tranquila. Vamos bien de tiempo. Si quieres que os deje intimidad, puedo esperarte en el coche...

—Eka y yo no necesitamos intimidad. No tardo, ¿vale? —Por si mi mirada no sirve para asegurarle que es mi prioridad, le pellizco en la cintura bajo todas esas capas de ropa que lleva y contengo las ganas de darle un beso.

Me encuentro a Eka con la mirada perdida a través de la ventana de mi habitación, su rostro contraído en un mohín de incertidumbre.

—Siempre que te veo últimamente estás con el zanahorio ese. Menos mal que no es guapo o me preocuparía.

—Se llama Alex, no *zanahorio*. Y ¿quién ha dicho que no es guapo?

—No sé, es pelirrojo... —suelta como si eso lo justificara todo.

—¿Quieres que te haga una lista de todas las pelirrojas a las que te has tirado?

—Es diferente: las mujeres pelirrojas son arrebatadoras, los hombres parecen duendecillos del bosque.

—Pues a mí me parece que está tremendo, así que igual sí deberías preocuparte. Por cierto, ¿querías algo, aparte de hacerme perder el tiempo? Me están esperando...

—Estás un poco borde, ¿no? —Me abstengo de decirle que lo que él llama «estar borde» es en realidad mi actitud de empezar a darme prioridad a mí misma. Ignoro por qué Eka empieza a hablar en euskera, cuando normalmente no lo hacemos—. Me estaba preguntando si te apetecería ir a algún lado este fin de semana, perdernos por ahí con el coche, sin rumbo, como en los viejos tiempos...

—No puedo, tal vez el próximo finde... Hablaré con Kat a ver si está disponible.

—Bueno, yo... me refería a los dos solos. —Me quedo inmóvil ante una petición que, en cierto modo, me molesta. Dicen que en el amor y en la guerra todo vale, pero me parece un poco rastrero que venga suplicando mi compañía cuando he empezado a conocer a alguien.

—Ya hablaremos de esto, ¿vale? De verdad tengo que irme.

Le acompaño hasta la puerta. Alex está esperándome pacientemente en el sofá, hojeando un libro de Jessy CM que ha cogido de mi estantería. La mirada que intercambian los dos me adelanta que esa rivalidad me va a traer problemas.

—¿Estás bien? —Mi amiga, que está terminando de retocar su maquillaje en los vestuarios, me mira con preocupación. Son demasiados años de amistad como para no detectar que me ocurre algo.

—Eka acaba de presentarse en mi casa para pedirme una cita... en plan romántico, los dos solos. Alex estaba allí y Eka se ha puesto celoso de él. Ha sido... raro.

—¡Pues claro que está celoso! —exclama mi amiga empolvándose esa diminuta nariz que tiene—. Llevas años siendo su perrito faldero y, de repente, llega otro y amenaza su territorio. Porque él puede follar con quien le dé la gana; pero, ¡ay, amiga!, como se te ocurra a ti siquiera mirar a otro... Y no me digas que no le miras, porque te he visto.

—¿Cuánto tiempo llevas pensando así? —pregunto anonadada con su discurso.

—No sé, ¿toda la vida? —Me duele verme tan bien reflejada en sus palabras—. Perdona, no debería haber dicho eso. ¿Dónde dices que vais?

—Pues... ¿recuerdas cuando teníamos como..., no sé, quince años, y te pusiste toda intensa con que habías tenido un sueño en el que veías claramente al amor de mi vida sufriendo en un hospital?

—Sí, claro que lo recuerdo... Te pegaste a Eka como una lapa por miedo a que tuviera un accidente en las carreras de motos, esas ilegales, que corrían. ¿A qué viene eso ahora? ¿Le ha pasado algo a Eka? Porque acabas de decirme que ha estado en tu casa...

—¿Sabías que Alex tuvo cáncer justo en esa época? Me lo contó el otro día. —Kat me mira sorprendida—. Él también me ha pedido una cita y le he dicho que sí.

—¡Mi niña! ¡Qué buena noticia! Al final todas mis predicciones se cumplen, es solo que me equivoco un poco con las fechas...

—¡Eso es justo lo que me aterra! Que puedas acertar con tus predicciones... —Por primera vez digo en voz alta lo que realmente me preocupa desde que Alex me contó su secreto. Kat me mira sin entender y yo se lo aclaro—. La maldición.

—¿Qué maldición?

—La que vengo arrastrando por culpa de mi tataratatarabuela enamoradiza. Solo espero que le cundiera el polvo, porque la que me lio la buena señora... Sabes de sobra que, cada vez que las cosas empiezan a irme bien con alguien, ellos me dejan de repente y sin explicaciones. Y me preocupa que Alex me haga lo mismo... Me gusta todo de él, y eso que apenas nos conocemos.

—Seguro que solo ha sido una coincidencia, Ize... —Desvía la mirada, mostrando que ni ella se cree sus palabras.

—¿Y me lo dices tú, que estás todo el día con las predicciones y los conjuros?

—Quizá esta vez sea diferente. Tal vez Alex sea el elegido para romper la maldición.

Según escucho sus palabras en alto, soy consciente de la conversación tan surrealista que estamos teniendo. La única magia que existe es la de la Navidad, y ningún conjuro ridículo de una bruja resentida va a conseguir separarme de Alex.

Tan pronto salgo del vestuario, un olor a desinfectante me trae recuerdos que me había jurado no rememorar. Huele a incertidumbre, a noches interminables llorando su ausencia, una agonía que parecía no tener fin. Me trae de vuelta una imagen de mi padre derrotado que había conseguido borrar con la llegada de Ana Mari. Pero hoy no se trata de mí, sino de ellos, de garantizar que la magia de la Navidad ilumine su noche. Tengo que hacer de tripas corazón y dibujar una sonrisa en mi rostro, fingiendo que esto no me afecta de un modo personal cuando veo a todos esos padres haciéndose la misma pregunta al ver a sus hijos tan débiles tras duras sesiones de quimioterapia, conscientes de que el presente es un regalo que sabe quién si traerá un futuro.

Los cinco nos miramos a la espera de que la coordinadora nos dé la señal para entrar. Las piernas me flaquean, dudo, no sé si voy a resistirlo. Y, entonces, lo entiendo todo al ver a todas esas familias reunidas en torno a los animadores, que entretienen a su audiencia creando figuritas con globos, y las caritas risueñas de los niños al saber que esta noche conocerán a los Reyes. Entiendo las jornadas de trabajo interminables de Alex, el esfuerzo, las horas robadas al sueño. Y me siento orgullosa de él, de su entrega sin límites, de lo que ha logrado con nuestra ayuda. Y es que esta planta de hospital no huele a tristeza ni a sueños rotos. Huele a esperanza. A lucha. A vida en estado puro, con sus más y sus menos. Huele a amor incondicional.

Una de las animadoras prepara a los niños para recibirnos entre aplausos, lloros y gritos de excitación. Me fundo en esta nueva piel para dar lo mejor de mí y dejar atrás los traumas de

Haizea; esta noche soy un paje y mi misión es mantener esas caras de emoción todo lo que me sea posible. Los Reyes Magos de Oriente y sus ayudantes están aquí, en el Hospital de Cruces de Bilbao, repartiendo juguetes e ilusión. Algunos chillan, los más pequeños lloran, otros se acercan a Blanquito a tirarle de la barba blanca para comprobar si es real, todos disfrutan..., empezando por nosotros mismos.

Mamady, al igual que nosotras, no está acostumbrado a este tipo de atenciones y se limita a sonreír, preguntarles a los niños qué les han pedido a los Reyes, y dar caramelos. Ver a Alex y a Felipe en acción es otra historia... Se nota que ambos están acostumbrados a tratar con la gente por las habilidades sociales que tienen. Sus palabras los divierten y encierran una bella metáfora en ellas, sus juegos los mantienen entretenidos toda la tarde; y pronto me descubro igual que esos niños: mirándolos embelesada. Los más pequeños van de mis brazos o los de Kat a los de su rey favorito; nuestra misión también incluye leer las cartas que han escrito o acercarles los regalos a los que están más débiles y no han podido abandonar su habitación.

La tarde se convierte en un festival de risas y lágrimas; de emociones a flor de piel, música, color, regalos, fotografías y roscón.

La situación llega a sobrepasarme, todas esas sensaciones consiguen abrumarme; siento un vacío que me aprieta el pecho y lo encoge. Aprovecho la llegada del grupo de teatro para desaparecer de allí cuando las lágrimas acuden a mis ojos como un torrente de tristeza de caudal infinito. Ni siquiera me molesto en coger el ascensor porque ese olor, sumado a lo asfixiante del cubículo, van a conseguir que me rompa. Una vez abajo, no puedo controlarme. Me da igual que todos me miren o me señalen con el dedo, no puedo dejar de llorar al recordar todas las tardes esperando en esos pasillos con papá, Haritz y Julen. Los silencios que decían tanto. Me obligo a recomponerme cuando veo que mi padre me está llamando al móvil.

—Cariño, queríamos saber si os queda mucho. Estamos muertos de hambre y sabes que, con mis problemas de estómago, no me conviene cenar muy tarde.

—Pues me temo que no vamos a ir a cenar con vosotros... Han encargado muchísima comida y tenemos que quedarnos a recoger. Se nos va a hacer un poco tarde. Sal por ahí y disfruta de tu novia.

—¿Seguro que no quieres dormir en casa? Porque no me gusta cargarme las tradiciones, y esta noche siempre ha sido tuya y mía desde que se fueron tus hermanos...

—No te preocupes, papá. Podemos vernos mañana.

—¿Estás bien, hija? Te escucho tristona...

—Solo estoy cansada —miento de forma piadosa.

—Ya me ha dicho Ana Mari que os estáis pegando una buena paliza... Seguro que está saliendo todo genial, con lo entregados que sois los dos, no me cabe la menor duda. Bueno, cariño, pues os esperamos a los dos para el desayuno. No lleguéis tarde, Ana Mari ha hecho roscón de hojaldre y no sé si podré resistir la tentación...

—Ahora se lo digo a Alex.

—Te quiero, Ize, sigues siendo la mujer más importante de mi vida. Y quiero que sepas que admiro muchísimo la persona en la que te has convertido.

—Yo también te quiero a ti, *aita*. Pero compites con otros dos hombres por ese puesto, me temo —bromeo, con relación a mis dos hermanos.

Tan pronto cuelgo el teléfono, las lágrimas regresan a mis ojos, aunque de un modo más moderado. Necesito calmarme antes de volver con los niños. No sería mala idea hacer antes una parada en boxes para retocar el maquillaje.

En mis treinta y nueve años de vida jamás he pasado una Noche de Reyes alejada de mi padre. Incluso ahora, de adulta, siempre duermo en su casa y preparamos el ritual con esmero: el zapato bajo la ventana, el agua para los camellos, cava para los Reyes, carbón por aquellos pecaditos que siempre se pueden evitar... Por la mañana, intercambiamos regalos y desayunamos roscón y café de esa vieja cafetera italiana que él se niega a tirar porque, ahora que está oxidada, le da un regustillo añejo al café. Me siento menos culpable por fallar a la tradición al saber que estará acompañado. Ana Mari ha sido un soplo de aire fresco en nuestras vidas cuando más lo necesitábamos. Nadie va a sustituir jamás a mi madre, pero en el corazón hay espacio para cariños distintos, y yo le estaré eternamente agradecida a esa mujer por haberle devuelto la sonrisa a mi padre y haber jugado un papel importante en que se dibuje la mía. Hasta ahora no me había parado a pensar en el mazazo emocional que tuvo que suponer para él perder al amor de su vida. Siempre había pensado en nosotros tres, en lo duro que fue quedarnos sin madre, pero perder a la persona que has elegido para compartir una vida entera, aquella con la que has construido una familia y jurado envejecer, con la que te sientes en paz y libre de mostrarte vulnerable... Tuvo que ser horrible.

—¡Haizea!

Un Rey Mago sin corona corre hacia mí mostrando preocupación en el rostro. A mí me invade una sensación de paz. Es él. Mi espacio seguro. Mi nuevo hogar.

19. Besos de sal

Alex

Mucho antes de que el cristianismo nos trajera a los Reyes Magos o una famosa marca de refrescos nos impusiera a su Papá Noel rojo, en el País Vasco ya existía un hombrecillo alegre y bonachón que repartía juguetes a los niños cada Nochebuena. Relacionado con el solsticio de invierno, se dice que el Olentzero debe su nombre a los troncos que se quemaban en la chimenea en esa fecha, ya que sus cenizas se esparcían en la entrada de la vivienda para proteger a sus habitantes.

El grupo de teatro está haciendo un trabajo magnífico para que todos dejemos nuestros problemas atrás y nos centremos en las distintas tradiciones navideñas del mundo, haciendo hincapié en la cultura pagana vasca. Y, hablando de vascos..., todavía no entiendo cómo Haizea y Kat pueden ser amigas de ese impresentable. Un momento en su piso que podría haber sido simplemente perfecto, alimentado por la promesa de retomar la escenita en su puerta —con manos en sus caderas incluido— se vio truncado por la llegada de ese idiota que no la merece. Y reconozco que me sentí morir cuando los vi desaparecer en su cuarto. No sé quién ha construido esos pisos, pero la acústica es magnífica... Vamos, que se oía todo desde el salón. Incluso cuando el muy idiota decidió pedirle una cita en euskera pensando que así yo no me enteraría. ¿De verdad cree que llevo tantos años trabajando aquí sin aprender la lengua local? ¡Soy educador social! ¡Fue lo primero que Blanqui y yo hicimos al mudarnos a Bilbao! Toda la vida ha tenido a esta mujer a su disposición y tiene que ser precisamente ahora cuando empieza a mostrar interés. ¿Se puede ser más mezquino? Aunque ella no se ha mostrado receptiva, no puedo evitar que me genere ciertas dudas, pues sé que no puedo competir con años de amor no correspondido. Ese tipo de relaciones siempre dejan alguna astilla clavada en alguna parte que, antes o después, acaba reabriendo la herida.

Compartir con Haizea algo tan importante para mí como ha sido esta noche, tenerla a mi lado, colaborando y apoyándome, solo ha hecho que me sienta aún más atraído hacia ella. He conocido a muchas mujeres guapas con las que he perdido el interés después de echar un polvo.

Pero esto es distinto, es... No se trata de sus curvas prietas o sus labios carnosos; su dulzura, su altruismo y sus ganas de cambiar el mundo son lo que me están volviendo loco de remate. Por eso, en una tarde que está siendo absolutamente perfecta, tengo que hacer un sobreesfuerzo por mantener los cinco sentidos en mi papel de Gaspar y contener las ganas de comérmela a besos y hacerle el amor en los vestuarios. Soy demasiado consciente de su cercanía; tanto que, cuando desaparece, su ausencia brilla. En un principio, pensaba que se había ido al baño; pero cuando los minutos comienzan a correr en el reloj, me preocupo de que le haya podido pasar algo.

—¿Has visto a Ize? —le susurro a Kat con discreción, quien está en una posición muy comprometida jugando al Twister con un grupo de niños.

—¡Breve descanso para la tercera edad! —pide, incorporándose para hablar conmigo—. Se ha ido a tomar el aire. Apuesto a que ella no te ha dicho nada, pero deberías saber que este fue el hospital donde... Le está costando un esfuerzo sobrehumano estar aquí con nosotros. Como imaginarás, todo esto le afecta de un modo muy personal.

Un montón de sentimientos contradictorios se rebelan contra mí. Adoro su capacidad de sacrificio por el bien común y, a la vez, me siento terriblemente culpable por haberla obligado a estar a mi lado.

—¿Por qué no me dijo nada?

—Porque quería que todo saliera perfecto. Era importante para ti y para estos niños y... —Kat nota que su confesión me ha hecho sentir mal—. ¡Ey! Creo que está yendo todo muy bien, ¿vale? Solo necesita un poco de espacio ahora mismo. Se le pasará, tranquilo.

No espero a que se le pase, ni siquiera pienso en lo que hago. Me muevo guiado por un fuego interno que me obliga a abandonarlo todo y buscarla. Me encuentro a Haizea en la puerta del hospital, tiritando y con síntomas evidentes de haber estado llorando. No me molesto en preguntarle si está bien porque es obvio que no lo está; la estrecho entre mis brazos y dejo que se hunda en mi pecho, aunque me ponga el disfraz perdidito de restos de rímel. La siento llorar en silencio y no puedo permitirlo; cada una de sus lágrimas se clava en mi pecho de un modo doloroso. Esta debería ser una noche de magia y alegría, y me está matando verla tan angustiada. Quiero alejar su pena y que vuelva a brillar como mi estrella de Oriente que me guía.

Levanto su mentón y la obligo a mirarme mientras borro a besos los restos de tristeza de su rostro. No estaba en mis planes que nuestro primer beso fuera de este modo; simplemente me vencen las ganas y el deseo. Necesito que sepa que soy la roca en la que puede apoyarse siempre. Saboreo el agua salada que ha recorrido sus labios en forma de lágrimas, mezclada con la dulzura de sus besos. Nuestras lenguas se encuentran en silencio, se descubren. Haizea rodea mi cuello con sus brazos para acercarme aún más a ella. Algo se encoge en mi interior, una luz se libera. Si hubiera sabido que me iba a sentir tan bien besándola, lo habría hecho mucho antes. A nuestro alrededor se suceden las bromas y las alabanzas, sé que incluso algún chaval ha grabado al rey Gaspar besando a su paje para colgarlo en TikTok. Nosotros nos reímos entre besos; ya no importa el mundo... A mí solo me importa ella.

Cuando se separa de mí, me abordan las dudas. El modo en que se muerde el labio es deliciosamente tentador. Necesito enfriarme un poco y esperar a que se me baje la... «emoción» antes de volver con los niños.

—Siento haberte besado. O sea, no lo siento, porque me apetecía mucho hacerlo, pero tal vez no era el mejor momento... —Mi disculpa queda eclipsada con su sonrisa.

—Ha sido perfecto, Alex. Estaba deseando que uno de los dos diera el paso.

—Me moría de ganas por besarte. Todo esto me ha pillado un poco por sorpresa, no esperaba sentirme así a mi edad... —Reestructuro mi discurso, consciente de que parece que la estoy rechazando en vez de una declaración de amor—. Quiero decir que me gustas muchísimo. Me has vuelto el mundo del revés en solo dos semanas.

—Tú también me has vuelto del revés... y me encanta —asegura besándome de nuevo. Y estoy perdido. Perdido en sus besos de sal, en sus curvas firmes, en su mirada cálida. Mi cuerpo vuelve a reaccionar de inmediato a su proximidad y sé que tengo que mantener la cordura hasta que acabe la función.

—Tengo que volver arriba con los niños. Calculo que nos queda una hora más aquí y somos libres. ¿Te encuentras con fuerzas de volver o prefieres esperarme en casa? —Mi verborrea sin sentido delata mi nerviosismo—. ¡Genial! Acabo de autoinvitarme a tu casa. ¡Pero qué morro tengo! —El bochorno ha valido la pena solo por oírla reír de nuevo.

—¿Qué te parece si te espero en esa cafetería de ahí y nos vamos juntos a mi casa?

—¿Cuenta esto como una primera cita? —Tanteo mis posibilidades.

—Según como juegues tus cartas...

—¿Cómo te suena tener un Rey Mago para ti sola, dispuesto a cumplir todos tus deseos y llenar de magia tu Noche de Reyes?

—Creo que me estás convenciendo... Por cierto, no te lo he dicho antes, pero estás arrebatador. Jamás pensé que un ser navideño pudiera convertirse en mi fantasía sexual.

—Sabía que no podrías resistirte al rey Gaspar. —Le guiño un ojo a modo despedida, acompañado de un beso rápido antes de regresar a la planta infantil.

Voy flotando en una nube que me tiene mareado y confundido, incapaz de borrar esa sonrisita estúpida de mi rostro. Felipe me recibe en el pasillo con cara de sorpresa.

—¿Dónde te habías metido? Llevo un rato buscándote...

—Estaba abajo, besando a Haizea.

—¡Ostras! Neka tenía razón: ¡a ti te gusta Haizea!

—¡Pues claro que me gusta Haizea! ¿Dónde te has metido las últimas dos semanas para no darte cuenta de eso? —Mi amigo baja la mirada y no hace falta que me diga que el halo místico que desprende Kat lo tiene completamente obnubilado.

—¿Qué hacéis aquí de cháchara? —pregunta Mamady, saliendo de los baños.

—Alex acaba de besar a Haizea —me delata Blanqui.

—¡Joder, ya era hora! Me estaba cansando de ver tanto humo y que nadie apagara el incendio

—responde mi amigo sin mostrar demasiada sorpresa.

—Tanto no se me notará, porque Blanqui se acaba de enterar ahora... —me defiendo.

—Este vive en los mundos de Yupi, no cuenta —se burla Mamady.

—¿Se puede saber por qué me habéis dejado sola? —Esta vez es Kat quien pregunta.

—Alex y Haizea se han enrollado —resume Blanqui.

—¿Por qué no lo anuncias por megafonía y acabas antes? Sois la hostia, en serio...

—Tranquilo, si estamos en familia... —responde Mamady.

—¡Por todas las brujas! Ya era hora de que os liarais. Llevo años hablándole de ti a Ize. —Me alegra comprobar que no soy el único que no sabe de qué habla Kat, por cómo la miran mis amigos—. Soy bruja, ¿no te lo había dicho nadie?

20. Mi kriptonita

Haizea

Abro como puedo la puerta de mi estudio. Todos mis sentidos están en Alex; nuestras lenguas se entienden sin palabras. Me faltan manos para todo lo que quiero tocar... Empiezo por quitarle la capa y dejarla caer al suelo, a la que pronto le sigue la túnica de Rey Mago. Debajo lleva unos vaqueros y una camiseta de algodón marrón que le queda de infarto, pero sé por experiencia que está mucho más guapo sin nada... Me libero de su ropa, excepto de ese bóxer negro, que le permito llevar solo para prolongar un poco más este deseo que me está matando.

—Eres preciosa —gime en mi oído, desabrochando con premura mi sujetador para liberar mis pechos. En algún momento, se las ha ingeniado para deshacerse de mi disfraz de paje. Yo aún no sé cómo lo ha hecho.

—Y tú estás buenísimo —añado, mucho menos poética, pero es que todavía no me creo que este pedazo de hombre esté desnudo en mi piso y a mi merced—. Eres puro fuego.

—Porque tú eres mi gasolina —asegura, mordiéndome los labios.

No reprimo un gritito cuando me coge en volandas, cual damisela en apuros, y me lleva hasta el mismo sofá donde dejamos una historia pendiente hace unos días. Incapaz de frenar la curiosidad, mis manos se van derechas a la potente erección que contiene su bóxer, perdiéndose en su interior para deleitarse en la firmeza de su miembro. Mi amante gime al sentir mi mano deslizándose de arriba abajo para complacerle mientras con la otra acaricio ese cabello ondulado que me vuelve loca.

Sus gemidos se ahogan en mi boca, mezclándose su aliento con el mío. Me muerde y desciende con sus besos por mi cuerpo, haciendo su primera parada en mis pechos erectos y deseosos de sus caricias. Me arranca un suspiro cuando su lengua se entretiene en mis pezones, siguiendo su ruta por mi estómago, mi ombligo y finalmente... Mantiene el contacto visual mientras me baja las braguitas con los dientes, torturándome al pasear su lengua por mi monte de Venus, para después negarme su contacto cuando se aleja por mis piernas. Yo ya no puedo tocarlo. Ahora Alex lleva el control de nuestro placer y es él quien decide cómo y dónde. Retoma

su ascenso con su lengua por mi cuerpo hasta mi pubis. Su mirada esconde una amenaza, que estoy deseando que cumpla, y me provoca tanto como sus caricias. Se detiene en mis pliegues, me saborea y, después, se hunde en mi interior. Me retuerzo, aprieto los muslos para impedir que siga torturándome de este modo, presa de la locura, pero él vuelve a separarlas para perderse en mis profundidades. Arqueo la espalda, gimo, grito. Me agarro de su pelo y tiro con fuerza hacia mí. Me está matando con sus armas. No quiero que pare. No quiero que este momento acabe nunca. Le aprisiono con las piernas cuando llego al orgasmo; pero no es suficiente... Quiero más. Lo quiero todo de él. Deseo saborearlo, necesito sentirlo dentro derramándose por mí, anhelo fusionarme con su piel. Pienso en devolverle el favor, ansiosa por descubrir a qué sabe su cuerpo, pero él me frena con sus besos y me ruega en un susurro:

—Tal vez después... No puedo esperar para estar dentro de ti, Ize. Llevo demasiado tiempo deseándote.

Su cuerpo resulta aún más impresionante cuando lo veo encima de mí sujetándose sobre los brazos para no aplastarme. Sus músculos se tensan. Exhalo un suspiro cuando lo siento abrirse paso entre mis muslos, llenándose de él. Elevo las caderas y lo rodeo con mis piernas, invitándole a llegar más adentro, a fundirse conmigo, a convertirnos en un solo ser. Acompaña sus embestidas con dulces besos, que humedecen mis labios con la misma calidez con la que la espuma de las olas abraza a la arena de la playa. Nuestras respiraciones se entremezclan. Somos todo suspiros, caricias y locura. Ganas de complacernos. Sus latidos se aceleran, los míos no tardan en seguirle. Siento las palpitaciones en mi interior que indican que mi amante está a punto de rendirse. Sus gemidos se pierden en mi garganta, entre los miles de besos que nos hemos dado, y yo me abandono a sus roces y al segundo orgasmo de la noche. ¿Cómo demonios lo hace para excitarme tanto?

—Me vuelves loco —confiesa en mi oído, justo antes de caer exhausto en el colchón—. ¿Por qué has tardado tanto en aparecer en mi vida, Haizea?

—Apuesto a que lo último que pensaste la noche que nos conocimos es que, unos meses después, acabaría metido en tu cama...

Alex está tumbado bocabajo en mi cama. Tiene algo de hipnótico verlo desnudo, es como si tuviera un hechizo tatuado a base de pecas en la piel. Su trasero es toda una obra de arte. Ahora ya entiendo por qué se le marcan así los vaqueros...

—A decir verdad, no lo hubiera descartado —confieso. Su mirada me busca pidiendo explicaciones—. Me llamaron la atención tus ojos, tu pelo, tus manos grandes y tu voz.

—¿Te llamaron la atención mis manos y mi voz? —repite incrédulo.

—Sí, y no me equivocaba contigo... Ya he comprobado lo que puedes lograr con esas manos... Aún me estoy reponiendo del último orgasmo.

—No me cambies de tema, ¿qué es eso de que te gustó mi voz? ¿Quién diablos se fija en esas cosas?

—¡Yo me fijo! Tienes una de esas voces mojabragas. —Se ríe con mi comentario, preguntándome qué significa eso—. Pensé que eras un capullo, pero me daba igual con tal de que siguieras hablando. Sonabas demasiado seductor.

—Este es el piropo más raro que me han hecho nunca. Yo soy menos retorcido... Me fijé en tu mirada, en tus labios y en tus tetas; no necesariamente en ese orden... Recuerdo que llevabas un vestido de flores que te hacía un cuerpazo... —«Y yo pensando que me hacía gorda»—. En Nochebuena terminaste de volverme loco y ya, cuando fuimos a El Bolao..., ¡buff! Todo lo que podía pensar era en arrancarte ese top; hubiera encontrado el modo de pillarte a solas en casa, pero te largaste sin despedirte y...

—Así que por eso estabas todo el rato tan... «contento», a pesar de que el agua estaba helada.

—Y bien que te fijaste, por lo que veo...

—Digamos que «tu voz y tus manos» no fueron precisamente los atributos en los que más reparé aquel día... No he podido pensar en otra cosa desde entonces. —Le provoco también con mis caricias por debajo de las sábanas, en busca de otra sesión de sexo desenfrenado.

—Y yo diría que sigues pensando en lo mismo... —asegura él, metiendo sus dedos en mi interior y comprobando que yo también estoy lista para él.

Cuando se coloca de nuevo entre mis piernas, sé que podría hacer todo lo que me pidiera. Este hombre es mi kriptonita.

21. El mejor regalo de Reyes

—¿Seguro que tenemos que ir a casa de tu padre? ¿No podemos...? No sé, quedarnos todo el día en la cama, por ejemplo... —Alex remolonea y tira de mí para tumbarme sobre él. Me fascina el contraste de su pelo sobre mis sábanas blancas.

—Tenemos que ir a por los regalos —le recuerdo, aunque esta decisión me está costando a mí más que a él.

—Yo ya tengo mi regalo de Reyes aquí conmigo. No me hace falta nada más.

—Tu madre ha hecho roscón... ¿No quieres probar un pedacito?

—Yo solo quiero comerte a ti. —Consigue derretirme con sus labios y esos ojos que imprimen fuego en mi piel. Si seguimos por este camino, no vamos a llegar a tiempo para el *brunch*; ni para la cena...

—Vale, este es el plan: estamos un rato con ellos y esta noche continuamos lo que estábamos haciendo, ¿qué te parece? —propongo.

—Suena bien. Yo me iré pronto, tengo que redactar unos informes para el centro, lo he dejado todo para última hora con lo del hospital... Pero puedo preparar algo rico en mi piso, te mando la dirección y, cuando quieras, te vienes. ¿Qué te parece?

—Sí a todo. —Negociar con Alex encima de mí, y desnudo, es complicado—. ¿Y Blanqui?

—Blanqui está en Santander. No creo que vuelva hasta mañana.

—Perfecto, porque yo también tengo que corregir exámenes. Podemos trabajar un par de horas y después...

—Veremos cómo acaba eso de trabajar juntos... No prometo tener las manos quietas.

Me mira con tanto deseo que me enciendo como un árbol de Navidad. Y hablando de árboles...

—¿Se te ocurre alguna idea para sacar ese pedazo de abeto de mi salón?

—Supongo que no tienes un hacha, ¿verdad? —Le miro horrorizada—. Me lo temía, vamos a tener que cometer un arbolicidio con el cuchillo jamonero.

—¡Madre del amor hermoso! Si te viera tu abuelo con esa barba... —Ana Mari tiene una manera muy peculiar de saludar a su hijo—. Y yo que estaba contenta de que al fin te hubieras cortado las greñas, ¡ahora me vienes con estas!

—Tú recuerdas que ayer estuve haciendo de rey Gaspar, ¿verdad? Te suena de algo esta historia... —protesta él.

—Tú lo has dicho: ayer. Has tenido tiempo más que de sobra para afeitarte antes de venir a ver a tu madre.

Alex suspira resignado, dejándola por imposible. La verdad es que yo lo encuentro tan guapo con su habitual barba incipiente como con esta más espesa. Contengo mi sonrisa y esquivo su mirada por miedo a que se noten los fuegos artificiales que salen de la mía. Hemos venido por separado para no levantar sospechas; además, Alex tenía que pasar por casa para cambiarse. Mi chico sin etiqueta me saluda con un abrazo que pretende ser frío, pero eriza mi piel al instante. Que me acaricie el trasero cuando nadie mira tampoco está ayudando...

—Deja al chico en paz, que está muy guapo —le defiende mi padre, dándole una palmada en el hombro a modo saludo—. Ya me gustaría a mí que mi hija encontrara algún día un hombre como tu Alex.

—¿No te vale el original, *aita*? Creo que aún está soltero —le devuelvo la provocación para no levantar sospechas, sin entender la finalidad del comentario.

—Pues ahora que os veo juntos... Serías una buena nuera, eres la primera que se involucra en sus causas sociales. —Que sea su madre quien dice eso me mosquea.

Busco a Alex con la mirada, que se está haciendo la misma pregunta que yo. ¿Cómo es posible? ¿Nos habrán visto besándonos? Discretos, lo que se dice discretos, no es que hayamos sido...

—Entonces, ayer acabó bien la cosa, ¿no? Por fin, después de tantas tardes juntos...

Alex se atraganta con el café. Yo miro a Ana Mari sin saber de qué estamos hablando ahora. ¿Por qué tengo la sensación de que el día va a ser una sucesión de frases con doble sentido? O tal vez seamos nosotros, que llevamos la palabra *culpables* tatuada en el rostro.

—¿De qué estamos hablando, mamá?

—¡De qué va a ser, hijo! De la Noche de Reyes. Después del chasco que te llevaste en Nochebuena, estaba preocupada por que algo pudiera salirte mal.

—Ya, eso..., eh... —Alex ha cortocircuitado. Pretender que no pasa nada va a ser más difícil de lo que pensábamos. Por suerte, pronto recupera el hilo de la conversación y sigue hablando—: Salió todo perfecto, la carita que tenían esos niños fue indescriptible y los padres estaban superagradecidos. Fue una experiencia muy bonita.

No puedo ver la escena desde fuera, aunque el brillo en su mirada cuando me mira y sonrío deja en evidencia muchas cosas, aparte de que nunca le darían un Goya al mejor actor. Y creo que su madre se está oliendo algo, por el modo en que nos observa cuando su mano se apoya en mi muslo por debajo de la mesa. Me pregunto cuánto tardará Alex en contarle que nos hemos

acostado, teniendo en cuenta la relación tan cercana que tienen. El pensamiento me da vértigo, lo vuelve todo demasiado... real. Y sé que no estamos haciendo nada malo, pero mis experiencias pasadas me han vuelto una insegura en temas del corazón. No quiero que nada estropee lo que tengo con Alex, aunque para ello tenga que convertirlo en mi mayor secreto.

—¿Vas a repetir, entonces, Haizea? —me pregunta Ana Mari. Me he perdido parte de la conversación; por suerte, ella no tarda en explicármelo—. Alex siempre tiene algún proyecto en el hospital o con alguna asociación benéfica. En carnavales hacen un concurso de disfraces caseros, con taller de tatuajes, minidisco, torrijas...

—Mamá, no me la agobies —pide Alex, consciente de que me he quedado en trance.

—No sé, hacéis tan buen equipo que... yo solo os doy ideas —se excusa ella.

El resto de la tarde transcurre en una relativa calma paseando por el centro de la ciudad. A eso de las cinco, Alex anuncia que se tiene que ir y yo decido quedarme un poco más con los tortolitos para que no cante mucho.

—Hemos sobrevivido —me susurra con su abrazo de despedida—. Y diría que tengo la aprobación de tu padre..., por si algún día decido pedirle tu mano con mi corcel blanco.

—Viendo que aún usas el discman, te veo capaz de ello.

—También tengo un *walkman*... —confiesa, dándome un beso casto en la frente—. Te veo a las ocho, preciosa.

22. El secreto de la Santina

Con Alex todo es tan fácil que me asusta. Han pasado diez semanas desde ese primer beso, y no hay un solo día en el que no compartamos al menos unas horas juntos. Ya me he acostumbrado a tener sus informes de trabajo esparcidos en mi mesa del salón y su cepillo de dientes en mi baño, y no son pocas las noches que acabo cenando y viendo una peli en su casa, con Blanqui y Kat en el sofá contiguo. Y yo, que era de las que hacen lo mismo cada fin de semana, he descubierto a su lado que hay vida más allá de los bares que siempre frecuentaba en Bilbao. Hay magia en los valles de Asturias, miles de olores diferentes en las montañas cántabras, tradición en los pueblos vascos... Tantos años viviendo en el paraíso y nunca me había dado por descubrir los lugares tan maravillosos que esconde el Cantábrico.

Aunque Kat y yo ya somos dos más en su grupo de amigos, integrarlos a ellos en la cuadrilla está siendo otra historia... Mi amiga me ha confiado que los chicos han tenido un encontronazo con Eka, del que Alex no ha mencionado palabra, supongo que para no enemistarme con el que ha sido mi mejor amigo hasta la fecha. Veremos cómo acaba esto...

Mientras Alex termina de prepararse esos mejunjes proteínicos que desayuna cada mañana y me habla de sus primos de Asturias, yo me pierdo embobada en la armonía de ese cuerpo que hace unos instantes estaba meciéndose encima del mío. Es tan atractivo que marea un poco mirarlo.

—Y todo este rollo que te estoy soltando viene a que me estaba preguntando si te apetecería venir conmigo.

—¿A Asturias? —inquiero. Él asiente con la cabeza, sentándose en la mesa con su despliegue de cosas saludables—. ¿Este fin de semana? ¿Con tus primos?

No quiero decirle lo que realmente me preocupa. Aunque no tenga ningún sentido para una persona coherente, después de que Kat haya acertado con su visión de Alex en un hospital, yo sigo dándole vueltas a esa estúpida maldición que hace acto de presencia cada vez que uno de mis ligues conoce a mi familia... ¿Pasara lo mismo a la inversa, cuando él me integre en la suya? Además, aún no les hemos contado nada a nuestros respectivos progenitores... Conocer a sus primos sería la manera más rápida de que se enterara todo el mundo de nuestro idilio.

—Si tienes algo mejor que hacer, lo entiendo. Ha sido un poco precipitado —recula.

—En realidad, no... Eka quiere que quedemos, pero aún no hemos concretado nada. —Alex desvía la mirada sin pronunciarse al respecto, lo que me hace ver que lo que me contó Kat podría ser cierto—. ¿A qué viene esa cara?

—¿Qué cara? Si quieres quedar con tu amiguito, yo no soy quién para impedirlo.

—Te cae fatal, ¿verdad?

—Bueno, al hecho de que tú misma me confesaste que has estado perdidamente enamorada de él toda tu vida, y yo no quiero ser tu premio de consolación, podemos sumarle que no conozco a nadie que sepa tantos chistes de vascos y cántabros como él. Nos sugirió a Blanqui y a mí que nos buscáramos los ligues más allá de Castro Urdiales... Y lo dijo como si Castro no perteneciera a Cantabria, ¡el muy imbécil!

—Menudo hipócrita... En la universidad le encantaba hacer turismo sexual por Cantabria —recuerdo, reconociendo en sus palabras la actitud de Eka de las últimas semanas. Está rarísimo—. Y que sepas que tú no eres mi premio de consolación..., me ha tocado el gordo contigo.

—¿Quiere decir eso que te vienes conmigo a Cangas?

—Y al fin del mundo si me lo pides así, sin camiseta...

¡Oh, no! Esa sonrisa traviesa otra vez no... Otro día que llego tarde al instituto.

Apenas me da tiempo a aprenderme los nombres de sus primos antes de empezar con la ruta que tienen preparada. Alex me cuenta que Cova y Orión son hermanos; Cova está casada con Bras y tienen dos hijos, que les han encasquetado a sus abuelos este fin de semana. Y Orión está viviendo una segunda oportunidad con su novia de toda la vida.

La primera actividad del día es el descenso del Sella desde Arriendas. Nos ponemos los neoprenos y el chaleco, y los coordinadores nos asignan una canoa por pareja. Una mueca de decepción se instala en mi cara cuando Alex comienza a ponerse el buzo.

—¿Tú no eras nudista? El descenso iba a ser mucho más divertido sin ropa...

—¿Estás loca? ¿Cómo voy a hacer piragüismo en pelotas delante de mis primos? —Se escandaliza—. Además, no creo que me funcione nada en esta agua..., ¡está helada! Nada que ver con el Cantábrico...

—Ya, ya..., hay tanta diferencia de temperatura entre las aguas de Cantabria y las de Asturias... —me burlo, pegándole suave con el remo, pues para mí las aguas de todo el norte de España son un puñetero congelador—. Tú te lo pierdes, se me habían ocurrido un montón de cosas que podríamos hacer en esa canoa...

—¿Sabes? Acabo de darme cuenta de que no recuerdo bien la ruta. Es posible que nos perdamos... —Sus manos rodean mi cintura y me busca con sus besos.

—Es un río, tortolitos: solo hay una dirección. No cuela —interrumpe Orión, que ha estado

pendiente de nuestro flirteo—. Seguro que podéis esperar a llegar a casa.

El tímido sol de abril no calienta, pero llena de color un trayecto de casi cuatro horas a través de valles y pueblos de ensueño. El paisaje me extasía, es como si estuviéramos dentro de un cuadro impresionista. Los olores que percibo a mi paso, los sabores de la sidra y de los dulces que su prima Cova, que es pastelera, nos ha traído para recargarnos de energía... La velocidad del río hace que la actividad no sea demasiado dura, aunque estoy tan poco acostumbrada a este tipo de planes que, cuando llegamos al restaurante de Ribadesella, me quedo dormida en la silla por un tiempo indefinido, convirtiéndome en el blanco de todas las bromas fáciles. Tampoco ayuda que el camarero no pare de traernos culines de sidra...

A media tarde, proponen visitar a la Virgen de Covadonga. Siempre he vivido la fe de un modo muy personal y me he mantenido alejada de iglesias y actos religiosos, pero no quiero ser la nota discordante porque sé lo importante que es la Santina para el bando asturiano; de hecho, la prima de Alex lleva orgullosamente su nombre porque su madre está convencida de que, si se quedó embarazada, fue gracias a ella.

—¿Tú también crees en los milagros de la Virgen? —le pregunto a Alex cuando estamos solos en su coche. Se hace el remolón, mirando para otro lado, aunque ni así logra opacar esa sonrisa—. ¡No me lo puedo creer! El mismo tipo que se ríe de Kat por sus chorradas místicas cree en los milagros de la religión católica.

—¡No exactamente! —se defiende—. Creo que hay... *algo*. Llámalo magia, llámalo religión, fuerzas de la naturaleza..., lo que quieras. A veces ocurren cosas que no podemos explicar, sobre todo, en estas tierras... Y la Santina no es una virgen cualquiera, aúna el encanto de las religiones paganas. No necesitas ser creyente para sentir su influjo.

—Ajá —me burlo, acusándolo—. Entonces, sí crees en la Santina.

—Hasta ahora, nunca me ha defraudado. Y que estemos hoy aquí es prueba de ello...

—¿De qué hablas?

—Ya te lo explicaré algún día... Hemos llegado a nuestro destino.

Tal vez aquel lugar sea lo último que esperaba encontrarme cuando hablaban de visitar el santuario de una virgen. Tan pronto me bajo del coche, siento una energía extraña que lo envuelve todo. ¿Tendrá algo que ver la densa neblina que baña el valle, o tal vez sea la perseverancia de don Pelayo, que aún sigue tan presente? El juego de verdes de los Picos de Europa, en contraste con ese tono ambarino que tienen las piedras de la basílica, es todo un festín para la vista.

Accedemos a la Santa Cueva a través de los ciento cinco escalones que componen la Escalera de las Promesas. Mis acompañantes se han hecho con velas en la tienda de recuerdos y van ascendiendo en un silencio sepulcral, mostrando lo importante que es para ellos esa peregrinación anual donde intercambian un puñado de promesas por sus deseos más íntimos. Aunque me mantengo escéptica, me uno al acto de encender la vela y probar mi suerte. No tengo mucho más que pedirle a la vida aparte de ser feliz y, ahora mismo, lo soy con creces; así que le

doy las gracias a la Virgen, por si de verdad ella ha tenido algo que ver en que Alex esté en mi vida... Yo ya no me burlo de las creencias de nadie.

—Ven, que te voy a mostrar uno de los secretos que mejor guarda la Santina. —Acompaño a Cova escaleras abajo hasta un caminito empedrado que hay oculto en un lateral de la cascada—. Es la fuente de los siete caños. La leyenda dice que, si bebes de todos ellos sin respirar, te casarás con tu amado. Sé que eres agnóstica, pero el agua está igualmente deliciosa.

No sé si está poniendo a prueba mis intenciones con su primo o solo quiere ser mi confidente, pero no lo dudo un instante y me lanzo a beber de esas aguas sagradas. Cuando regresamos con el grupo, Ori me mira con una expresión divertida y, dirigiéndose a su primo, dice: «Alex, la moza bebióse la fuente entera. Vas a tener que ir buscando un anillo».

Tras la cena, cae un diluvio universal y nos refugiamos en el salón de la casa rural, donde bebemos crema de orujo asturiana y jugamos juegos de mesa al calor de la chimenea. A eso de las tres de la mañana, todos se retiran a sus habitaciones. Nosotros nos quedamos disfrutando del fuego y de una sesión de confesiones y arrumacos en el sofá.

Del tenue hilo musical sale una versión de *More Than Words* interpretada por Music Travel Love. Hay algo en ese silencio que me relaja, en el sonido de la lluvia y el viento golpeando los cristales. Siempre he odiado las tardes de lluvia porque me impedían disfrutar de los planes al aire libre; pero, estando en este sofá con Alex, escuchando el crepitar del fuego y el ulular de los búhos en el tejado, la lluvia me parece una bendición.

—Así que bebiste de la fuente... —comienza con esa voz grave que consigue que mis bragas se bajen por voluntad propia—. Uno no juega con los deseos que le pide a la Santina. Esas cosas aquí se toman muy en serio, ¿sabes? Voy a tener que hacer algo al respecto...

—Vaya, siento que te veas obligado a cumplir las voluntades de una fuente —me burlo.

—¿Bromeas? Al paso que vamos, en unos meses estaré pidiéndotelo por voluntad propia. No sé qué me has hecho... Y luego dices que no crees en la magia, ¿cómo le llamas tú a esto? —Sus labios se pierden en mi cuello, alterando todas mis células.

—Tú tampoco crees en ella...

—No creo en las chorradas de Kat, que es distinto —corrige, pagado de sí mismo. Yo tiemblo, temiendo las consecuencias de sus palabras, pues tengo sentimientos encontrados con las predicciones de mi amiga.

—Nunca me habías dicho que querías casarte... —observo.

—¿Te decepciona?

—No, ni siquiera me sorprende tanto... Sé que eres muy familiar.

—Y... —Hace una pausa, entrelazando sus dedos con los míos—. ¿Me dirías que sí? No ahora, por supuesto, sino..., no sé..., más adelante... Algún día.

—¿No eras tú el que odiaba los *spoilers*? —Le golpeo con un cojín, que espero sirva para cambiar de tema.

—Está bien, está bien... Ya sé que vamos a distintos ritmos. Prometo que no seré el primero en decir «te quiero».

—¡Pero si acabas de hacerlo! —Mi protesta se ahoga en sus labios, al igual que mi risa—. ¿Cómo consigues ser siempre tan espontáneo? Es como si no te diera miedo lo que los demás pensáramos de ti. Vives todo tan intensamente que a veces... me abrumas.

—¿Por qué no debería hacerlo? La gente se complica sin necesidad con cosas que deberían ser más simples. Como enamorarse. Es algo natural... Me encanta estar contigo, me vuelves loco y estoy convencido de que tú también estás colada por mí, aunque te estés reprimiendo todo el rato sabe Dios por qué. —Tiene razón, aunque no le confieso que, si a duras penas lo sé yo, dudo que el de ahí arriba tenga mucho que decir al respecto.

—Hablando de Dios..., ¿qué le pediste a la Santina? Dijiste que se había cumplido.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos? —susurra, su voz perdiéndose en mi cuello cuando me besa—. Me gustaste. Y no hablo solo de que quisiera llevarte a la cama, que también; fue..., ¡no sé!, había algo en ti que me dejó aturdido. Nekane se dio cuenta y se puso superpesada con que tenía que llamarte, aprovechando que me habías dado tu número para el Bizum, pero a mí me pareció un poco obsesivo...

—Con esa voz, te habría dicho que sí a cualquier cosa que me hubieras propuesto —le pico—. ¿Pero qué tiene que ver eso con la Santina?

—Todos los veranos vengo con mis primos a hacer esta misma ruta. Nunca me han preocupado esas cosas, pero los veía a todos tan felices con sus parejas que... le pedí que me ayudara a mí también a encontrar a alguien. —Abro los ojos al oír sus palabras—. Quedé con otras mujeres, pero..., no sé, no me llenaban. Y, unas semanas después, volvimos a vernos en ese restaurante. Tenía que ser una señal. Te di mi número con la esperanza de que lo usaras, me daba igual si pagabas la cuenta o no, pero no me llamaste. Y cuando te vi en mi casa en Nochebuena fue como... Eras tú. Ya no cabía ninguna duda.

—Así que le pediste a una virgen que yo llegara a tu vida —resumo con cierta guasa.

—Y, como puedes ver, ella me escuchó. Te repito que en Asturias ocurren cosas que se escapan a mi comprensión. Algún día te contaré la historia de cómo se reconcilió Orión con su chica las Navidades pasadas, vas a flipar... —Hay algo en toda esta historia que me asusta porque le da más fuerza a la idea rocambolesca de que, si existen vírgenes que conceden deseos, también puede haber brujas que los nieguen—. Te estoy asustando, ¿verdad? —Niego con la cabeza, incapaz de compartir con él mis temores—. Estoy loco por ti, Haizea. Te has convertido en poco tiempo en una parte imprescindible de mi vida. Me llenas de luz y me generas paz mental. Mis amigos te adoran, mi madre cree que eres maravillosa, y eso que aún no sabe que eres mi novia.

—¿Soy tu novia? —Me incorporo como propulsada por un resorte. Estoy en *shock*.

—¿Me lo estás preguntando en serio? —Alex también se incorpora para mirarme con

sorpresa. Creo que lo he ofendido con mi pregunta—. No sé, es cierto que no lo hemos concretado aún, pero estamos todo el día juntos... Pensé que no necesitábamos una conversación para ponerle una etiqueta a lo nuestro. Yo he dado por hecho desde el principio que los dos queríamos lo mismo.

—Sí, sí, claro... Y me encanta cómo suena, es solo que tengo que acostumbrarme al hecho de que tengo *novio*. Sabes que nunca le he puesto esa etiqueta a nadie.

—Pues acostúmbrate rápido porque la etiqueta no va a durarte mucho tiempo —amenaza mordéndome los labios, sus manos se pierden dentro de mis vaqueros y comienza a masturbarme—. Te recuerdo que has bebido de la dichosa fuente.

Elevo las caderas para ayudarle a deshacerse de mis vaqueros mientras yo le quito la sudadera y la camisa. Su pelo y las pecas de su torso adquieren un enigmático tono cobrizo con los destellos del fuego. Contengo un quejido cuando le siento abriéndose paso entre mis piernas, penetrando mi cuerpo y mi alma como nadie lo ha hecho antes. Sus caricias imprimen promesas de futuro en mi piel. Y siento miedo. Miedo de que todo se vuelva real y Alex se evapore al llegar la mañana sin darme ninguna explicación. En solo unos meses se ha convertido en el centro de todo mi universo. En mi razón de existir. Aquel a quien el destino, un conjuro o la santa voluntad de una virgen, ha traído a mi vida para mostrarme lo que es la verdadera felicidad. Y no pienso perderle.

—Te quiero, Alex —susurro cuando el orgasmo nos alcanza y nuestros gritos se ahogan en un beso. Mi amante se incorpora y sonríe orgulloso. En sus ojos se dibujan un millón de estrellas.

—Te dije que no sería yo el primero en decirlo.

23. El hijo de la novia de papá

Alex

Hay un momento en la vida en el que lo que antes creías que te llenaba empieza a ser insuficiente. El mío llegó exactamente en mayo, cuando llevábamos ya cinco meses viéndonos a escondidas y poniendo excusas absurdas cuando Ander nos sorprendía juntos paseando por Bilbao. El morbo de las citas prohibidas fue reemplazado por inseguridad. Las ansias por volver a verla se transformaron en incertidumbre y falta de interés. Yo seguía enamorado de ella y ansioso por dar un paso más, al igual que hacían mi madre y Ander, quienes se habían ido a vivir juntos a Suances y se casaban en agosto. Pero nuestra incompatibilidad de ritmos estaba matando mis ilusiones. Hablar las cosas con ella era peor: Haizea siempre tenía una excusa lista que justificaba su comportamiento y me convencía por unas horas, hasta que las dudas volvían de nuevo. ¿A qué estaba jugando conmigo? ¿Por qué esa reticencia a contarle al mundo que estábamos juntos?

Sus hermanos descubrieron nuestro romance tras un fin de semana en Valencia que Haizea pasó con ellos, en los que cayeron varias jarras de sangría, y esta acabó confesando que se acostaba con «el hijo de la novia de papá». No supe cómo tomarme eso. Lo que para ella fue una anécdota desternillante, a mí me sonó a una simplificación de nuestra relación: básicamente, yo era su secreto, el tío con el que follaba cuando nadie miraba. Aquel con el que no se planteaba un futuro, y por eso lo escondía en el presente.

Un pequeño gesto llenó de nuevo el vaso de mis esperanzas y me hizo ver que, tal vez, estaba equivocado con ella. Después de un día intenso en el trabajo, decidí que necesitaba dormir en mi piso y compartir cena y cervezas con Blanquito, como en los viejos tiempos, algo que ya no solíamos hacer desde que Kat y Haizea habían irrumpido en nuestras vidas. Me encontré a mi amigo sentado en el sofá y mirando nervioso un televisor apagado.

—¿Estás bien? —pregunté dejando mis cosas sobre la mesa del salón.

—Tenemos que hablar, siéntate...

—Uy, esa es la frase que más miedo me da en este mundo, después de «tienes cáncer».

—En realidad, es algo bueno; es solo que... —Blanquito suspiró y escondió la cara entre las manos, nervioso.

—¡Vamos, hombre! No puede ser tan grave. ¡Suéltalo! De golpe, sin anestesia. ¿De qué se trata?

—Me voy a vivir con Kat. Igual te suena un poco precipitado, pero ya tenemos una edad y no podemos dormirmos en los laureles.

Le abracé, ¿qué otra cosa podría hacer? Me alegraba por él y porque tuviera una relación normal en la que comer con los suegros un domingo o irse a vivir juntos fuera un tema sobre la mesa de debate. ¿Quién iba a decirnos que esa excursión al monte a la que apunté a mi madre hace un año cambiaría la vida de todos de este modo?

—¡Pero esto es fantástico! ¡Tenemos que celebrarlo! ¿Por qué tienes esa cara mustia?

—No, sé, ¡joder! Llevo todo el día pensando en ti.

—¿En mí? —pregunto perplejo.

—¡Claro! Llevamos viviendo juntos... ¿Cuántos? ¿Quince años?

—Dieciocho, si contamos el estudio que compartimos en Txurdinaga. Por mí no te preocupes, Blanqui, yo sabía que algún día llegaría este día y mi pequeñín se independizaría —le provoqué, como una madre llorando ante la partida de su vástago.

—¡Serás bobo! ¿Has pensado en hacer tú lo mismo con Ize? Parece que os va muy bien. Últimamente no te veo el pelo por casa.

—Bueno, es que Haizea lleva sus propios tiempos para todo. No quiero agobiarla.

—¿Ya estás otra vez dando cosas por hecho sin preguntarle? Deberías mirar ese *post-it* más a menudo.

El famoso *post-it* estaba en la corchera de mi habitación como un mantra, camuflado entre mis horarios de trabajo y otras cosas importantes. «“Deja que sean ellas quienes decidan si quieren o no estar contigo”. Cita célebre de Haizea Etxebarria».

La noche siguiente, cené en su casa y me senté en la mesa del salón a preparar un informe psicológico sobre un chaval un tanto conflictivo que había llegado al centro, mientras que ella corregía trabajos de fin de curso de sus estudiantes.

—Si yo fuera alumno tuyo, no aprobaría ni una —comencé, haciendo que levantara la vista de los trabajos para mirarme con curiosidad—. Me resulta imposible concentrarme cuando estás cerca. Ya estoy pensando en arrancarte ese vestido...

—Me temo que vas a tener que esperar, necesito corregir al menos la mitad de los trabajos antes del viernes.

—¿Te ha comentado Kat que se va a vivir con Felipe? —tanteé, dispuesto a hacer caso a mi amigo y a mi corazón en esto. Para buscarme piso por mi cuenta siempre tendría tiempo, al menos iba a darle la oportunidad de decidir si quería lo mismo que yo.

—Sí, algo me dijo... ¿Has decidido ya qué vas a hacer?

—No sé, supongo que empezaré a buscar algo en unos días..., aún no lo he pensado.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que necesites. —Su oferta me dejó un sabor agrí dulce.

—Si me quedo aquí, no me voy a querer ir después, así que mejor no lo ofrezcas.

—Pues no te vayas. —Nuestras miradas se encontraron en el aire y tragué saliva. ¿Me lo estaba proponiendo en serio? Emití una risita que delataba mis nervios y mis ganas.

—¿Tú estás segura de lo que acabas de decir? Porque me encanta la idea, pero tengo un montón de cosas y tu estudio se nos queda un poco pequeño... —«Más que nada, porque estás pensando en inseminarte y, aunque aún no lo hemos hablado, espero que me elijas a mí como padre antes que a un donante anónimo»—. Tal vez podríamos buscar otra cosa...

—¿Por qué no te instalas aquí unos meses y, si todo va bien, buscamos algo más adelante? —Sonaba demasiado bien. Solo había un problema...

—¿No crees que ha llegado el momento de contárselo a nuestros padres? Las cosas están empezando a ponerse serias, ya no somos un rollete de Navidad.

—Pensaba hacerlo antes de mi fiesta de cumpleaños, no quiero seguir escondiéndome cada vez que quiera besarte. ¿Te parece bien?

Mi respuesta llegó en forma de besos, caricias y un polvazo de esos que le dejan a uno con las cuencas de los ojos del revés. ¡Por fin estábamos en el mismo punto!

Pensar en la dichosa fiesta de cumpleaños me producía ardores. Todos los años celebraba una macrofiesta conjunta con ese gilipollas que dice ser su mejor amigo y, este año, el tipo se ha asegurado de que yo no pudiera estar en ella. Mi madre y yo teníamos todo organizado para ir a Budapest el tercer fin de semana de junio. ¿Y qué fin de semana había elegido Ekaitz para celebrarlo, a pesar de que su cumpleaños era varios días antes? ¡Bingo!

Por más que he sugerido que cambien la fecha, si el cumpleaños alega que no está disponible, los invitados ceden. Sinceramente, sigo sin comprender por qué aún lo celebran juntos. Es una amistad que no termino de entender. Al menos, la amiga mística está de mi lado en esto...

Igual estoy siendo un poco dramático, pero me he tomado aquel gesto como una prueba de amor que Haizea falló estrepitosamente. De algún modo, ella había tenido que elegir entre Eka y yo, y, por su respuesta, yo ahora tengo que escoger entre mi madre y ella. Aunque Haizea entiende que no vaya a estar en su fiesta de cumpleaños, a mí me jode el desenlace, para qué negarlo.

Ni que decir tiene que han pasado dos semanas de esa conversación y Haizea aún no ha encontrado el momento para contárselo a su padre. En serio, no sé dónde está el maldito problema..., pero estoy perdiendo la paciencia. Porque aquí estoy hoy, rodeado de mis cajas mezclándose con sus cosas y buscando un hueco en su diminuto armario para mis camisas y, en vez de sentirme feliz por ello, siento una extraña presión oprimiéndome el pecho.

Haizea me ha hecho un hueco en su armario, pero aún no ha sabido encontrarme un sitio en su vida.

24. Vacío existencial

Alex

No me reconozco. No sé qué ha sido del chico que siempre les quitaba importancia a los problemas y vivía cada día buscando ese pequeño detalle que lo llenara de felicidad. El amor a veces nos vuelve un poco miserables.

Instalarme con Haizea ha convertido mi vida en un remolino de cajas mal colocadas, sexo desenfrenado y promesas incumplidas..., porque hoy es su cumpleaños, el de verdad, y, cuando pienso que vamos a celebrarlo con su padre y mi madre como dos desconocidos, porque aún no ha tenido el valor de contarle lo nuestro, me arde todo. Las tentaciones de besarla delante de ellos y acabar con la tontería son demasiado fuertes, pero hemos llegado a un punto en que ya me da hasta igual... Vamos, que estoy hasta los cojones de la situación.

La copita de después cayó en casa, desnudos en el sofá mientras hacíamos el amor. Me abruma la intensidad de mis propias emociones. Cuando estoy dentro de ella, me vuelvo vulnerable, necesito más, y ese pensamiento lo llena todo de nada. Haizea se ha convertido en mi vacío existencial. No sé cómo voy a sobrevivir a cuatro días en Budapest con mi madre sin que se dé cuenta de que me está pasando algo.

—No puedo creerme que te vayas cuatro días enteros —gimotea Haizea. Sus dedos recorren mi pecho, dibujando constelaciones sobre mi piel al unir mis lunares. Me encanta cuando hace eso.

—Estoy seguro de que sobrevivirás sin mí —respondo un poco cortante.

—No lo tengas tan claro... —Sé que es una broma, pero me gusta cómo suena.

Y, ante la evidencia de que voy a volverme loco estos cuatro días sin ella, mientras disfruta de su fiesta con Ekaitz, decido ser honesto; que no le pille por sorpresa si algún día se me cruza el cable y lo mando todo a la mierda.

—Oye, Ize..., ¿crees que podría contarle lo nuestro a mi madre? Estoy harto de esconderme; al principio tenía su morbo, pero ya me estoy cansando de esta situación.

Su mirada en calma sirve para apartar de golpe todas mis dudas, aunque sé que no es la

primera vez que tenemos esta conversación en vano.

—¡Por supuesto! Y te juro que yo se lo contaré a mi padre en la fiesta. Le diré que estamos viviendo juntos y... No puede reprocharme nada. Al fin y al cabo, él tardó seis meses en contarnos lo de tu madre.

—¿Seguro? —tanteo. Ella asiente y mi corazón comienza a latir con fuerza. Toda la espera por fin se traduce en algo bueno—. ¿Te he dicho alguna vez que estoy loco por ti?

Y, con un simple detalle, consiguió que me fuera a Budapest con otra actitud a pesar de la maldita fiesta donde Eka la tendría en exclusiva para él solo todo el fin de semana.

Nunca he sido un tipo celoso, pero el jueves por la noche, mientras mi madre y yo recorremos el Danubio en un crucero nocturno, lo único que puedo pensar al ver el reflejo del Parlamento en el agua es en que yo no estaré allí con ella en su fiesta y el imbécil de Ekaitz sí. Estoy seguro de que aprovechará bien mi ausencia para ganar terreno. Decido confiar en su palabra, a pesar de que quedan menos de veinticuatro horas para el evento y aún no le ha contado a su padre lo nuestro, como me prometió.

—¿Estás bien, cariño? —Me giro para mirar a mi madre, que acaba de terminar una videollamada con Ander para compartir con él las vistas que tenemos desde el barco—. Te noto un poco apagadillo estos días...

—Solo estoy agobiado por mis cosas, ya sabes que el trabajo me absorbe demasiado.

—¿Seguro que solo es eso? —Cuando me mira así, sé que está usando sus superpoderes de madre para saber qué tengo en mente—. No sé, no dejo de preguntarme si es realmente aquí donde quieres estar ahora mismo...

—¿Dónde iba a estar mejor que de vacaciones con la mujer que me dio la vida? —pregunto sorprendido.

—No sé, en Bilbao, quizá... Mañana es la fiesta de Haizea. —Dejo escapar con fuerza el aire que he contenido en los pulmones y la miro sintiéndome culpable de un delito que he cometido—. No me mires así, cariño, que no estoy ciega. Ander un poquito más, pero tampoco es tonto...

—¿Desde cuándo lo sabéis?

—¿Que os gustáis? Desde que os vimos juntos en Nochebuena. Las miraditas que os echabais eran demasiado evidentes.

—Haizea y yo nos conocíamos de antes, aunque no éramos exactamente amigos... —le aclaro ante su mirada de sorpresa.

—Bueno, la actitud de las últimas semanas también nos ha dado alguna pista... Lo de compartir postre y marcharos juntos después, o pellizcarle el culo en la barra cuando vais a pagar... No es el comportamiento normal de dos desconocidos que se juntan únicamente porque sus padres tienen una relación. No sé por qué os está costando tanto decirnos que tenéis una

aventura, somos todos mayorcitos.

—No es solo una aventura, mamá... —Me niego a seguir ocultándome—. Estamos viviendo juntos. Y estoy loco por ella..., o lo estaba.

—¿Ya estáis viviendo juntos y ni siquiera nos habíais contado que estabais saliendo? ¿Desde cuándo no confías en tu madre? ¿Y qué ha sido de Felipe, sigue con la chica esa?

—Sí, ellos también se fueron a vivir juntos. Y que conste que no es que no confíe en ti, es ella quien siempre está poniendo excusas. Al principio, quería asegurarse de que no era solo sexo antes de contarle nada a su familia; ahora... Me ha prometido hablar con Ander este fin de semana, pero... En fin, ¿qué opinas al respecto?

—¿Yo? Yo no tengo nada que opinar, hijo... Solo quiero que tú seas feliz, y nunca antes te había visto sonreír tanto. —Últimamente mis sonrisas se habían visto eclipsadas por las dudas—. ¿Qué hacemos aquí, entonces? ¡Venga! Ponte a buscar vuelos.

—El único vuelo que nos cuadra sale mañana por la mañana a Santander... Ya lo he mirado.

—¡Pues resérvalo! Aún llegamos a esa fiesta si nos lo proponemos.

25. Los cuarenta son los nuevos treinta

Haizea

No falta detalle. Hemos instalado una carpa en la Playa de Sopelana, cerca de Getxo, con un chiringuito *chill out* improvisado donde no faltan ni comida, ni bebida, ni pista de baile. Todos mis amigos están aquí, los de mis dos mundos: por un lado, la cuadrilla, y, por el otro, Felipe, Mamady y Nekane con sus retoños. Mis dos hermanos también han venido a pasar el fin de semana, aunque han dejado a mis cuñadas en casa, ya que los vuelos estaban carísimos y vamos a juntarnos todos en agosto para la boda de *aita*. El único que falta es Alex, y me siento culpable por ello: tenía que haberme negado a celebrar la fiesta este fin de semana y obligado a Eka a que buscara otra fecha, pero, como siempre, todo el mundo le bailó el agua y cambió sus planes para amoldarse a él.

A pesar de lo unidos que hemos estado desde niños, es evidente que algo ha cambiado. En vez de estar celebrándolo juntos, él está con «su gente» y yo no me despego de mis hermanos o de Kat. Mi zona de confort. Sus continuas malas caras o contestaciones a Alex, de las que soy plenamente consciente, han provocado un par de encontronazos entre nosotros que han derivado en que nuestra amistad haga aguas.

Todo el mundo se está divirtiendo, bailando desinhibidos en este glorioso día de mediados de junio. Mientras me pongo al día con mis hermanos, alguien me toca en la espalda y me obliga a girarme. Mi sonrisa se evapora al instante al ver al otro cumpleañosero acercándose a mí con esa expresión seductora en el rostro que antes solía funcionarle tan bien.

—¡Cumpleañera! Llevo toda la tarde esperando pillarte sola, pero estás muy solicitada...

—Igual que tú, es lo que tiene ser la anfitriona de la fiesta.

—Tengo algo para ti, ¿vienes?

Eka no espera una respuesta: me quita la copa, se la entrega a Haritz y tira de mi brazo para llevarme con él. Mi hermano niega con la cabeza. Sus años como golfo han hecho del mediano de los Etxebarria el más espabilado de los tres en temas de amor y sabe que Eka no tiene buenas intenciones. Idiota de mí que lo consiento. Pero se trata de él... Hemos sido amigos toda la vida y

nunca me ha dado razones para desconfiar. Es solo que últimamente está... diferente.

—¿A dónde vamos? Me tienes intrigada. —Eka se detiene detrás de una caseta de surf, que nos brinda intimidad, y se sitúa frente a mí, nervioso—. ¿Qué hacemos aquí, Eka?

—Quería darte tu regalo de cumpleaños... En realidad, es un regalo para los dos. Un regalo de vida que espero que nos dure para siempre.

No lo veo venir. Su discurso debería haber sido suficiente para que yo echara a correr y me alejara de allí, pero a veces soy una crédula. Sus manos en mi cintura me aprisionan contra su cuerpo en un beso violento del que intento zafarme sin mucho éxito. El olor a cerveza de su aliento me resulta nauseabundo. No sé cuánto tiempo tardo en apartarlo de mí, pues su acometida me parece que dura una eternidad. Y me siento sucia, asqueada, como si hubiera hecho algo malo, a pesar de que yo no tengo la culpa de nada.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?

—*Asko maite zaitut* —se declara en euskera. Asco es lo que él me da a mí—. Puede que me haya costado un poco darme cuenta de que eres la mujer de mi vida, pero no estoy dispuesto a perderte. Cada vez que pienso en todos mis momentos felices, en los malos, en quién ha estado ahí apoyándome..., siempre te veo a ti, Ize. Eres mi musa en las noches de insomnio —afirma, sujetando mi cara entre sus manos para mirarme como un galán de telenovela—. Te amo como nunca he logrado querer a ninguna otra mujer.

—¡Guau! ¡Y mira que has tenido para escoger! —replico, apartándome de él—. ¡Eres un maldito egoísta! ¡Has tenido cuarenta años para hacer esto! Cuarenta años en los que te he estado esperando, soñando con que algún día me eligieras a mí. Y tú escoges el único momento de mi vida en el que me ves feliz con alguien. ¿Se puede ser más rastrero?

—¿De verdad eres feliz con el pecoso ese? ¡Si ni siquiera ha venido a tu fiesta!

—Sabes de sobra por qué no está aquí —le encaro, reprochándoselo.

—Cuestión de prioridades, Ize, y él ha marcado muy bien las tuyas. Y está claro que no eres tú. —Su argumento me resulta tan patético y absurdo que no me molesto en contradecirle—. Si tanto le quieres, ¿cómo es que aún tu padre no sabe nada?

—¿De verdad quieres saber por qué? ¡En parte es culpa tuya!

—¿Culpa mía? ¿Por lo que sientes por mí, te refieres?

—Lo único que siento es no haberte mandado antes a la mierda, Eka. Ni siquiera puedo culparte de mi inseguridad, he sido yo quien ha escogido vivir siempre a tu sombra, esperando que algún día te fijaras en mí. Y, cada vez que las cosas parecían marchar entre nosotros, me humillabas presentando a la cuadrilla a una nueva novia. Como cuando te fuiste de Erasmus a Italia, ¿recuerdas lo que me dijiste antes de irte? —Eka mira para otro lado, sabedor de cuáles fueron sus palabras.

—No puedes reprocharme lo que hice con veinte años...

—Me pediste que te esperara, me dijiste que estabas empezando a sentir algo por mí. Y, esas Navidades, regresaste a casa con una italiana con la que te casaste poco después. Fui el

hazmerreír de la cuadrilla. Por eso tengo siempre esta constante sensación de que Alex me va a hacer lo mismo, a pesar de que está loco por mí y me lo demuestra cada día.

—Ize, ya no soy el mismo que era en la universidad. Y a veces hay que perder las cosas para valorarlas.

—¡No me vendas frasecitas hechas! Yo sí sé lo que tengo y no pienso perderlo. Y no creo que podamos seguir siendo amigos si no eres capaz de alegrarte por que me vayan bien las cosas.

—¡No puedo alegrarme por ti cuando te deseo de este modo!

—¡Tú solo me deseas porque sabes que ya no puedes tenerme!

Eka quema todos los cartuchos antes de dejarme ir y me agarra de la mano con fuerza, soltándome un rollo sobre que él siempre supo que acabaríamos juntos y no se ha rendido conmigo. Le aparto de un empujón y camino de vuelta a la fiesta con un cabreo monumental, que se disipa de mi rostro tan pronto me acerco a mi grupo de amigos. ¡No me lo puedo creer! ¿Qué hace Alex aquí? A pesar de haber roto mi promesa de contárselo a mi padre, no puedo evitar tirarme a su cuello cuando lo veo, sin poder contener mi emoción. Está guapísimo, con una camisa verde de cuello mao y unos vaqueros entallados que le hacen un culo de infarto.

—¿Qué haces aquí?

—Sorpresa —dice desanimado—. No deberías ser tan efusiva en público. Tu padre anda cerca y me consta que aún no sabe nada de nuestra aventura.

—Me da igual, se lo pensaba contar hoy de todos modos... Ven, quiero que conozcas a alguien. —Le guio de la mano hasta donde están mis hermanos, que me sonríen de un modo travieso desde la lejanía; Alex está tenso y no demasiado sociable, me ha pedido que hablemos antes de presentarle a nadie, pero interpreto que solo son los nervios—. Ellos son Julen y Haritz. Chicos, él es Alex.

—¿Nos lo presentas en calidad de hermanastro o de cuñado? —se cachondea Haritz.

—¡De lo que os dé la gana, capullos! —Le pego picajosa, como cuando éramos niños. Mis hermanos le dan un abrazo amistoso a Alex y se presentan.

—¡Por fin! Ya teníamos ganas de conocerte después de todo lo que hemos oído hablar de ti —asegura Julen—. Te has ganado a mi padre y a mi hermana, y son dos huesos duros de roer.

—Es que «amor» se escribe con A... de Alex y Ana Mari —completa Haritz ingenioso.

—¿Cuántas cervezas lleváis ya vosotros dos? —pregunto, sorprendida por las bromas estúpidas de Zipi y Zape.

—Solo estamos contentos de que por fin te hayas echado un novio normal, hermanita —asegura Haritz, haciendo a Alex cómplice de mis dramas adolescentes—. Los dos que le hemos conocido hasta ahora la dejaron el mismo día que nos los presentó.

—¡Ay, sí! Lo recuerdo... —sigue Julen—. Ize se enfadó muchísimo con nosotros pensando que los habíamos espantado, pero su amiga Kat, que está un poco zumbada, se empeñó en que Ize era víctima de no sé qué maldición.

—¡Se me había olvidado la maldición! —ríe Haritz—. La de velas que quemamos para pedirle

perdón a esa vieja bruja. ¿Quién se cree que hubiera brujas en nuestra familia?

—Las brujas están en la familia de Kat, cateto; en la nuestra solo había golfas...

—Tampoco me cuadra, Ize, si tú eres una bendita —asegura Haritz.

—Creo que estáis asustando a Alex... —observo divertida, al ver que mi novio está inusualmente callado, mirando el espectáculo como si no fuera con él.

—¿Podemos hablar? —suplica este, tirando de mi mano. Su mirada se ha teñido de un gris tristeza que me hace sospechar que algo no va bien. ¿Le habrá pasado algo en Budapest que no puede esperar a llegar a casa para contarme?

Caminamos hasta la orilla de la playa en un silencio incómodo, tan solo interrumpido por algún suspiro ansioso por su parte. Nos sentamos en la arena seca, mirando al mar. Me mosquea lo distante que parece, ni siquiera me ha abrazado o me ha dado un beso al verme, y su eterna sonrisa se ha negado a hacer acto de presencia.

—¿Qué tal la fiesta? —pregunta, mirándome de refilón.

—Rara... Ya te contaré con detalle en casa. ¿Y tú cómo estás? ¿Te lo has pasado bien en Budapest? Te noto algo... frío. Ni siquiera has saludado a mis hermanos...

—De eso quería hablarte... —Hace una pausa que me resulta más larga que las noches de invierno—. Igual nos hemos precipitado un poco con todo esto, no tengo claro que esta relación nos lleve a ninguna parte...

Me quedo paralizada al escuchar sus palabras, aunque pronto me río al entender que solo me está vacilando con la maldición, como si él también fuera a dejarme después de conocer a mis hermanos. Rectifico mis palabras: Alex sí podría ganar un Goya al mejor actor. ¡Voy a matarle por el mal rato que me ha hecho pasar!

—Casi me lo creo, idiota. —Le pego un golpe afectivo y le beso.

—Haizea... —comienza, apartándose muy serio. Algo en su semblante, en su mirada perdida, me hace saber que realmente me está dejando. Pero ¿por qué?

—¿Cómo que...? ¿Acaso he estado malinterpretándolo todo estos meses? Porque esta misma mañana, que hemos hablado por teléfono, me has estado diciendo lo mucho que me quieres, todos los proyectos que tienes conmigo... ¿Qué ha pasado de repente?

—¡Yo qué sé! Igual me he cansado de que no vayamos al mismo ritmo, o de vivir en un apartamento tan pequeño. Las paredes se me están echando encima.

—Dijimos que era algo temporal y que buscaríamos algo si las cosas funcionaban.

—Ya, pero es que no funcionan.

—¿Desde cuándo no funcionan, Alex? —le exijo, con el ceño fruncido.

—No sé, igual desde que estamos follando a escondidas porque no has sido capaz de contarle al mundo que tienes una relación conmigo. Me rindo, Haizea. Esta situación me está generando ansiedad y yo no soy así. Yo siempre estoy feliz, sin meterme con nadie, a mi bola... Creo que es mejor dejar las cosas ahora, antes de que nos hagamos daño.

—Me alegra saber que a ti esto no va a dolerte. ¿De verdad no tenías otro momento para

dejarme que en mi fiesta de cumpleaños?

—Lo siento, no tenía pensado hacer esto cuando llegué aquí, pero... sabes que fingir no es mi fuerte. Y llevo haciéndolo demasiado tiempo.

No añado nada más. ¿Para qué? La historia que me está contando carece de sentido. Esta misma mañana estaba como loco por verme y ha cogido un vuelo para estar en mi fiesta. Él mismo reconoce que no había planeado esto. Solo se me ocurre una explicación... y no tiene ninguna lógica, pero acojona. Acojona mucho.

Regreso a la fiesta y me aseguro de que mi vaso no esté vacío ni una sola vez esta tarde. No pienso llorar a pesar de que me he roto por dentro. Alex no me sigue y tampoco lo veo más en la fiesta, supongo que su presencia ya no tiene sentido aquí.

—Nos gusta —asegura Julen, acercándose por detrás y pegándome un susto de muerte. Me giro para ver que mi otro hermano también está ahí, con una sonrisa triste en el rostro.

—Pues no os encariñéis mucho con él porque hemos roto. Acaba de dejarme.

—¿Dónde está Kat? —Haritz trata de localizar con la mirada a mi amiga entre la multitud.

—¿Para qué quieres a Kat tú ahora? —pregunto sorprendida.

—¡Seguro que ella sabe cómo romper la maldición!

—Tenéis que dejar la cerveza —aseguro, quitándoles las copas y dejándolas sobre la mesa. Me sorprende comprobar que Julen solo está bebiendo té helado.

—Mi novia acaba de dejarme por mensaje —confiesa Haritz, mostrándome la pantalla de su móvil. No entiendo nada. Acaban de comprarse un piso juntos—. Justo después de que nos cachondeáramos de Kat y su tataratatarabuela. Dice que no sabe qué le pasa, pero que en estos días sin verme se ha dado cuenta de que no es feliz conmigo. ¿Cómo te explicas esto, Ize? ¡Ha sido esa puta bruja prehistórica que aún nos tiene tirria porque nuestra antepasada estaba más buena que ella!

—¡Allí está la bruja Kat! —señala Julen, tirando de nosotros hacia mi amiga.

—En serio, ¿qué vais a hacer? ¿Quemarla en la hoguera? —pregunto asustada.

—Solo vamos a obligarle a que rompa el hechizo —asegura Julen.

26. Noche de brujas

—¡Joder, Kat! ¿Podrías leer más rápido? ¿Qué dicen los malditos diarios? —Haritz se muestra impaciente mientras mi amiga repasa con nerviosismo las páginas aviejas de un cuaderno, que ella asegura que está elaborado con piel humana. Conociendo cómo se las gastaban sus antepasadas, yo ya no dudo de nada...

—¡Me estás poniendo nerviosa, Haritz! —Kat le aparta de sus reliquias familiares—. No hay nada que yo pueda hacer por vosotros. Os habéis reído del pasado y ahora tenéis que lidiar con las consecuencias.

Entre los dos han traído a Kat casi a rastras hasta la vieja casa familiar que sus padres aún conservan en Zugarramurdi, cerca de la frontera de San Sebastián con Francia. Estaban tan nerviosos por llegar que Julen —el único de los cuatro que no ha bebido—, ha reducido un trayecto de más de dos horas a escasa una y media, y yo estoy a punto de vomitar. A nadie le extrañó que la anfitriona saliera huyendo de su propia fiesta, pues, desde que estaba con Alex, eran raras las veces que me juntaba con la cuadrilla. Diferente fue justificarlo ante mi padre, quien tenía la esperanza de juntarnos a todos para la cena y había visto como Alex se largaba sin darle explicaciones a nadie, y nosotros tres habíamos salido como alma que lleva el diablo, secuestrando a Kat en el camino.

—Tiene que haber un modo de romper esa estúpida maldición... —insiste Julen.

—Os he dicho mil veces que la maldición solo puede romperla el elegido. Tal vez Alex y Eva no sean las personas destinadas a ello... —sugiere mi amiga. Haritz se la va a comer viva como siga por ahí...

—¡No me jodas, Katrin! ¡Eva y yo llevamos quince años juntos! —Haritz pierde la paciencia—. Y Alex ha comprado un vuelo a última hora solo para estar con Ize en su fiesta. ¿De verdad te cuadra que la haya dejado así, sin más?

Kat recapacita un momento, sintiéndose cohibida por el clan Etxebarria, que la estamos mirando con ojos suplicantes. Bueno, los míos son más bien de borracha resentida...

—Está bien, hay algo que podemos probar... Pero tenéis que prometerme que no os vais a reír. Debéis tomaros esto muy en serio o provocaréis la ira de las brujas.

—Esto promete... —susurro un tanto escéptica. No me puedo creer que me toque a mí ser la coherente del grupo—. Yo paso. Prefiero hacer las cosas por el método tradicional y hablar con Alex cuando llegue a casa. Seguro que lo arreglamos...

—No lo vais a arreglar, Ize, al igual que no lo arreglaste con tus otros exnovios —me recuerda Julen—. Kat, ¿qué tenemos que hacer? Estamos dispuestos a todo.

—Hay un bosque a media hora de aquí. Allí encontraréis la cascada de Xorroxin. Sus aguas han sido bendecidas durante generaciones, ya que tienen un potente poder conductor que nos ayuda a conectar con el más allá. Esa cascada es el punto de reunión de las lamias, unas sirenas con cola de salmón, así que debemos tener cuidado de no enfadarlas mientras hacemos el ritual. —Miro a mis hermanos, que están flipando tanto como yo, pero, a diferencia de mí, están dispuestos a creérselo todo con tal de que Eva y Alex regresen—. Tenéis que bañaros a medianoche con unas hierbas que os voy a preparar y hacer una ofrenda con velas a mi antepasada para que os perdone. Pero debéis ser sinceros, no podéis reiros de la magia ni faltarle al respeto. Y una cosa más...: el ritual hay que hacerlo completamente desnudos.

—¡Manda huevos! Que sea tu antepasada loca quien nos está puteando desde el más allá, y tengamos que pedirle nosotros perdón a ella —exclama Haritz fuera de sí.

—A eso me refería, Haritz... Intenta evitar esos comentarios —suplica mi amiga.

La estampa que estamos protagonizando es como para inmortalizarla en un *sketch* de los Monty Python. Los tres hermanos Etxebarria bañándonos en pelotas en este río gélido a la luz de la luna, rodeados de velas e incienso. De esta nos meten en la cárcel seguro; si no es por brujería, va a ser por quemar el bosque. Mi amiga se ha quedado en la orilla supervisando que no venga nadie y revisando los diarios de las brujas, a ver si encontraba algo que pueda sernos de utilidad.

—¿Sentís algo? —Haritz rompe el silencio de la noche.

—Aparte de tener los huevos como un cacahuete, no —responde Julen.

—A mí me va a dar una pulmonía... —susurro, moviéndome en el agua para evitar la hipotermia—. Es lo más ridículo que he hecho en mi vida. Si Alex no quiere estar conmigo, lo aceptaré sin más. Paso de estar jugando a las brujas de Salem.

—¡Tenéis que tomaros esto en serio, chicos! —protesta Kat, aunque yo lo veo francamente difícil—. Debéis tener un poco de paciencia, los deseos requieren sacrificio.

El sonido de un teléfono rompe la tranquilidad de la noche, consiguiendo que Haritz salga escopetado del agua, a pesar de las quejas de Julen porque va a conseguir que la bruja se cabree aún más con nosotros, y quién sabe lo que es capaz de hacer...

—¡Es mi novia! —explica, buscando un claro en el bosque donde poder hablar con tranquilidad. Julen y yo nos quedamos en remojo como dos almejas a la marinera, con una Kat mirando desesperada y preguntándose por qué el ritual no está funcionando—. ¡Quiere

arreglarlo! —Mi hermano coge en volandas a Kat, sin importarle el estar mojado y desnudo, y la besa por toda la cara efusivamente—. Dice que no sabe qué le ha pasado, pero que me quiere muchísimo y... ¡Gracias por perdonarme, bruja loca! Y a ti, Kat.

—¡Tú provócala, encima! —protesta Julen—. Ize, ¿por qué no miras si Alex te ha escrito a ti también?

—Aún no lo ha hecho —asegura Kat, que está custodiando mi móvil—. Dadle tiempo..., está con Felipe tomando algo.

—Chicos, ¡esto es una gilipollez! Son las dos de la mañana, estoy congelada y me quiero ir a mi casa. —Salgo del agua y me seco con la toalla—. Si Alex se está planteando hablar conmigo, es allí donde puede ocurrir, no en un río del Baztán...

Julen nos conduce a todos de vuelta a Bilbao. Kat va dormida a mi lado mientras yo voy releando los últimos mensajes de Alex en busca de una pista de por qué me ha dejado. No encuentro nada, al igual que no encuentro sus cosas cuando cruzo la puerta de mi piso a las seis de la mañana. Tan solo hallo sus llaves en la mesa del salón y un hueco en la pared que me indica que ha robado una de nuestras fotos. Ni siquiera me ha dado la oportunidad de hablar las cosas o luchar por nosotros; él ya ha tomado la decisión por los dos.

La lluvia golpea el cristal con fuerza. La radio se enciende en mi habitación como cada mañana, dejando que *Constellation*, de Loving Caliber, lo inunde todo. Me apoyo en la pared del salón y me deslizo con apatía hasta llegar al suelo. Mi piso jamás se había visto tan vacío. Permito que las lágrimas que aún no me he permitido derramar se desborden por mis ojos, llenándome el corazón de una profunda tristeza.

Necesito respuestas. Y solo hay un lugar en este mundo donde podría encontrarlas.

27. ¿Qué quieres tú?

Alex

No importa cuán amistosa sea una ruptura, siempre hay daños que lamentar. Sobre todo, cuando haces las cosas en contra de tus deseos... No estoy enfadado con ella por su traición, al contrario: lo he hecho para que sea feliz, para que tenga aquello que siempre ha deseado, aunque yo siga sin comprenderlo. Siempre he sabido cual era mi lugar en esta historia y que algún día llegaría el momento de nuestra despedida.

Saberlo de antemano no ha hecho las cosas más fáciles... porque aquí estoy, viviendo temporalmente en una habitación infantil con vinilos de animales salvajes en las paredes, gracias a la caridad de Mamady y Nekane, mientras todo mi mundo parece venirse abajo sin que yo tenga control sobre ello. Hace dos semanas que rompimos y no he vuelto a saber nada de Haizea, lo que me indica que he hecho lo correcto al dejarla ir, pues ella está mejor ahora, llevando la vida que siempre quiso llevar... con él. Oculto la cara entre las manos, incapaz de concentrarme en el trabajo que tengo que terminar antes de irme a Madrid. ¡Joder, cómo la echo de menos!

Nekane se planta delante de la mesa del salón que yo he colonizado para gestionar mi papeleo. Lleva los brazos en jarras y esa actitud de madre enfadada que solo le había visto cuando riñe a sus hijos. ¿También va a reñirme a mí por dejar mis «juguetes» por todos lados? Me quito los cascos al ver que mueve los labios con expresión furibunda y no tengo ni idea de lo que está diciendo.

—¿Qué es eso de que te vas a la capi? Me lo acaba de contar Blanqui... ¡No puedes aceptar ese trabajo, Alex! Tú odias Madrid.

—Serán solo un par de meses —aseguro con parsimonia—. Me han ofrecido un puesto como director del centro y les dije que tenía que pensármelo. De momento, voy solo a hacer una sustitución. Quieren que pruebe un tiempo a ver si me veo allí... Iba a comentártelo, más que nada, porque necesito que tengáis mis cajas en vuestro trastero hasta que regrese.

—¿Y si no regresas?

—Mandaré a mi madre a por ellas, no te preocupes... Está deseando verte —bromeo

quitándole hierro al asunto, pero Neka no está de humor para chistes malos—. Si no regreso, es porque soy feliz allí, así que deberías alegrarte por mí. Y, por cierto..., hay algo que quiero pedirte...

—Lo que quieras, ya lo sabes.

—Sé que te llevas bien con el encargado de tramitar las adopciones del centro. Me gustaría adoptar a Mario y Óscar. —No tengo que decir nada más, ella ya es consciente de que he desarrollado un vínculo muy especial con esos dos críos desde que llegaron al centro en unas condiciones ínfimas las pasadas Navidades.

—Sabes que no funciona así, Alex, no me pidas que me salte las reglas... No es tan fácil.

—Pero no es imposible, ¿no? —insisto, dispuesto a pelear por la custodia de esos chicos lo que haga falta—. Esos niños necesitan cariño, protección y un hogar estable; y yo puedo dárselo.

—«Estable»... Mejor omitimos en tu solicitud que acabas de romper con tu novia y estás durmiendo en una cama de noventa, rodeado de peluches, y en casa de tu otra exnovia y el tío por el que te dejó.

—Si estás intentando desanimarme, lamento decirte que no vas a conseguirlo. Esta situación es temporal y lo estoy llevando bastante bien...

—Cuando dejes de escuchar música negativa de Lewis Capaldi, me creeré que estás llevándolo bien. —Me abstengo de decirle que estaba escuchando *Mi paracaídas*, de Marwan, porque eso solo me haría sonar aún más deprimente.

—¿Dónde está el problema? Negativo más negativo siempre da positivo, lo dicen las matemáticas, y son una ciencia exacta.

—La hostia que te voy a dar yo también es una ciencia exacta —me amenaza con esas manos de jugadora de pelota vasca.

—Por favor, Neka... —La miro con ojos suplicantes. Mi amiga niega con la cabeza; lo que le estoy pidiendo va más allá de su potestad, pero sé que lo va a conseguir porque nadie puede negarle nunca nada. Y ella no sabe cómo negarme nada a mí.

—No puedo hacerte promesas, ¿vale? Veré qué puedo hacer. —Le doy las gracias en silencio—. Yo también tengo que pedirte algo a ti, Alex...

—Tú dirás.

—Estás haciéndole a Haizea lo mismo que me hiciste a mí... o tal vez solo te lo estés haciendo a ti mismo. —La interrogo con la mirada sin saber de qué habla—. No luchar por la mujer que amas.

—¿Por qué iba a haber luchado por ti, Neka? Sabía que Mamady era tu alma gemela, y no me equivoqué. No quería meterme en medio.

—Lo sé, lo sé... Pero es que esta vez se trata de ti, Alex, de tu alma gemela, y se la has cedido al enemigo sin luchar. ¡Se la has regalado! Eso, suponiendo que lo que crees que viste sea lo que realmente pasó, porque no te has molestado en preguntarle a ella qué opina de todo esto.

—Eka es el amor de su vida desde que eran niños.

—¡Una mierda! ¿Y por qué han tardado tanto en estar juntos?

—Hay gente que necesita un empujoncito...

—¿Y qué hacemos contigo, tirarte por un barranco para que reacciones? —Mi *zorra infiel* más zorra que nunca—. ¡Ella te quiere a ti, Alex! Y estás haciendo lo mismo que haces siempre: apartarte, porque, en el fondo, para ti es más fácil estar solo que arriesgarte a que alguien te haga daño.

—Solo quiero que sea feliz.

—¿Y qué pasa si este es tu momento de ser feliz? No la dejes escapar por miedo a que se te escape.

—No es tan fácil...

—Ni lo de esos niños tampoco y vamos a luchar por conseguirte la custodia —me recuerda—. ¿Crees que podrías por una maldita vez anteponerte a lo que deseen los demás? ¿Qué quieres tú, Alex? Dale la oportunidad de escogerte en vez de huir y dar por hecho que siempre hay alguien mejor que tú.

—Me voy a tomar el aire. Tengo un montón de asuntos que gestionar antes de irme a Madrid y me estás agobiando. —Recojo mis cosas y las dejo en la habitación que ahora ocupo.

De fondo, Nekane aprovecha que estamos solos en casa para gritarme de nuevo que soy un maldito cobarde. Va a ser muy duro no tenerla en Madrid sermoneándome a todas horas.

Salir a correr cuando hay trescientos grados a la sombra es duro. El deporte es lo único que me mantiene cuerdo ahora que no puedo recurrir al sexo. Llevo cinco semanas en Madrid soportando este calor infernal y todavía se atreven a decir los del tiempo que la ola de calor está por llegar. Habré muerto achicharrado antes de eso.

Tampoco ha sido lo más inteligente instalarme en pleno verano en un cuchitril sin aire acondicionado en Móstoles, cuando en Bilbao tenía playa y montaña a la vuelta de la esquina. Podría irme unos días a Valencia con Haritz, ahora que somos tan íntimos... Pese a que estaba convencido de que esos dos me la tenían jurada por cómo dejé a su hermana, Haritz creó un grupo de Telegram de «hijos de los novios», donde los tres Etxebarria y yo discutimos la boda sorpresa que estamos organizándoles a nuestros padres. Los susodichos han dicho que solo quieren firmar, comer bien y pasar un rato agradable en familia, pero los tres mosqueteros no conciben una boda sin una buena fiesta. Nunca antes había lamentado la falta de hermanos como en este momento de mi vida, en el que me veo como único representante de la familia Villegas en el chat. Por eso he metido a Blanqui en el grupo, para que me ayude con los preparativos —aprovechando que está en el norte— y equilibrar un poco la balanza...

Hablar con Haizea como si fuéramos dos extraños es demasiado raro. Nunca hemos cruzado un solo mensaje sin que hubiera un tonto implícito, que siempre tuve la esperanza de que

derivara en algo más. Y ahora no hay nada. Ni sueños, ni esperanzas.

—¿Quién se encarga de reservar el restaurante, entonces? —pregunta Julen.

—Yo mismo —me ofrezco—. Soy el que mejor conoce la zona... Tengo amistad con una florista que nos puede ayudar para decorar el faro del Torco.

—¿Se van a casar en un faro? —pregunta Haritz con un emoticono ojoplático.

—Es lo típico en Suances —respondo encogiéndome de hombros, aunque ellos no puedan verme.

—¡Genial! Yo voy a alquilar el nidito de amor para la feliz pareja, y tú, Ize, te puedes encargar de elegir la decoración para la ceremonia y el banquete, que eres la más creativa. Algo romántico, pero sin pasarte... —apunta Julen, asignándonos a cada uno una tarea—. Tengo que encontrar algo para Haritz... ¿Tal vez la banda de música y el DJ?

—¡Hecho! También puedo reservar los hoteles para nosotros, que en algún lado tendremos que dormir el gran día, ¿no? —propone Haritz.

—Podéis quedaros en casa —ofrezco—. Hay cuatro habitaciones y yo puedo dormir en el sofá.

—¡Solucionado! Gracias, Alex. ¿Crees que podrías encargarte también de coger las llaves del nidito de amor e ir a decorarlo un poco? —pide Julen—. Mi vuelo llega el sábado por la mañana y creo que Haritz no llega hasta el viernes por la noche.

—¡Qué va, imposible! Salgo de trabajar el viernes a las ocho, así que no llegaré a Suances hasta la una o las dos de la mañana... —lamento.

—Ya nos advirtió mi padre que eras un chico sano y te encantaban las caminatas, pero esto es un poco excesivo... ¿Piensas ir andando de Bilbao a Suances? —pregunta Haritz.

—¿Cómo voy a...? Estoy trabajando en Madrid —aclaro, sorprendido de que su padre no los haya puesto al día de la situación.

—Ya cojo yo las llaves —se ofrece Ize, que hasta ahora había permanecido en un preocupante silencio. Me pregunto qué estará haciendo. La imagino tumbada en el sofá con uno de esos pijamas cortitos que... ¡buf!

—¡Genial! Pues, ya que eres la única que está por allí arriba, te paso la lista de todas las cosas que quedan por organizar: las flores, los detalles para los invitados, los regalos para los novios, la mesa de chuches... Mi mujer me está volviendo loco con imágenes de Pinterest porque yo no tengo ni puta idea de cómo organizar una boda y vosotros me imagino que tampoco... Ize, ¿te encargas tú de todo, entonces?

—Claro que sí, guapo, tú pásame la lista —responde Haizea con un emoji apático—. Me voy a buscar curro en Andalucía, porque, con eso de que estáis todos lejos, no sé quién de mis tres hermanitos tiene más morro...

¡Auch! A pesar de que no hemos hablado en varias semanas, me veo obligado a mandarle un privado para aclararlo.

Alex

Yo no soy tu «hermanito».

Haizea

Perdón, «hermanastro». Así que ahora vives en la capital... Pensaba que Bilbao era lo más lejos que podrías estar de tu Tierruca...

Alex

Es solo temporal. Y tampoco soy tu hermanastro, Watiwini Justiciera.

Haizea

¿Y qué eres ahora, Mister Van Gogh?

«Gilipollas es lo que soy», responde mi subconsciente, que está harto de noches interminables desde que Haizea no está en ellas. Siento deseos de preguntarle cómo está, si es feliz con él o si aún se acuerda de mí al llegar a casa. Al final, me armo de valor y marco su número, aunque solo sea para discutir las flores, que ¿qué sabré yo de flores? ¡Nada en absoluto! Pero oír su risa cuando se mete conmigo me hace sentir de nuevo en casa, aunque sea una risa triste y no ese sonido vibrante que me alegraba el alma.

Neka tenía razón al decir que, en el amor y en la guerra, todo vale. Y yo no pienso rendirme sin luchar antes esta batalla.

28. La maldición

Haizea

—¿De verdad has tardado ocho años en preguntarme por qué te dejé?

Okey, lo pillo: Gorka está cabreado conmigo, y razones no le faltan... Tal vez invitarle a un café para ponernos al día, después de ocho años, no haya sido la mejor idea que he tenido últimamente, pero estaba desesperada por saber qué falló, qué estoy haciendo yo mal para que todos los hombres de mi vida me hayan abandonado. Me niego a creer en supersticiones sin sentido para justificar cualquiera que sea el error que estoy cometiendo.

—Pues sí, Gorka... Sé que suena ridículo que le esté dando vueltas a esto después de tantos años, pero me ha pasado algo que me ha hecho acordarme de ti. De nuestra ruptura, más bien...

—Más que ridículo, obsesivo —me corrige él—. Si no fuera porque en su momento ni siquiera te molestaste en preguntarme por qué te dejé, pensaría que no me has olvidado. ¿Por qué ahora, Haizea? Eso fue lo mucho que te importó nuestra relación... Y ahora vienes pidiéndome explicaciones que ya han caducado.

—¡Fuiste tú quien me dejó! ¿Recuerdas? —me defiende, ofendida por sus palabras—. No quería arrastrarme y suplicarte que volvieras cuando ni siquiera me habías dado una razón para romper conmigo.

—¿Cuántas razones más necesitabas? ¡Me pusiste los cuernos, Haizea! —Miro a Gorka estupefacta. Parece demasiado seguro de su acusación para contrariarle, pero yo sé que no tiene sentido. Nunca le he sido infiel a nadie. ¿Acaso me emborraché en esa fiesta y besé a alguien que ahora no recuerdo?

—Lo siento, pero no sé de qué estamos hablando... —confieso ante su cara de frustración—. Yo nunca te puse los cuernos, Gorka. Es más, te había presentado a mi familia el mismo día que me dejaste. Creo que eso diría algo sobre mis intenciones contigo...

—Ahórrate las excusas: Ekaitz me lo contó todo. —Creo que mi expresión de perplejidad es suficiente para que entienda que no le estoy mintiendo—. Estuvisteis juntos, ¿no? Me dijo que solo salías conmigo porque os estabais dando un descanso y querías ponerlo celoso. Y yo no iba

a ser tu segundo plato, Haizea.

Tardo un rato en asimilar su declaración, convencida de que tiene que tratarse de un malentendido.

—Yo nunca he salido con Ekaitz. No sé qué te contaría él, pero puedo asegurarte que...

—Igual no es conmigo con quien deberías tener esta conversación, entonces. —Me corta—. Me tengo que ir, me está esperando mi mujer en casa. Espero que te vayan bien todo. Y, una cosa más, Haizea: no vuelvas a llamarme.

Que Gorka no se despida de mí al irse me muestra que nuestra historia también le dolió a él de un modo que hasta ahora no había podido comprender. Asegura que la razón por la que me dejó fue mi romance con Ekaitz, ¿qué sentido tendría eso? Dispuesta a llegar hasta el final de este asunto, rebusco entre mis antiguos *emails* intercambiando apuntes de la universidad con Edu, un palentino con el que estuve tonteando en la universidad y con quien apenas intercambié un puñado de citas antes de que me dijera que no quería seguir quedando conmigo. Localizo a Jon, mi otro exnovio —por ponerle una etiqueta— a través de Instagram. Y, ya que me he liado la manta a la cabeza, escribo también a un par de rolletes que pasaron sin pena ni gloria por mi vida, pero que, ahora que lo analizo fríamente, también terminaron la relación de forma abrupta. Ya solo queda esperar a que alguno de ellos tenga ganas de contarme su historia después de tantos años...

Desde que rompí con Alex he puesto miles de excusas para no volver a casa de Kat por no tener que enfrentarme a Felipe. Sé que él no tiene la culpa de nada, pero tengo miedo a que sea capaz de ver que, desde que su amigo me dejó, soy un auténtico desastre. Aprovecho que está pasando el fin de semana con Alex en Madrid para quedarme a dormir con mi amiga y ver películas románticas hasta las tantas. Hemos pedido comida china, tenemos nuestro mejor pijama puesto y *Posdata: Te quiero* lista en la tele. ¿Puede haber algún plan mejor que este?

El móvil me distrae un instante. Tengo los chats en silencio para que mis hermanos no me vuelvan loca con los preparativos de la boda —que me han encasquetado a mí por razones geográficas—; pero este sonido es distinto, procede de la bandeja de entrada de Hotmail, y no suelo recibir *emails* ahí desde la universidad. Me pongo nerviosa al ver su nombre. No me sorprende encontrarme una retahíla de reproches en el primer párrafo acerca de lo miserable que soy por contactarle después de la friolera de quince años. Ni que decir tiene que rechaza el café al que le invito y concluye su mensaje diciéndome que le dé recuerdos a «mi amiguito». *Mi amiguito...*

Me incorpоро en el sofá, nerviosa con este presentimiento que me está dejando inquieta. No es una casualidad, al igual que no fue una casualidad que Andoni, uno de mis exligues a los que contacté y con el que aún tengo muy buen rollo, me dijera que la razón por la que no volvió a

llamarme fue porque tenía miedo a que Eka le partiera las piernas.

—No pienso poner la película hasta que sueltes el cacharro ese del demonio.

—¿Tú también vas a empezar como Blanqui? Pensaba que me había librado de esa inquina a la tecnología cuando rompí con Alex —respondo con frivolidad. Mi amiga no me lo tiene en cuenta, ella sabe que no lo digo en serio—. Perdona, era Edu... Llevaba un par de días esperando este *email*. Ni siquiera sabía si iba a responderme.

—¿Edu? No me suena... ¿Estás conociendo a alguien y no me lo has dicho?

—Quedábamos a veces en la universidad, ¿recuerdas? Moreno, bajito, con gafas...

—¡Ah! Ese Edu... No sabía que siguierais en contacto.

—No lo estábamos... Como todos, desapareció sin un porqué. Necesitaba respuestas, Kat, y ya no sabía dónde buscarlas. Cada vez que revivo la tarde de mi cumpleaños no le encuentro sentido a nada, y no solo hablo de cómo acabé desnuda en un río con mis hermanos invocando a una bruja... —Mi amiga pone mala cara ante mi ofensivo análisis de su ritual—. Hablo de Alex... ¡Te juro que no lo entiendo! Sé que he pagado con él mis miedos e inseguridades, que se ha cansado de esperarme, pero... ¡joder, Kat! Que se llevó sus cosas sin siquiera hablarlo conmigo antes.

—Sé que no crees en ello, Ize, pero es parte de la maldición. No puedes culpar a Alex.

—La he roto —aseguro tajante ante su mirada de incredulidad—. La maldición. La magia no existe. El problema no son los muertos, sino los vivos. Ellos son quienes realmente tienen capacidad para hacernos daño.

—No entiendo de qué estás hablando.

—Solo tenía que alejar a Ekaitz de mi vida. Él es y siempre ha sido mi maldición.

—Si eso fuera cierto, ¿cómo justificas que a tu hermano también le dejara su novia en tu cumpleaños, justo después de burlarse de mi antepasada?

—Eva está embarazada. No querían tener hijos, así que se le ha juntado el desajuste hormonal con los nervios por no saber cómo reaccionaría mi hermano, quien, irónicamente, está dando saltos de alegría. —Kat tuerce el gesto analizando mis palabras. Sabe que lo que digo tiene sentido, pero ella es una ferviente creyente de que hay algo esotérico en esta historia—. Y hablando de embarazos...

—¿Estás embarazada? —pregunta en *shock*, porque eso encerraría algo más complejo que no le he contado, ya que es obvio que no podría ser de Alex, dada su enfermedad...

—Qué va... Me han llamado para comenzar con el tratamiento —le informo con apatía—. Han tardado tanto que ya ni siquiera sé si quiero hacerlo.

—No puedes rechazarlo, Ize. Siempre has tenido claro que querías ser madre. Puede que no tengas otra oportunidad como esta nunca más.

—Ya lo sé, pero... estoy bien así. Tengo cuarenta años, adoro mi independencia, no sé si me veo cuidando de un adolescente cuando tenga cincuenta años... ¡Voy a parecer su abuela cuando vaya a buscarlo a la discoteca! Me da mucha pereza pensarlo.

—Los tiempos han cambiado, a nadie le sorprende hoy día ver a una mujer de cuarenta años

con un bebé —replica—. Voy a poner la película y, tal vez, después lo veas todo con otros ojos...

—¿Después de *Posdata: Te quiero?* —Enarco una ceja y la miro con socarronería—. Probablemente lo vea todo con los ojos llenos de lágrimas.

29. El día de la boda

Mi padre está tan nervioso como si fuera su primera boda, y no es el único... A Julen le preocupa que su mujer no se integre porque no habla ni papa de español; Haritz está sin dormir por las continuas náuseas de su novia; y yo..., yo no sé si estoy preparada para volver a ver a Alex.

Como mi padre está viviendo en casa de Ana Mari, hemos decidido que él salga desde el nidito de amor que hemos alquilado y decorado con mimo para su noche de bodas. Haritz se ha adjudicado el rol de fotógrafo y nos está haciendo un reportaje que pasará a los anales de la historia de esta familia, pues ninguno de los cuatro tenemos el don de la fotogenia.

—¿Me quieres explicar cómo has sobrevivido todos estos años como ejecutivo sin saber hacerte el nudo de la corbata? —Aparto al inútil de Julen de mi padre para ser yo quien le ayude a vestirse frente al espejo.

—Porque se lo hace su mujercita —se burla Haritz con voz repelente.

—Estoy seguro de que tú tampoco sabes anudártela, ¡si te has traído una pajarita de clip! —le ataca Julen.

—Utilizo mi inteligencia para aprender cosas útiles. ¡Yo nunca llevo corbata! ¿Para qué iba a aprender a hacerme el nudo? —se defiende Haritz.

—No sabéis la alegría que me da teneros aquí a los tres, aunque estéis discutiendo como cuando erais niños. —A mi padre no le dan los brazos para rodearnos—. No sabéis lo importante que es para mí compartir este día con vosotros. A Ana Mari le va a encantar el detalle de alquilarnos esta casita para nuestra noche de bodas. ¡No falta nada! La cesta de frutas, el desayuno, los dulces, las flores... Sois los mejores hijos que un padre podría tener.

—El mérito no es solo nuestro, Alex también ha colaborado —aclara Julen. Siento una punzada de dolor al oír su nombre y miro inconscientemente para otro lado. Si reacciono así solo con oír su nombre, no me quiero imaginar lo que va a ser volver a verlo.

—¿Qué preparativos? —pregunta mi padre. Haritz y yo asesinamos a Julen con la mirada, a veces le puede la emoción y se le va la lengua.

¡Salvados por la campana! Alguien llama al timbre, imagino que la propietaria que nos alquiló

esta fantástica casuca con vistas a la Playa de los Locos, pues nadie más sabe que estamos aquí. Ante la evidencia de que mis hermanos no mueven un dedo, decido ser yo quien se acerque a abrir la puerta. ¿He dicho ya que tienen un morro que se lo pisan?

Se me seca la boca al verle plantado en la puerta. Las ganas de abrazarlo vencen a todo lo demás. Está guapísimo, algo trasnochado. Apuesto a que sigue sin saber cómo ponerles fin a esas interminables jornadas de trabajo. Lleva el pelo más largo, alborotado; de algún modo, sexy. Complementando una camisa blanca con traje gris oscuro, lleva la corbata roja que yo elegí porque hacía juego con mi vestido, una horterada que ya no se lleva en las bodas, pero que a mí me hacía ilusión porque nunca había tenido ocasión de hacerlo con nadie. Aquel simple e insignificante detalle remueve algo en mi interior; puede que la única razón por la que no haya comprado otra corbata sea uno de los pecados capitales más extendidos por el mundo, la pereza; pero a mí me ayuda a mantener la esperanza de que aún queda algo vivo entre nosotros.

—¿A ti nadie te ha dicho que ver al novio antes de la boda trae mala suerte?

—No pasa nada, yo vengo a ver a su hija. ¿Está por aquí? —bromea, mostrando esa sonrisa que aún logra que se me aflojen las piernas.

—Por aquí anda... ¿Quieres un café? Tienes pinta de no haber dormido mucho.

—¿Tan mal aspecto tengo?

—¡No! Quiero decir que... —Miro para abajo sin saber cómo seguir la frase. Cuando me sonrío así, sé que solo me está tomando el pelo—. Estás guapísimo, me encanta cómo te queda el pelo así, como cuando nos conocimos en aquel restaurante. —Él asiente, clavando sus ojos grises en mí de un modo que me desconcierta—. Solo decía que pareces cansado.

—Estoy reventado —confirma—. Ahora que no tengo a nadie tocándome los huevos para que descanse, el trabajo me está consumiendo. Ya sabes que no sé decir que no.

—Pues conmigo lo hiciste de maravilla —le reprocho sin pensar.

—¿Podríamos dar un paseo? Espero que no te hagas mucho de rogar, porque soy el chofer de la novia y ha amenazado con matarme si llego tarde...

Me calzo unas deportivas, cierro la puerta tras de mí y me cruzo de brazos en actitud defensiva. No sé qué esperar de este encuentro; hemos hablado un par de veces por teléfono, pero nada demasiado personal. Supongo que, al igual que ya hizo en Nochebuena, solo querrá soltarme el rollo sobre que deberíamos comportarnos como adultos por el bien de nuestros padres. Por mí no hay problema.

Caminamos por una senda de piedra, enmarcada por unas flores silvestres malva a los laterales, que lleva hacia unos acantilados desde los cuales obtenemos una impresionante vista de la Playa de los Locos. Cuando ya no podemos seguir avanzando, Alex se detiene frente a mí, con esa mirada tan limpia que siempre consigue hacerme sentir en calma. Como el mar.

—Nekane dice que tengo tendencia a huir ante el mínimo conflicto para evitar que me hagan daño.

—¿Y es eso cierto? —pregunto. Él asiente con la cabeza.

—Sí. Hay algo que nunca te he contado sobre mi padre, algo que ni siquiera le conté a mi madre en su momento... Me preguntaste hace tiempo si alguna vez había intentado conocerle. Lo cierto es que sí lo hice... —No me esperaba que la conversación fuera a llevarnos por estos derroteros, con lo que le dedico toda mi atención—. Cogí un ferri y me planté en Portsmouth con Felipe. Teníamos como dieciocho años. Llevaba un tiempo un poco descontrolado; tal vez fue la adolescencia, que me llegó tarde, o consecuencias de mi enfermedad y todo lo que no viví en su momento... Estaba perdido. No sé por qué pensé que conocer a mi padre me ayudaría a encontrarle un sentido a mi existencia.

—Y... ¿lo encontraste?

—A mi padre, sí; al sentido de mi existencia... Al contrario, creo que me alejé más que nunca —bromea—. Cuando me vio plantado en la puerta de su porche victoriano, no tuve ni que abrir la boca: era su vivo retrato cuando tenía su edad. Cruzamos un par de palabras y me dijo que no quería conocerme, que los lazos no los creaba la sangre y que no tenía nada más que discutir conmigo. Esa noche me fundí en un *pub* inglés el sueldo que había ganado ese verano trabajando como camarero en un *camping*. Fingí que me daba todo igual; lo cierto es que me dejó hecho polvo.

—Lo siento, Alex, no lo sabía. —Mis manos buscan las tuyas para mostrarle mi apoyo y él entrelaza sus dedos con los míos, acortando la distancia que nos separa.

—En realidad, fui yo quien le dio el poder de hacerme daño, al igual que se lo dio mi madre enamorándose de él. Es lo que pasa cuando dejas que alguien penetre tu corazón, te vuelves débil y vulnerable. Cuando Nekane se fue con Mamady, yo ni siquiera luché por ella. Puede que fuera porque no la quería, puede que no tuviera ganas de perder. Nunca doy opción a que nadie me abandone.

—¿Así es como te sientes cuando quieres a alguien? Porque yo me siento más fuerte cuando siento cosas. Más viva.

—Yo ya me sentía fuerte estando solo... y me siento invencible contigo. —Suspira bajando la mirada al suelo un instante para, después, levantarla de nuevo y perderse en la mía. No sé cómo responder a su provocación—. Sé que te he perdido por miedo a perderte, pero... Si aún no es muy tarde para nosotros, quiero que sepas que no pienso seguir huyendo.

—¿Y qué quieres que responda a eso, Alex? Te quiero, eso no ha cambiado, pero estoy furiosa contigo. Te largaste de casa sin hablar conmigo antes o darme la oportunidad de arreglarlo. Después, me enteré de que estás trabajando en Madrid...

—Me llenaste de dudas, Ize. Siempre tenías una excusa para esconderme. ¡Joder! ¡Me dejaste tirado en el supermercado porque nos encontramos a tu padre!

—¡Porque tenía miedo! Puede que para ti solo fuera una de las muchas chorradas esotéricas de Kat, pero para mí era un hecho empírico. Fuera cual fuese la razón detrás de este misterio, la realidad es que todos los hombres por los que me he sentido atraída han huido despavoridos sin darme una razón para ello. ¡Incluido tú!

—Te aseguro que yo tenía una muy buena razón para ello, y no fue ninguna estúpida maldición. —Le encaro a la espera de que responda a la pregunta que nadie ha formulado, pero flota en el aire—. Te vi enrollándote con Eka.

—¿De qué hablas? ¡Yo nunca me he enrollado con Eka! Ni siquiera nos hablamos desde mi... —Mi gesto se tuerce en una mueca irónica. Ahí está de nuevo, mi maldición, la que existe y es tangible—. Si te hubieras molestado en hablar las cosas conmigo antes, sabrías que fue Eka quien me besó. Yo le rechacé, me enfadé por no respetar lo que tenía contigo y corté los lazos con él. Tal vez tendría que haberlo hecho mucho antes, pero que quede claro que yo nunca te he sido infiel.

—No te dejé porque me hubieras sido infiel, Ize. Solo me quité de en medio para que pudieras escoger quién te hacía feliz.

—¡Yo ya había escogido, Alex! Te había elegido a ti.

—Lo sé, pero cuando os vi besándoos..., me volví loco. No pensé en lo que hacía. Eka me dijo una vez que me dejarías tan pronto él quisiera estar contigo, que estabais enamorados y yo no era más que un capricho temporal. Por un momento, me planteé que fuera cierto, sentí que... ¡Yo qué sé! Pensé que eso era lo que tú querías. Tu cuento de hadas. Y yo era el impedimento, el tercero en discordia.

—Así que renunciaste a mí, así, sin más... —Ahora sí que estoy cabreada.

—Haizea, yo no... —Alex se desespera porque no encuentra las palabras para hacerme entender lo que tiene dentro—. Nunca me había sentido así con nadie. Yo lo quería todo contigo: casarnos, formar una familia... Y tú ni siquiera le habías dicho a tu padre que te veías conmigo. Me agobié, ¿vale? Yo solo quería que tú fueras feliz, independientemente de con quien salieras. Y lo siento, no tenía derecho a elegir por ti.

—No, no tenías ningún derecho.

El sonido de las olas rompiéndose contra las rocas lo inunda todo. El grito de los niños corriendo por el prado. La valentía de los surfistas enfrentándose al mar... Y en medio de esta escena tan vívida, estamos los dos, mirando el paisaje que tenemos enfrente para no mostrar nuestros verdaderos sentimientos, esos que podrían hacernos parecer débiles o vulnerables. A pesar de que corre la brisa marina, el aire no parece suficiente. En su rostro puedo ver la huella de tantas noches sin dormir, con la inconfundible marca que ha dejado la tristeza en su mirada.

—¿Recuerdas aquella foto que me mandaste en Año Nuevo? Me escribiste un *post-it* con florecitas... —susurro. Él me mira y asiente en silencio—. Igual deberías aplicártelo un poco más.

—¿Te refieres a esto? —Saca una notita del bolsillo de su americana y la desdobla. Reconozco enseguida el papel como el mismo que estaba en esa foto—. Me lo he traído para recordármelo mientras hablaba contigo. Tengo que dejar de presuponer que nunca vas a elegirme a mí. —No llego a contestar. El momento queda interrumpido por el histerismo de una novia a punto de casarse, que comprueba desesperada que su hijo no está allí para llevarla al altar—. Tengo que

irme, la novia me reclama. Seguimos hablando luego, si quieres...

—Yo también debería irme antes de que se preocupen, no les he avisado de que me iba.

Me tiende una mano para ayudarme a subir por el tramo de rocas, que ya no le suelto hasta llegar al porche de la casa donde me espera mi familia. Alex se sitúa frente a mí, comenzando una despedida que no ansío, aún sin soltar mis manos.

—Que sepas que me voy a pasar toda la ceremonia pensando en cómo convencerte para que vuelvas conmigo.

—¿Y si no se te ocurre nada? —dudo, torciendo el gesto.

—Algo se me ocurrirá... Sabes que soy un tipo resolutivo. Además, esta vez no pienso rendirme.

—¿Ah, no? —tanteo en un susurro, él niega con la cabeza.

Su mirada me recorre entera, desnudándose. No quiero seguir haciéndome la dura, no me sale estar así con él. Tal vez, en otras circunstancias, le habría hecho sufrir un poco antes de claudicar, pero no me apetece recordar el día de la boda de mi padre con Alex a un lado del restaurante y yo al otro. Además, me consta que no soy la única que está sufriendo con esta situación.

—Anda, ven... Tienes el nudo de la corbata mal hecho. Como tu madre te vea así, te mata. —Doy un paso al frente para acortar la distancia que nos separa y maniobrar con los extremos de su corbata roja.

—¿No será una excusa para ahorcarme?

—Sí que es una excusa, sí... Para meterte mano —flirteo. Él sonríe y rodea mi cintura, apretándose contra su cuerpo. Siento esa calidez que me transporta de vuelta a casa, a la seguridad que me dan sus brazos, capaces de alejar cualquier pesadilla.

—¿Quieres meterme ma...? —pregunta. No le dejo terminar la frase. Mis labios buscan el calor de los suyos y se funden en un vaivén de lenguas incontroladas.

Sus manos descienden al sur de mi cuerpo y las mías se pierden en los bolsillos traseros de sus pantalones, deleitándose en ese culo prieto que tanto echaba de menos pellizcar.

—¡Mírala! Así que aquí estaba la pillina... Por eso no contestaba al móvil —observa Haritz en voz alta. Escucho a los hombres de mi vida chismorreando desde la puerta mientras miran la escena con una mezcla de curiosidad y alegría.

—¿Tú crees que está aquí en calidad de hermanastro... o de cuñado? —inquire Julen.

—A mí lo de cuñado me gusta más. —Esta vez es Alex quien responde, mirándome a mí como si me pidiera aprobación.

Asiento con la cabeza y vuelvo a besarle sin importarme que mis hermanos y mi padre estén delante, vitoreando y tirándonos el arroz de colores que estaba destinado a los novios. Si eso sirve para bendecir nuestro amor, bienvenido sea.

Epílogo: Los peces en el río

—¡No me lo puedo creer! —Mi cuñada Eva se lleva las manos a la cabeza al ver cómo mi hermano se está despojando de toda ropa para darse un chapuzón en El Bolao—. ¡Te juro que no le reconozco! ¡Pero si tu hermano se encierra en el cuarto de baño para cepillarse los dientes!

—Es una tradición navideña, mujer —responde Nekane, que se lo está pasando en grande al ver el apuro de mis dos cuñadas ante la desnudez de los allí presentes.

Haritz ha acogido esta nueva tradición encantado, pero Julen, que siempre ha sido más prudente, se muestra algo reticente. Las mujeres aún no nos hemos atrevido a meternos al agua: Eva, por su avanzado embarazo; Nekane, quien este año se ha despojado de ropa y vergüenza, porque está preparando el pícnic; Kat no piensa meterse en el agua en pleno mes de diciembre; la sueca está flipando en colores —¡y yo que pensaba que eran las liberales de Europa, a juzgar por las películas de Alfredo Landa!—; y yo, por solidaridad con mis cuñadas, aunque sé que acabaré en el fango... Este año he venido preparada para la guerra con un pintoresco bañador rojo con pelitos blancos que, más que un atuendo navideño, parece un conjuntito hortera de la época del destape.

—¡Venga, no seas cortado! ¿Acaso tienes algo que esconder ahí abajo? —Haritz ataca a Julen ante su negativa a desnudarse, usando el punto débil de cualquier hombre.

—Tenemos los mismos genes, capullo.

—También tengo los mismos genes que Ize, y yo no tengo sus tetas... —A veces me cuesta creer que Haritz sea un exitoso abogado y Julen un empresario reputado, pues, a juzgar por sus conversaciones, cualquiera diría que se han quedado estancados en algún momento de la pubertad.

—¿Sabes qué? ¡Que solo se vive una vez, coño! —Julen se lía la manta a la cabeza y se baja los pantalones, con calzoncillos incluidos. Yo no quiero mirar.

—¡Oh, no, cuñado...! Me temo que esto no va a ser solo una vez..., va a ser cada Navidad a partir de ahora —le informa Alex con una sonrisa victoriosa. Los Reyes Magos de Bilbao están entusiasmados por tener nuevos adeptos.

—¡Bienvenidos al club del nudismo! —celebran Felipe y Mamady.

La sueca emite un gritito y mis sobrinos se vienen arriba e imitan a su padre. Eva se tapa los ojos, aunque no puede parar de reírse. Yo no debería estar viendo a mis hermanos de esta guisa, bastante trauma tengo ya con recordar el ritual en Zugarramurdi... Bendita la hora en la que los animé a que se unieran mientras papá y su mujer se quedaban en casa preparando la comida. Hoy viene la familia de Asturias y Ana Mari está pletórica porque es el primer año que va a tener niños correteando por la casa y abriendo los regalos bajo el árbol. Entre los hijos de Cova, los de Julen y los dos que hemos acogido temporalmente nosotros, estas fiestas van a ser un caos...

Y hablando de acogidas... Espero que este episodio exhibicionista no juegue en nuestra contra para adoptar a Óscar y Mario. Aunque todavía no hemos conseguido su custodia legal, Nekane se las ha ingeniado para que nos dejen tenerlos en casa en fechas especiales. Hemos tenido que buscar un piso más grande para preparar su llegada a nuestras vidas, que espero no tarde demasiado... A pesar de tener enchufe, el proceso está siendo tan largo como costoso, y no son pocas las reuniones que hemos tenido con los psicólogos del centro para asegurarse de que somos la elección correcta y los niños se adaptan a nosotros, lo que está siendo menos complicado de lo habitual gracias a que ya tenían una excelente relación con su educador social. Tan pronto conocí a esos renacuajos de tres y cinco años, entendí al instante por qué Alex se había enamorado de ellos. Y también hizo que yo me enamorara un poquito más aún de él... Verle en el agua jugando con los críos aleja todas las dudas que alguna vez haya podido tener al respecto.

—¿Quieres un babero? —Me sorprende que sea precisamente la sueca quien hace la broma. Sonrío, consciente de que me ha pillado mirando a mi chico con cara de boba, pero es que tiene un cuerpazo que no es ni medio normal...

Tras el aburrimiento que tuvo la pobre en la boda, se ha apuntado a clases de español para poder integrarse con nosotros. Hace un rato nos ha estado contando las maravillas del *fika*, todo un ritual sueco que consiste en hacer una pausa para beber café y comer dulces. También se ha vuelto algo más sociable, hasta el punto de que nos ha invitado a todos a visitarlos en verano. Esta insensata aún no sabe lo que ha hecho...

Desde mi posición, obtengo una magnífica panorámica de hombres y niños pasándoselo en grande en la cascada, una stampa a la que pronto se unen Nekane y Kat; esta última, porque estos hombres no aceptan un no por respuesta. Tengo un *déjà vu* de las últimas Navidades al sentir dos pares de brazos elevándose en el aire. No quiero bajar la mirada porque sé que no me van a gustar las vistas: en vez del magnífico cuerpo desnudo de mi chico, voy a encontrarme los secretos de Julen y Haritz que yo no quería descubrir.

—¡Al agua! —exclama Julen con un gritito. Nunca le había visto tan eufórico.

—Sabéis que tengo piernas, ¿verdad?

—¡Pues úsalas! ¡Arreando! —Me dejan en el suelo de forma tan abrupta que me hago daño en el tobillo. Estos dos son brutos como ellos solos...

Mientras todos nos divertimos en el agua, mis cuñadas se comen parte de las provisiones

desde la manta de pícnic. El cielo está nublado y amenaza tormenta; hace un frío que pela afuera, tal vez por eso no se nota tanto el contraste con el agua, que también está congelada. Menos mal que una vez al año no hace daño... No sé si sería capaz de hacer esto dos veces.

Una vez acabada la batalla acuática, y tras el correspondiente baño de los adultos en el mar, nos secamos y disfrutamos todos juntos de un magnífico festín a base de delicias de la Tierruca y de Suecia, ya que mi hermano ha traído unos rollos de canela que son para morirse. Como la familia ha crecido exponencialmente, hemos tenido que poner tres mantas de pícnic para poder sentarnos todos y utilizar un zum que aleje bien para caber en esa foto que acompañará a la que ahora tengo en el salón. Mis hermanos se han negado a cubrir su desnudez, lo que implica que voy a tener que ponerles un gorro de Navidad con Photoshop si no quiero que a mi padre le dé un soponcio cuando venga a visitarnos.

Alex se sienta a mi lado y me envuelve con mimo en una manta térmica.

—He convencido a tus hermanos para que nos ayuden con la recogida de juguetes estos días —me informa—. Es una pena que no estén aquí para el gran día, estoy seguro de que disfrutarían mucho entregando ellos mismos los juguetes en el hospital.

—Lo que no consigas tú...

Alex se pierde en mi cuello, regalándome dulces besos que me ponen la piel de gallina. Levanto la vista al ver que mis dos sobrinos se están peleando por una figurita que ha hecho Blanqui con globos.

—Tengo la impresión de que estas Navidades van a ser un auténtico caos con tanto crío alrededor... —Más que quejarse, creo que Alex está encantado con la idea.

—¿Tu madre no quería ser abuela? Pues le han venido cuatro de golpe.

—Estoy deseando ver la carita que ponen Mario y Óscar cuando se encuentren tantos regalos bajo el árbol. Ignoro cómo fue su vida antes de llegar al centro, pero apuesto a que sus Navidades no eran una época de magia y amor precisamente...

—Para eso estamos nosotros, para que eso cambie —aseguro cogiendo su mano y mirando a los críos comiendo fruta y jugando con los hijos de Mamady en una de las mantas.

—Hablando de regalos... No te extrañes si ves que no he dejado nada para ti bajo ese árbol. He preferido que sea el Olentzero quien te traiga tu regalo cuando estemos en Bilbao. Al fin y al cabo, Santa ya nos ha traído un montón de cosas en Suances...

—Yo sí que he traído tu regalo... No podía esperar a regresar a Bilbao —informo misteriosa.

—¡No me hagas esto! —Incluso cuando lloriquea tiene la voz más seductora que he escuchado jamás—. ¿De verdad vas a tenerme en ascuas hasta que me lo des?

Mi sonrisa esconde mis nervios por no saber cómo va a reaccionar, aunque confío en que, tras el *shock* inicial, se ponga loco de contento. Sé que este debería ser un momento íntimo para los dos, pero pensé que sería bonito celebrarlo con nuestras familias, en el mismo lugar donde todo comenzó un año atrás, en Nochebuena y en Suances. No puedo esperar para ver la cara que va a poner Alex cuando sepa que, pronto, Óscar y Mario no serán los únicos niños correteando por el

piso... ¿Por qué las cosas buenas en esta vida siempre vienen en pares?

Nota de autora

Como persona que se declara un poco Grinch, confieso que escribir una novela navideña en pleno mes de julio me ha supuesto todo un reto. Para poder meterme en ambiente, tuve que decorar la casa, ponerme mi jersey de Rudolph y el gorro de Navidad con luces, ¡un cuadro! Por fortuna, el clima inglés se apiadó de mí, y no hemos pasado de los veinte grados en todo el verano...

Lo cierto es que me lo he pasado muy bien con el proceso creativo y recorriendo los paisajes que aparecen en esta novela. A pesar de no ser una gran fan de estas fechas, espero haber salido airosa, que hayáis disfrutado de esta historia tanto como yo lo hice escribiéndola, y que os haya llenado el corazón de la magia y el amor que nos rodean en Navidad.

Como viene siendo habitual en todas mis historias, algunos personajes de otras novelas se han colado entre estas páginas sin mi permiso. En este caso, Orión y Vega están deseando contaros la mágica aventura que vivieron en la Navidad del 2023 en *De “La vie en Rose” a la vida en “Grease”*, publicada en esta misma editorial. ¡No puedes perdértela!

Si te ha gustado esta historia, no te olvides de dejar una reseña, correr la voz y contactarme a través de las redes sociales. Tu apoyo es fundamental para darme a conocer y seguir creciendo cada día.

Y, si te animas a escribir algo en Instagram, TikTok, YouTube o en tu blog, no te olvides de etiquetarme @deborahpgomez y usar los hashtags #TNYNNB, #tantasnavidadesyningunanochebuena o #deborahpgomez. ¡Estoy deseando leerte!

Agradecimientos

Voy a tener que dejar de conocer gente tan maravillosa, porque mi lista de agradecimientos pronto va a tener más páginas que mis novelas.

Para empezar, quiero darles las gracias a ellas, a mis lectoras cero, sin las cuales esta novela no hubiera sido posible. Muchas gracias, no solo por estar siempre al pie del cañón, sino también por las risas, por vuestro análisis honesto, por darle la vuelta a la tortilla, por enamoraros de Alex, por sentiros identificadas con Haizea, por la confianza para decirme cuando creíais que algo era controvertido, por hacerme ver otros puntos de vista, por hacerme reír con vuestros comentarios mientras leíais la obra... ¡Son tantas las cosas por las que estaros agradecida! Entre todas me habéis ayudado a pulir esta historia y habéis dejado un poquito de vosotras entre estas páginas. Ellas son Carmen (@la_biblioteca_de_carmen), Lorena Gómez, Mary Moro, mi madre, y mis compañeras de profesión Charlotte T. Loy, Jessy CM y M.M. Ondicol. ¡Sois increíbles!

También quería agradecerle a alguien que no se lo espera, y mucho menos el porqué... A Adriana Freixa, porque, aunque ella no lo sabe, publicó un *reel* en su cuenta de Instagram hace un año que propició un efecto mariposa, que empezó con una conversación con M.M. Ondicol sobre el rey Gaspar de la cabalgata de Madrid y acabó convirtiéndose en esta novela.

A mi editora Lola, a la familia de Selecta y a Penguin Random House por haberme dado la oportunidad de llegar a tantos corazones con mis palabras.

A Miguel, porque cada día contigo es un regalo y una fuente inagotable de inspiración. Gracias por acompañarme en todas mis aventuras, ya sean por el Bolao o en los confines del mundo.

A mi familia y amigos, de norte a sur del globo, porque sois el motor que me mueve cada día.

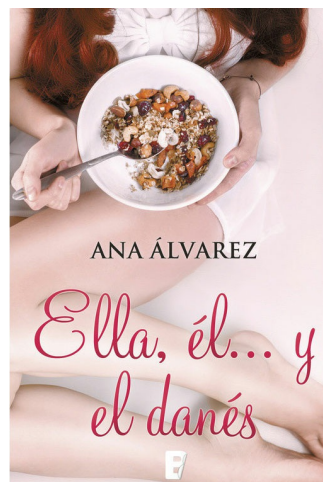
A todas/os los *booktubers*, *booktokers*, *bloggers* y *bookstagrammers* que habéis dedicado vuestro tiempo y un espacio en vuestros perfiles para reseñar mi novela, mostrarme apoyo y hacer que siga creciendo como escritora cada día.

Y, como no podía ser de otro modo, esta página de agradecimientos va dedicada a vosotros, mis lectores y lectoras. Gracias por elegir mi novela, por vuestro apoyo incondicional, las reseñas, el cariño que me mostráis cada día, vuestra curiosidad. Gracias por acompañarme en este viaje. Sin vosotros/as, nada de esto sería posible.

Si te ha gustado

Tantas navidades y ninguna noche buena

puedes disfrutar de estas





No puedes perderte esta novela navideña, alocada, ligera, divertida, romántica y con mucho salseo.



Cuando un desconocido arruina su última cita a ciegas, Haizea decide que está harta de perder el tiempo chateando con fracasados. Pero sus hermanos la convencen para que use toda esa experiencia amorosa para encontrarle novia a su padre viudo.

De la noche a la mañana, su vida se convierte en un sinfín de chats y encuentros con señoras, en busca de la compañera perfecta para su padre. Hasta que llega Ana María... una cántabra con mucha personalidad que consigue volverlo del revés.

Las cosas entre ellos parecen ir viento en popa, hasta el punto de juntar a las dos familias en Navidad para afianzar su relación.

Solo hay un problema: **ella ya conocía de antes a Alex, su futuro hermanastro, y no guarda un recuerdo particularmente grato de él...**

Por suerte, la Navidad solo dura tres semanas. Y después, no tendrá por qué volver a ver a Alex jamás...

Deborah P. Gómez nació en Valladolid (España), aunque reside en Londres desde hace diez años.

Apasionada por los libros desde pequeña, siempre tuvo claro que algún día sería escritora.

Estudió Periodismo y Marketing en diferentes universidades de España y Reino Unido. En 2021 decidió convertir su pasión en su carrera y lanzarse a publicar sus novelas *La Piedra del Sol* (primera parte de la saga *El caso McGowan*) y *La noche que Thor conoció a Catwoman*. En 2022 publicó *La Luna de Plata (El caso McGowan II)* y el relato *Siete Días* para una antología romántica.

Como periodista ha escrito artículos en diversos medios online, entre los que destaca el Grupo Vocento.

Le apasiona viajar, leer, escribir, el café y la música rock.

Web: <https://www.deborahpgomez.com/>

Instagram: @deborahpgomez



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: noviembre de 2023

© 2023, Deborah P. Gómez

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano

Imagen de SHUTTERSTOCK: Maria Kurty, flyinggiraffe

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-93-9

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Tantas Navidades y ninguna noche buena

1. Un romance tormentoso
2. El watiwiniwini
3. El mercado está muy mal a los cuarenta
4. Ciega a citas
5. La venganza es un plato que se sirve frío
6. Amor se escribe con A... ¿de Ana Mari?
7. Santa Claus NO llegó a la ciudad
8. El karma no descansa ni en Nochebuena
9. Pero mira cómo beben... dos extraños en un lío
10. All I want for Christmas... is you
11. Al Bolao, pastores
12. ¿Qué llevas puesto?
13. Pajes y pajas
14. Noche de paz, noche de... rencor
15. Jingle my bells
16. Dos cafeteras y una sola cama
17. Tomando nota
18. Emociones a flor de piel
19. Besos de sal
20. Mi kriptonita
21. El mejor regalo de Reyes
22. El secreto de la Santina
23. El hijo de la novia de papá
24. Vacío existencial
25. Los cuarenta son los nuevos treinta
26. Noche de brujas
27. ¿Qué quieres tú?
28. La maldición
29. El día de la boda

Epílogo: Los peces en el río

Nota de autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Deborah P. Gómez

Créditos